
JENNIFER EVE
La pareja
MARCADA
DE ALFA
OLVAS DE DESEO PREDESTINADO

LA PAREJA MARCADA DE ALFA

Pareja rechazada, bebé secreto, segunda oportunidad, proximidad forzada, romance paranormal con hombres lobo



JENNIFER EVE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Epílogo

Copyright © 2024 por Jennifer Eve

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

CAPÍTULO 1



Myla

—Hola, soy Storm. No estoy disponible en este momento; deja un mensaje —respondió su buzón de voz. Uf. ¿Dónde estaba? Ya era la quinta llamada, pero no había respuesta.

Hace unos minutos, un taxi me dejó frente a la mansión de Xander. Una enorme puerta con rejas se alzaba ante mí, y me asomé para contemplar el enorme edificio. Tragué saliva. Mi nueva vida.

Algo en ese lugar me llamaba. Como si estuviera destinada a estar aquí. Una fuerza tiraba de mi alma, como si esto fuera mi hogar.

Arrastrando mi maleta con una mano, le envié un mensaje a mi mejor amiga, Storm, con la otra mientras caminaba hacia el puesto de seguridad que daba acceso a la mansión.

Mi cuerpo chocó contra una figura sólida, y caí de culo, soltando todo lo que llevaba. —Dios. Lo siento. No estaba mirando—. Levanté la cabeza para ver con quién me había topado, y me quedé sin aliento.

El hombre impresionante que tenía delante me hizo palpitar el clítoris. Era la perfección personificada, como un modelo en una pasarela.

Todo en él era impecable, y casi olvidé cómo respirar. Desde su estatura alta, su rostro sexy en forma de corazón, sus mejillas

hundidas y su mandíbula definida, cubierta por una barba bien recortada.

Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos azul ahumado. Un mechón suelto de su pelo castaño ondulado cayó sobre su rostro. Mi pulso se aceleró.

—Deberías mirar por dónde vas —dijo, agachándose para ayudarme a recoger mi teléfono y dándome la mano para levantarme. El calor me envolvió cuando nuestras manos se tocaron.

—Sí. E-estaba intentando enviar un mensaje a mi amiga —tartamudeé. Mierda, probablemente soné estúpida, tropezando con él así. Myla, contrólate.

Sus ojos recorrieron mis rasgos de arriba abajo. —¿Tu amiga vive aquí?

—Trabaja. Trabaja aquí. Como criada.

Asintió y se alejó sin dedicarme otra mirada.

Marqué de nuevo el número de Storm. —Contesta, contesta —murmuré, paseando de un lado a otro. Volvió a ir al buzón de voz.

Storm había hablado por mí para que trabajara en la mansión de Xander desde que mi abuela había muerto, y yo intentaba recomponer los pedazos de mi vida destrozada.

No podía entrar en la mansión sin ella, y los guardias de seguridad me echarían, probablemente con algunos insultos.

Era una mierda, porque tampoco podía quedarme fuera. El sol abrasador se encargaba de eso.

Simplemente hablaría con los guardias. Quizás podrían localizarla y dejarme entrar.

Di un solo paso, y mi teléfono sonó. Miré quién llamaba.

Era Storm.

—Chica. ¿Dónde estás? He estado intentando contactarte, pero no contestas —respondí la llamada.

—Mierda. Tenemos visitas en la mansión. Estaba loca de ocupada, pero ¿dónde estás ahora? —preguntó apresurada. —Sigo ocupada, pero podría sacar unos minutos.

—Estoy fuera de la puerta.

—¿En serio? ¿La mansión de Xander?

—Sí. Estoy aquí. Y el sol me está achicharrando por estar tanto tiempo fuera.

Gritó. —Dios mío. No puedo creer que finalmente hayas venido. Estaré fuera en un minuto. Sonreí y colgué la llamada.

Como dijo, un minuto después, la vi salir corriendo de la puerta. Me abrazó con fuerza, envolviéndome en un abrazo. Su suave pelo negro manchó de aceite mis mejillas y olía a cebolla.

—Sigues usando mucho aceite en tu pelo —dije.

—No me culpes; no tengo el pelo sedoso como tú. Storm me ayudó con el equipaje, y entramos en el recinto sin interrogatorios por parte de los guardias de seguridad.

Mis ojos escanearon el enorme terreno. Flores rodeaban una amplia fuente y la escultura de un enorme lobo escupiendo agua. Jadeé mientras seguíamos caminando.

Storm me hablaba, pero yo estaba distraída, disfrutando del paisaje del hermoso exterior de la mansión. Justo delante, el edificio amarillo se alzaba imponente, con varias ventanas que parecían mirarme.

—Este lugar es enorme —exclamé. —Y hermoso.

—Me alegra que te guste. Por dentro es aún mejor.

Estábamos a punto de entrar.

Mi corazón se hundió y me detuve. ¿Y si no les caigo bien? ¿Y si no consigo el trabajo? Necesitaba este trabajo. Mi futuro entero dependía de ello. Además, no podía seguir quedándome en casa.

La muerte de mi abuela me destrozó. Ella era todo lo que tenía. No pasaba un día sin que me envolvieran la tristeza. Pero con este nuevo trabajo, podría conocer gente nueva y empezar una nueva vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Storm, mirándome con ojos suaves.

Mis hombros cayeron. —¿Qué les has dicho de mí?

—Tienes miedo. Me conoce bien. Éramos amigas desde la infancia y teníamos mucho en común. Excepto que ella conocía a sus padres, a diferencia de mí, que fui abandonada de bebé frente a la choza de una anciana.

—¿Y si no les caigo bien?

—A mí les caigo bien. Tengo un historial limpio. Les dije que somos más como hermanas. Y el señor Xander no es tan cruel como lo pintan. Si haces bien tu trabajo, no tendrás problemas con él.

Tragué saliva y asentí, confiando en su palabra. Storm era una amiga en quien podía confiar, y como ella decía, éramos más como hermanas.

Entramos en la mansión. Brillaba. Luminosas lámparas de araña iluminaban el lugar. Los azulejos pulidos y las superficies de acero relucían.

Era evidente que las criadas de la mansión hacían bien su trabajo. No había ni una mota de polvo por ningún lado.

El dulce aroma de una sopa de pollo pasó por mi nariz. Aspiré profundamente y sonreí. —Huele bien, ¿verdad? —preguntó ella. Se me hizo agua la boca y mi estómago rugió.

—Sí, huele bien —respondí.

—Estaba en la cocina cuando llamaste. Tenemos visitas importantes. Pero ven, te llevaré con el señor Xander antes de mostrarte tu habitación.

La seguí. Mi corazón latía con fuerza.

Giramos a la izquierda hacia otra habitación. Sillas ejecutivas estaban dispuestas en círculo con una mesa transparente en el centro.

Al acercarnos, escuché charlas y risas. Aparecimos a la vista y mi corazón se detuvo cuando lo vi de nuevo. Todos los demás se desvanecieron.

El chico de la puerta me miró. Había algo en él. No podía precisar qué era.

—Storm. ¿Está lista la comida? —dijo alguien, y me giré hacia la dirección de la voz. En una gran butaca tallada con un lobo, un hombre con un parecido asombroso al chico de la puerta estaba sentado.

Mi loba reconoció su olor de inmediato. Era Ronan Xander. El Alfa de los lobos de Luz de Cristal. Era la primera vez que lo veía, pero había escuchado muchas historias sobre él. Especialmente sobre su fuerza.

La autoridad emanaba de su voz y me compuse lo más profesionalmente que pude.

—No, señor. Esta es Myla Rhett. Mi amiga…

Storm seguía hablando cuando Ronan interrumpió. —La del puesto de criada. —Volvió su mirada hacia mí y asentí.

—¿No tienes ya como veinte criadas? —dijo una mujer. Fue entonces cuando las noté. Dos mujeres, parecidas.

Gruñí en mi interior. ¿No podía ocuparse de sus asuntos? No quería que nadie desanimara a Ronan de aceptarme.

—Sí, pero hay espacio para más. —Ronan sonrió y nos unimos a él. Excepto el chico de la puerta. Estaba callado y podía sentir su mirada intensa perforando un agujero en mi cabeza.

—Tiene razón. Quiero decir, si me voy a casar aquí, me encantaría tener una criada personal para todas mis cosas —dijo la mujer más joven. Más o menos de mi edad.

—Exacto, hija. Quiero que estés cómoda cuando te conviertas en la próxima Luna de la manada —dijo Ronan. Ambas mujeres rieron.

Storm y yo guardamos silencio, sin querer interrumpirlos. —¿Qué piensas, Alaric? —preguntó la mujer más joven. Todos volvimos nuestra atención hacia el chico de la puerta.

Mi corazón latía rápido. Yo también quería saber qué pensaba. Si estaba de acuerdo con que yo estuviera aquí. ¿Por qué me importaba?

Nuestras miradas se encontraron brevemente y la piel se me erizó. Él desvió la mirada de nuevo hacia la mujer más joven. —¿Sobre qué? —replicó.

—La nueva criada. Más criadas.

No respondió.

—¿Alaric? —gruñó Ronan.

—¿Qué? Pensé que habíamos venido a hablar de cosas importantes, beneficiosas para la manada, no de si la mansión necesita criadas para Laurel.

Laurel dio un respingo.

—Ronan. Por favor, habla con tu hijo. A veces no se da cuenta de que Laurel pronto estará emparejada con él —dijo la señora mayor —. Mi hija merece un trato mejor.

Ronan lanzó una mirada fulminante a Alaric, pero no dijo nada. Luego se volvió hacia Storm y hacia mí—. Disculpadnos. Puedes llevar a la chica a su habitación y enseñarle el lugar para que empiece a trabajar.

Storm hizo una reverencia, me cogió de la mano y me llevó consigo. Las miradas de Alaric nos siguieron mientras salíamos del salón. Una fuerte conexión me atraía hacia él. No podía quitármelo de la cabeza.

Storm me dio un codazo y se rió—. Sabía que te dejaría quedarte —dijo. Yo le devolví una sonrisa.

—Gracias. Tú hiciste esto —respondí.

—Déjalo ya. ¿Para qué están los amigos?

Pasamos por la cocina hacia la parte trasera, doblando otra esquina, y allí había un largo pasillo con habitaciones enfrentadas. Abrió una de las puertas que daba a una habitación de tamaño mediano.

La habitación gris tenía una cama pequeña junto a la ventana, un armario de una puerta y un baño.

—Te he traído sábanas limpias.

Me dejé caer en la cama blanda y esta cedió bajo mi peso—. Te preparaste antes de que yo tomara una decisión.

Ella se rió—. El día que le hablé de ti al señor Xander fue el día que me preparé, esperando que decidieras venir.

—Eres una amiga increíble —la abracé. Mientras la tenía en mis brazos, una imagen cruzó mi mente. Alaric. Me sonrojé.

—Está bien. Sé que harías lo mismo por mí. Además, no fue tan difícil. El señor Xander no es un hombre difícil. La mayoría de las veces.

Me reí—. ¿La mayoría de las veces? De nuevo, la imagen de Alaric apareció en mi mente, pero la aparté.

Storm se levantó y metió mi equipaje en el armario—. Sí, la mayoría de las veces, es un hueso duro de roer.

—Como su guapo hijo —exclamé. Ella me lanzó una mirada de reojo.

—¿Qué? —pregunté—. Está bueno.

—Mantén tus ojos lejos de él. Está comprometido —me advirtió.

—Solo digo que está bueno. No le estoy rogando que se acueste conmigo.

Ella soltó una risita. Salimos de la habitación y me llevó a la cocina, donde había una pila de platos por lavar.

—Las invitadas de las que te hablé son la mujer y su hija. La familia Ryker ha prometido a su hija con Alaric.

—Ya lo veo —vertí jabón líquido en una esponja y cogí un plato grasiento.

—Los chismes en la mansión dicen que no le gusta, pero no lo sabemos. Alaric es un hombre reservado y le gusta mantenerse al margen.

El plato casi se me resbaló de la mano, y mi corazón se saltó un latón cuando lo atrapé—. Cuidado —dijo ella.

—Mira, no me importa el tipo. Estoy aquí para trabajar y ganar algo de dinero para poner mi vida en orden.

Storm se secó las manos mojadas en su falda antes de colocarlas sobre mi hombro—. Tu abuela estaría orgullosa de ti. Ella conocía a mi abuela y la quería como si fuera suya—. Solo quería informarte sobre ellos porque Laurel puede ser bastante posesiva. Especialmente cuando su madre la deja los fines de semana así, siempre está rondando a Alaric. Así que, mantente alejada de ella. ¿Vale?

Sonreí—. Siempre estás pendiente de mí.

—Por supuesto —volvió a lavar los platos—. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? Con Storm no había momento aburrido. Con ella, nunca me sentía sola. Era la hermana que nunca tuve. Una familia de otra madre.

Seguimos lavando los platos, y me propuse mantenerme alejada de Alaric. Los problemas eran lo último que quería en este momento de mi vida. Sin embargo, él se coló en mi mente, y no podía sacarlo de allí.

—Eh, tú —una voz me llamó desde atrás. Me giré y vi a Alaric acercándose—. Myla, ¿verdad? Me quedé sin aliento. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

CAPÍTULO 2



Alaric

Myla se giró para encontrarse con mi mirada.

—Sí. Soy Myla —respondió.

Su voz era como miel que fluía por una cascada. Las dos cosas me encantaban.

Había algo en ella. No sabía exactamente qué era. Pero, de alguna manera, me abrumaba.

¿Sería su pequeña estatura? Y cómo me sentía tan masculino al estar tan por encima de ella. O quizás su rostro alargado, que albergaba unos ojos plateados, fuertes y tiernos a la vez.

Podría pasarme el día mirándola.

Especialmente sus labios carnosos.

Mi polla palpita al pensar en ellos. Esos labios en los lugares adecuados podrían volver loco a cualquier hombre.

No podía negar la atracción incontrolable que sentía hacia ella. La quería debajo de mí, retorciéndose y gimiendo.

Sacudí los pensamientos sensuales.

—No me uniré a mi padre y a los invitados para cenar. Llévame la comida a mi habitación —ordené.

Cuando ella abrió su hermosa boca para responder, otra voz se adelantó.

—Aún es nueva aquí, señor. Y Kelly ya ha sido asignada para llevar su comida a su habitación cuando no pueda unirse, maestro

Alaric —dijo el chef.

Arqueé los labios hacia un lado. —Lucas. Dime. ¿Quién da las órdenes aquí?

El joven tragó saliva. —¿Señor?

—Dímelo.

Di un paso hacia él, y él retrocedió.

—Usted da las órdenes, maestro Alaric.

—Bien. Veo que has vuelto en sí —me detuve—. Esta debería ser la última vez que haces sugerencias cuando no se te pide tu opinión.

Lucas asintió.

Mi mirada volvió a Myla. —¡Llévame la comida a mi habitación!

—Sí, lo haré, señor, cuando la comida esté lista —respondió.

No contesté, pero me giré para regresar a mi habitación porque otro segundo con Laurel y su madre me haría perder la cabeza.

Diferentes ideas brotaban en mi mente sobre cómo convencer a mi padre de que no acepte mi compromiso con Laurel.

Tenía que haber otra manera de convertirme en el próximo Alfa después de mi padre que no fuera emparejarme con ella. Si tan solo mi padre pudiera ser un poco paciente. Para que pudiéramos esperar a que se cumpliera la profecía.

Cualquier otra mujer era mejor que estar atrapado con Laurel el resto de mi vida.

Subí las escaleras y estaba casi en mi habitación cuando una criada se acercó. —Buenas noches, señor. Su padre le pide que hable con él en su habitación —dijo la chica.

Mis dedos rozaron el pomo de la puerta. Tenía mucho en qué pensar. Tendría que hablar con mi padre más tarde. Ya sabía de qué quería hablar. Y era una conversación para la que no estaba preparado en ese momento.

—Dile que estaré con él en un momento —respondí.

—Dice que quiere verlo ahora.

Gemí.

Recuérdalo bien, Alaric. Respira hondo.

Inspiré profundamente por la nariz y exhalé por la boca. La tensión de mis músculos se relajó.

Necesitaba una mente tranquila antes de hablar con mi padre. Él sabía cómo tocar mis nervios y enfurecerme.

—Está bien. Puedes irte.

Ella hizo una reverencia y se excusó mientras yo buscaba el camino hacia la habitación de mi padre.

Entré en su habitación. Estaba tumbado en la cama, tosiendo y sujetándose el pecho con el puño. Me apresuré a su lado y lo ayudé a sentarse.

—¿Has tomado tu medicina hoy? —pregunté, cogiendo una botella de agua que estaba en su mesilla y ayudándole a beber.

Suspiró y me miró a los ojos. —Lo tomaré después de cenar —respondió.

Negué con la cabeza. —Esa no es la dosis, papá.

—Tenemos invitados. Esos medicamentos me dan sueño todo el tiempo.

—Papá —le espeté—. No deberías fingir que eres fuerte por culpa de ellos. Tienes que cuidarte.

Sonrió. —Y cuando lo olvide, te tengo a ti para recordármelo, pero hoy no lo has hecho.

Me pasé una mano por la cara. —He ido a la reunión con los ancianos de la Manada. Otros dos clanes de la costa este han decidido unirse a nuestra Manada —expliqué.

—¿Preguntaron por mí? —preguntó él.

Asentí. —Les dije que no estabas disponible para asistir a la reunión.

De nuevo tosió, y le di unas palmaditas suaves en la espalda.

—Papá, ¿hasta cuándo vamos a seguir ocultando tu enfermedad? Al menos los ancianos de la manada deberían saberlo.

—Lo saben.

—Pero no saben lo grave que es.

—Nadie debería saberlo hasta que tu compromiso con Laurel se haya formalizado.

No respondí. Él conocía mi postura sobre emparejarme con Laurel.

—¿Por qué no puedo estar con otra chica?

—¿Qué tiene de malo esta chica?

—No la quiero.

—Bueno, yo la he elegido y la manada lo ha aceptado.

Un suave gruñido escapó de mis labios. —¿Por qué la quieres, papá? ¿Qué tiene ella de especial?

—Su padre solía...

Me levanté de un salto y comencé a caminar de un lado a otro.

Era por eso por lo que estaba enfadado con él.

Quería que me emparejara con Laurel por su amistad con su padre.

—Para. Detente. No quiero oírlo. Estás yendo en contra de la profecía de la Diosa de la Luna por culpa de tu mejor amigo, que ya no está con nosotros.

—No lo entenderías. Y esa profecía no es real.

—Solo tenemos que ser un poco pacientes.

—¿Hasta cuándo? Mírame. Me estoy muriendo.

—No digas eso —le espeté. Mi corazón se hundió.

No podía imaginar a mi padre dejándome.

Todavía lloraba a mi madre, que murió al darme a luz. Mi padre la quiso tanto que nunca se emparejó de nuevo, así que no tengo hermanos.

Ahora, su salud empeoraba cada día, y no había mucho que pudiéramos hacer. Además, no se cuidaba bien porque siempre estaba ocupado con asuntos relacionados con la manada.

—Soy un Alfa, y no edulcoro mis palabras para complacer a otros. No endulzo lo que digo. Soy realista con respecto a mi salud. No está mejorando.

—No estoy preparado. No puedo hacerme cargo de la manada ahora.

Se rió. —Lo harás bien.

—Papá. Deja de hablar así. Si crees que esto va a cambiar mi opinión sobre Laurel, no lo hará.

Un golpe en la puerta nos interrumpió.

—Pase —respondió mi padre.

Storm, una de las criadas personales de mi padre, entró. —La cena está lista, señor. ¿La traigo aquí o prefiere comer con los invitados? —preguntó.

—Sí, me uniré a los invitados.

—Necesitas descansar —dije.

—Por supuesto que lo haré. Después de cenar.

Volví mi atención hacia Storm. —Asegúrate de que tome su medicación después de cenar —le indiqué.

—No soy un niño —me regañó.

Pero no dije nada, dejándolo para ir a mi habitación.

Todo era abrumador. Y necesitaba un momento para sentarme y pensar.

Me dejé caer en la cama. Mi cabeza miró hacia el techo, y me devané los sesos buscando posibles soluciones a mis problemas.

Mi padre tenía razón, lo aceptara o no.

Su enfermedad empeoraba, y sus medicamentos no ayudaban mucho. Pronto, no tendría más remedio que aceptar a Laurel como mi compañera.

Era mi deber para con la manada.

No me convertirían en el próximo Alfa sin una compañera. Esas eran las reglas. Las condiciones se establecieron hace más de quinientos años, y no había forma de escapar de ellas.

A menos que la Diosa de la Luna trajera a mi verdadera compañera en este momento.

Empezaba a dudar de la profecía. ¿Y si mi padre tenía razón y la profecía no era real?

La piel se me erizaba al pensar en pasar el resto de mi vida con Laurel.

La chica era demasiado egocéntrica y controladora.

Alguien llamó a mi puerta. —Su comida está lista, señor Alaric. ¿Puedo pasar? —

Inmediatamente reconocí la voz.

Era Myla. La nueva criada, que hacía que mi corazón se acelerara y mi polla se endureciera.

Abrí la puerta y la dejé pasar.

Dejó la comida sobre mi escritorio.

—Su padre le espera en el comedor —dijo, a punto de marcharse. Pero yo permanecí en silencio.—

—¿Por qué no quiere acompañarlo? —

—¿Te he pedido que hables? —le espeté.

—No —.

—Entonces sal. Te llamaré cuando necesite tus servicios —.

Sus ojos se endurecieron. —¿Perdón? No le he entendido —.

Me burlé. —No me gusta repetirme, Myla. Así que, escucha con atención y habla solo cuando te pregunten —.

Estaba siendo sarcástica. Sabía que me había oído, pero intentaba sacarme de mis casillas de una manera educada. A diferencia de otras criadas, no se doblegaba fácilmente a mi voluntad. Había algo en su terquedad que hacía que mi corazón se acelerara.

Normalmente, actuaba de mal humor para alejar a la gente y que se ocuparan de sus asuntos. Pero me excitaba que no estuviera dispuesta a mantenerse alejada por mi forma de actuar.

—Señor, ya sabe, no cuesta nada ser amable y bondadoso. También puede hablar con sus criadas y sirvientes con respeto. La forma en que habló con el chef no estuvo bien. Solo le informaba sobre la criada encargada de la entrega de su comida. Podría haberle pedido que cambiara de rol sin más. Es así de fácil —.

La miré asombrado.

Nadie me había hablado nunca con tanta franqueza. O me había llamado la atención por mis tonterías.

Pero ella lo hizo, y me encantaba ese fuego en ella.

—Entré en su habitación para servirle. Luego, le dije que su padre le esperaba, y se enfadó. Usted no sabe lo que es no tener padres. Por eso da por sentado a su padre —.

Mis ojos se oscurecieron.

No acababa de decir eso.

No importa cómo actuara, valoraba y respetaba a mi padre más que a nadie en el mundo. Y siempre deseé que estuviera sano porque era todo lo que tenía.

Mi frente se frunció.

—¿Qué me has dicho? —espeté.

—Le estoy diciendo que trate a sus criadas y sirvientes con respeto. También somos personas. Háblenos con amabilidad, y se ganará nuestra lealtad para siempre —explicó.

Enfadado, la levanté y la sujeté contra la pared, enseñando los dientes.

Un repentino calor de excitación me invadió desde el punto donde nuestros cuerpos estaban en contacto, recorriendo mis venas hasta mi cerebro.

Ella gimió, y supe que también sentía el calor.

Incapaz de controlar mi excitación, tomé sus labios y los succioné.

Myla se apartó. —No. No porque sea mi jefe va a creer que me abriré a usted —dijo.

—¿No sientes este calor? —

Apartó su mirada de la mía y se mordió los labios. Sabía que ella también lo sentía.

De nuevo, cogí sus labios.

Esta vez estaba reticente, pero volvió a retroceder.

Gemí.

—Tengo que irme —se soltó de mi agarre, pero la retuve y la atraje hacia mi pecho.

—Solo te irás cuando yo te lo pida —deslicé mi lengua en su boca.

Nuestras lenguas se movieron al unísono, en perfecta armonía. Los jadeos calientes salían de su boca, y eso me excitaba aún más.

No podía controlarme. Era casi como si fuéramos uno, porque ninguno de los dos podía parar.

—Señor —gimió entre respiraciones rápidas.

—Lláma Alaric. Quiero oírte gritar mi nombre.

—Alaric —susurró.

Mi polla se tensó, y gemí al escuchar lo dulce que sonaba mi nombre en su boca.

En un instante, la arrojé sobre la cama.

Sus ojos inocentes se posaron en mí, y eso me excitó para hacer algo más que besar.

Me arrastré sobre la cama, pasando mi lengua por mi labio inferior, deseando saborear cada centímetro de su cuerpo.

Mi corazón latía acelerado por la emoción, más que por cualquier otra chica.

Planté un beso húmedo en su cuello, su línea de la mandíbula, su clavícula, hasta sus hombros curvilíneos.

Myla arqueó la espalda y movió sus caderas sobre mi bulto.

—Joder, no hagas eso. Vas a hacerme venir —le dije.

Lentamente, desabroché su camisa, botón tras botón. Luego, ayudé a quitarle la prenda, exponiendo sus pechos firmes envueltos en un sostén de encaje blanco.

Alcé mi mano tras su espalda y desabroché el sostén.

Mis ojos brillaron al ver sus redondos pechos hinchados y sus erectos pezones de melocotón.

—Eres jodidamente hermosa.

Tomé uno de sus pechos en mi boca. Mi lengua jugueteó con sus pezones mientras succionaba con ansia.

Su boca se abrió en un grito silencioso, y una gran vena sobresalió en su frente.

Masajeé su tierno pecho mientras mi boca trabajaba en el otro.

Un fuerte exhalación escapó de sus labios mientras movía sus caderas en círculos.

Cambiando al siguiente pecho, deslicé mis dedos bajo su falda y froté su clítoris con sus bragas puestas.

—Dime qué quieres —susurré.

Se mordió el labio inferior y gimió cuando aparté mi boca de sus pechos.

Besé su estómago, ahora hundido por el arqueo de su espalda. Mis dientes rozaron sus costillas, y ella gimió.

Todo en ella me estaba volviendo loco.

Una parte de mí quería deslizar mi polla dentro de ella y follarla rápido en mi forma de lobo hasta que sus gritos alertaran a toda la mansión. Otra parte de mí quería follarla lento, profundo y fuerte, hasta que olvidara su nombre.

Le quité la falda, junto con sus bragas. Y quedó completamente desnuda.

Atisbé su húmedo y afeitado coño rosado y empapé mis pantalones con el líquido preseminal.

Un gruñido retumbó en mi garganta.

Me incliné y pasé mi lengua por su jugoso coño. Ella se retorció.

El aroma de su excitación llenó mi nariz mientras frotaba su clítoris en círculos.

Su pecho subía y bajaba rápidamente.

Myla agarró un mechón de mi pelo mientras deslizaba un dedo en su coño.

Su coño estaba caliente y goteaba de humedad. Dentro y fuera, la penetré lentamente. Ella tembló, agarrando la almohada.

En cada empujón, aumenté el ritmo mientras cortos jadeos escapaban de su boca.

Deslicé un segundo dedo dentro de ella, y gimió.

Su coño apretaba mis dedos, y supe que estaba cerca. Se volvió más ruidosa mientras empujaba mis dedos dentro de ella y mi lengua trabajaba en su clítoris.

Con un grito, derramó su caliente orgasmo en mi cara y se estremeció con el impacto.

Limpié su coño antes de desvestirme.

Mi polla saltó fuera de mis pantalones cortos, y sus ojos se abrieron de par en par.

Me acaricié la polla, mirando su coño.

Me incliné para atrapar sus labios, rodando mi lengua sobre la suya, sin querer dejarla ir.

Todavía besándola, guié mi polla hacia su coño, y ambos jadeamos al contacto. Se sentía como en casa.

Por un minuto, no me moví, solo saboreé el calor de su dulce y estrecho coño, y quise darle tiempo para que se ajustara a mi tamaño.

Miré profundamente en sus ojos, y mi corazón se derritió. Por mucho que quisiera montarla sin parar, no quería hacerle daño.

Tomé su pequeño cuerpo en mis brazos y empujé dentro de ella, una y otra vez, hasta que gritó mi nombre.

—Joder —exclamé por lo bien que se sentía. No estaba seguro de cuánto podría aguantar con lo estrecha que era.

Todo sobre ella era perfecto.

El calor de la excitación me invadió de nuevo. En respuesta, la mordí en el hombro y la marqué como mía. Ella gritó de nuevo cuando otro orgasmo estalló en ella.

Liberé mi semilla con un suave aullido, y me di cuenta de que ella era mi compañera.

Caí sobre su pecho, luchando por recuperar el aliento. Ella también jadeaba con fuerza.

Sin duda, disfruté del tiempo íntimo que pasamos juntos, pero no podía ser. Ella no podía ser mi compañera. Eso no era lo que decía la profecía.

Debía emparejarme con una chica de sangre Alfa. Myla era una plebeya, y mi padre nunca la aceptaría.

Vaya, la echaría de la mansión, y ella acabaría sin trabajo, viviendo una vida dura.

—Eres mi compañera —dijo emocionada.

Desafortunadamente, yo no estaba tan emocionado por la noticia porque no podíamos estar juntos, no importaba cuánto la quisiera.

—No puedo creer que me haya emparejado contigo. Esto es increíble—

—Nadie debe enterarse de esto —respondí.

—¿Qué quieres decir? Soy tu compañera. Lo sentí.

—No, no podemos ser. Ahora, sal de mi habitación.

—¿Qué? —Su boca se abrió de par en par, y me produjo un dolor agudo en el pecho.

—Alaric —la voz de Laurel llegó desde el otro lado de la puerta, y mi corazón se hundió.

CAPÍTULO 3



Myla

Alaric se incorporó de golpe. —Shh. No hagas ruido —susurró.

—¿Qué quieres? —gritó.

—Abre. Necesitamos hablar —dijo Laurel.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Somos compañeros. Deja de alejarme.

Él gruñó.

Me ericé la piel con su declaración.

Aunque Alaric me había rechazado, no podía soportar que otra mujer lo llamara su compañero. —Levántate —me dijo en voz baja.

Salté de la cama, intentando no hacer ruido. Mi corazón latía acelerado.

Las palabras de Storm resonaban en mi cabeza, advirtiéndome que me mantuviera alejada de Alaric por culpa de Laurel. Pero Alaric me pertenecía. Yo era su compañera, no ella.

Recogí mi ropa, me la puse y Alaric me ordenó que me escondiera. Me metí en el armario y escuché los movimientos en la habitación.

Su armario estaba oscuro, y el fuerte aroma de su colonia llenó mi nariz.

Después de un par de minutos, el sonido de la puerta crujió al abrirse, y pasos la siguieron.

—¿Qué te ha llevado tanto tiempo? —preguntó Laurel.

—Puedo tomarme todo el tiempo que quiera —respondió Alaric.

—¿Por qué no estuviste en la cena?

—¿Has venido aquí para bombardearme con preguntas?

—¿Qué te pasa? No me tratas como la próxima Luna de esta manada.

Él suspiró. —Eso es todo lo que te importa.

Ella jadeó. —No digas eso. Sabes que me importas, pero sigues alejándome —su voz era seductora, y yo gruñí en mi interior.

—Basta. No estoy listo para eso.

Laurel gruñó. —Pero soy tu compañera. Podemos hacer lo que queramos.

—Sal de mi habitación. Veo que no tienes nada razonable de qué hablar. Tengo trabajo que hacer.

Mi corazón se agitó. Me alegraba que fuera firme al alejarla.

—¿Me estás echando de tu habitación?

—Tienes suerte de que esté de buen humor para pedírtelo. Ahora, no me hagas repetirlo.

Se escuchó un chasquido de lengua, seguido de pasos pesados que salieron, y la puerta se cerró de golpe.

Lentamente, abrí la puerta del armario y encontré a Alaric solo, tirado en su cama, de lado con una pierna en el suelo.

—No te he dicho que salieras —dijo.

—Sabía que se había ido —respondí.

—No, oíste que la puerta se cerró de golpe. Podría haber sido yo y no ella quien saliera de la habitación.

No respondí.

—De todos modos, puedes irte.

Mis hombros cayeron. Me recordé de mi destino.

¿Por qué me emocioné cuando me di cuenta de que éramos compañeros? Debería haber sabido que me rechazaría. Era un idiota.

Estaba claro que no era su tipo.

Ojalá hubiera una manera de bloquear la fuerte atracción que sentía por él. Pero éramos compañeros. La conexión que teníamos no podía simplemente borrarse.

Si acaso, me hacía desearlo más.

—Alaric.

—Llámame señor.

Arrugué la frente. —Eso no fue lo que dijiste hace un par de minutos.

—Mira, solo fue sexo. No te pongas tan cursi con eso.

Gruñí. —Eres un idiota.

Mis ojos ardían con lágrimas amenazantes, pero me negué a dejar caer una sola. No le daría el placer de verme llorar.

—Dime que no lo sentiste. Que no sentiste el calor, la fuerte atracción. Por el amor de Dios, me marcaste.

—Fue solo el calor del momento; no quise marcarte.

Mi mandíbula cayó.

—Eres increíble.

—Escucha, no sé cómo explicarte esto de otra manera, pero no podemos estar juntos. Simplemente olvida que pasó algo.

No podía creer sus palabras.

¿Cómo podía decirme que olvidara lo que acabábamos de hacer? ¿O que olvidara quiénes éramos? Incluso si lo intentara, dudo que pudiera olvidarlo.

No había necesidad de hablar con él. Era terco y despiadado.

Sin dedicarle otra mirada, salí de la habitación.

Storm estaba en el pasillo, saliendo de la habitación de Ronan con una bandeja y un vaso de agua en equilibrio en su mano.

—Myla, ¿estás bien? —preguntó, pero pasé de largo sin decir una palabra.

Un pie tras otro, me empujé tan rápido como pude.

Algunas de las otras sirvientas de la mansión me vieron. No dijeron nada, pero me miraron con incomodidad.

No me importó. Necesitaba aire, aire fresco para calmar mis nervios.

Al salir al exterior, la brisa fresca acarició mi piel, y levanté el cuello para contemplar el cielo salpicado de estrellas.

Aceleré el paso, dejando atrás la gran puerta de la mansión antes de que los guardias pudieran hacerme preguntas, y entré en el bosque.

Allí, me transformé en mi forma de lobo y aullé en la noche. Mi loba lloraba por el rechazo. Era difícil de procesar, y mucho menos de aceptar.

Sin embargo, sabía que él no me quería, y la única manera de seguir adelante era aceptar su rechazo.

Mis sentidos agudizados en mi forma de lobo me hacían sentir aún peor. Era como si una parte de mí se hubiera roto, y yo estuviera vacía.

El rechazo se sentía peor que cuando murió mi abuela.

Mi cola se bajó entre mis piernas, y mis orejas cayeron mientras aullaba.

¿Cómo iba a superar esto? Especialmente cuando tenía que verle todos los días y ver a Laurel rondándole como una mosca persistente.

Me transformé de nuevo en mi forma humana y me estrellé contra el tronco de un árbol, jadeando con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Alaric, apareciendo de detrás de un árbol—. Te he sentido. Y estabas aullando muy fuerte.

No respondí.

—Te estoy hablando.

—¿Por qué? —respondí—. ¿Por qué me hablas? ¿Qué haces aquí? ¿No dijiste que tenías trabajo que hacer?

—Estás triste.

—Estoy bien —le fulminé con la mirada—. Por favor, déjame en paz. Quiero estar sola.

Se pasó una mano por la cara. —Tienes que recomponerte.

—Déjame, por favor. Estoy bien. Cómo me siento no debería importarte.

—Llamarías la atención.

Puse los ojos en blanco. Mi corazón palpitaba. Y aunque estaba enfadada con él, todavía le deseaba.

Quería que cambiara de opinión, que me llevara ante su padre y anunciara a la manada que yo era su verdadera compañera, no Laurel ni ninguna otra chica.

Pero eso era yo siendo ilusa. Nunca podría suceder. Chicas como yo nunca tienen un final feliz. —¿Quieres decir que llamaría la

atención sobre ti? No quieres que nadie descubra que la nueva sirvienta es tu verdadera compañera.

Permaneció en silencio.

—Tengo noticias para ti. Yo tampoco te quiero a ti.

Alaric se sorprendió.

—Sí. Acepto tu rechazo con alegría. Prefiero no estar emparejada que terminar con un tipo como tú.

—Cuidado con lo que dices —replicó él con brusquedad.

—¿Por qué? No puedes soportar que una chica no babee por ti o adore el suelo que pisas.

Sus ojos se abrieron de par en par; estaba sorprendido por mi respuesta. Yo también me sorprendí de mi valentía, pero no iba a rogarle.

Mi abuela me enseñó algo mejor.

Sigue adelante y entiende que no a todo el mundo le gustarás.

Me lo dijo cuando algunos compañeros de clase, en el instituto, me acosaron por ser huérfana.

Había pasado por muchas cosas en la vida como para que pequeñeces como esta me rompieran.

—Y tienes razón. Solo fue sexo. Sin compromiso. No volverá a suceder. Porque no cometo los mismos errores dos veces.

Esperaba que se enfadara o se entristeciera por mi tono.

Quiero decir, ¿quién era yo para hablarle de esa manera? En cambio, él sonrió como si mi reacción le resultara divertida.

—Ya veo; debí haberte dejado sin sentido. Has perdido de vista quién es tu jefe.

Abrí la boca para responder, pero no me salieron palabras.

Se acercó a mí con paso firme, y yo levanté la cabeza para encontrarme con su mirada mientras se erguía sobre mi pequeña figura.

—Tienes mucho valor para alzar la voz contra mí, pero me resulta excitante —dijo mientras me cogía la barbilla. Yo estaba aturdida, mirando fijamente sus ojos ahumados.

Mi respiración se cortó y mi pulso se aceleró. —Aunque esta debería ser la última vez que me hables de esa manera. O me veré obligado a enseñarte tu lugar.

Soltó mi barbilla como si le quemara las manos y giró sobre sus talones para marcharse.

—Te odio —murmuré entre dientes, apretando la mandíbula.

—Lo he oído.

Me enfureció que tuviera un control perfecto sobre sus emociones, y casi llegué a creer que no éramos compañeros.

Quizás él no sentía lo que yo sentía. Esa era la única explicación posible.

Dio un paso, y escuché hojas secas crujir bajo sus pies.

Debería dejarlo ir. Pero la curiosidad pudo conmigo.

—Espera —grité, y él se detuvo, volviendo ligeramente la cabeza hacia un lado pero sin mirarme. —¿Lo sentiste?

Se volvió para enfrentarme.

—Solo quiero saber la verdad.

—La verdad no importa —respondió.

—A mí sí.

Estaba a punto de responder cuando algo crujió en la maleza de un pequeño arbusto. Mis ojos se dirigieron hacia el ruido.

—¿Quién está ahí? —ordenó Alaric.

CAPÍTULO 4



Alaric

—He dicho, ¿quién anda ahí? —grité, mientras mis colmillos comenzaban a sobresalir de mis encías, listos para atacar a cualquier intruso.

Aunque mi corazón latía con la fuerza que esperaba, no había nadie escondido tras los arbustos, escuchando mi conversación con Myla.

—¿Crees que… —empezó a decir Myla cuando un pequeño conejo salió saltando del arbusto. Suspiré.

Había estado cerca. No debería verme con Myla.

No se trataba de mi reputación, sino de su seguridad.

—Dime, Alaric.

—Buenas noches, Myla —gruñí, alejándome—. Y sal del bosque. Es un lugar peligroso por la noche.

—¿Qué te importa?

—No sabes qué o quién se esconde detrás de esos árboles —grité, alejándome cada vez más.

Aunque me costó todo mi autocontrol el dejarla.

No tenía sentido responder a su pregunta. ¿Qué iba a decirle? *No puedo resistirme a ti.*

Si me quedaba un segundo más con ella, me vería obligado a confesarle mis sentimientos. Esa fuerte e incontrolable atracción que me empujaba hacia ella.

Cuando sentí su triste aullido en la mansión, no pude resistirme. Tuve que ir a comprobar que estaba bien.

Era bueno que estuviera bien, pero no podía negar que me dolieron sus palabras. Su aceptación de mi rechazo. Era lo que yo quería, y aún así me escoció.

Admiraba su fortaleza. Sabía que sería más fácil si aceptaba el rechazo, pero una parte de mí no quería que lo hiciera.

Quería que ella tuviera esperanza porque yo la tenía.

Al volver a la mansión, me dirigí directamente a mi habitación. Había sido un día largo y necesitaba descansar antes de que mi cabeza estallara.

Para mañana, con suerte, sabría cómo enfrentar los problemas de ser el próximo Alfa.

Me tumbé en la cama boca arriba, con una mano sobre la cabeza, y mi mente repasó los incidentes del día. Especialmente el tiempo que pasé con Myla.

Quería que fuera mi Luna, a mi lado. Maldita sea la profecía de emparejarse con una chica de sangre Alfa. De todos modos, era falsa.

Mi padre tenía razón.

Diferentes pensamientos inundaron mi cabeza mientras permitía que el suave abrazo del sueño me envolviera.

Era de mañana y aún me estaba desperezando en la cama cuando Myla llamó a la puerta.

—Buenos días, señor. Su padre le pide que vaya a su habitación ahora —anunció.

El sonido de su voz dulce como la miel me provocó una erección instantánea. Mi cuerpo reaccionaba ante ella.

—Estaré con él en un momento —respondí y escuché sus pasos alejarse.

Me vestí rápidamente y fui a atender el llamado de mi padre.

—Padre —lo saludé.

Su rostro se había hundido y parecía más débil que ayer. Mi corazón se hundió al verlo.

Me senté a su lado y coloqué una mano en su frente. Estaba caliente y empapado en sudor.

—¿Te has tomado tus medicamentos?

Asintió.

—¿Todos?

—No me he tomado el líquido —dijo, y suspiré.

—Tendré que despedir a Storm. Parece que no conoce su trabajo.

—Fue mi decisión. Ella no debería ser castigada.

—¿Papá? No deberías saltarte ninguna medicina.

Bajó la mirada. —Es demasiado amarga.

—Es para tener fuerza. Te estás debilitando.

Él se llevó el puño a la boca para toser y se aclaró la garganta. —Esa no era la razón por la que te llamé.

Solté un suspiro. —Sé de qué conversación quieres hablar. No estoy preparado para tenerla, y tú necesitas descansar.

Negó con la cabeza. —Laurel hizo un informe anoche sobre ti. Te llamé, pero no estabas en la mansión.

Bajé la cabeza. —Papá.

—No me digas «papá». Estoy decepcionado de ti.

Continuó: —Invité a Laurel a visitarnos durante un mes para que ambos os conozcáis y paséis tiempo juntos.

Me levanté de un salto. Mi respiración se aceleró. —No quiero conocerla —espeté—. No me interesa.

—Madura y deja de esperar alguna profecía —dijo él.

Me pasé una mano por el pelo. —Ya no estoy esperando, papá.

Sabía quién era mi pareja, y no tenía nada que ver con mi profecía, pero aún así la elegiría a ella antes que a Laurel.

—¿No puedo estar con otra chica? Al menos con alguien que me guste.

No respondió.

Tal vez había esperanza. Una manera de convencerle de que le diera una oportunidad a Myla y a mí.

—Realmente no siento nada por Laurel —le dije.

—El matrimonio no se basa en sentimientos —respondió papá.

—Entonces no la amo.

—Eres un Alfa. Tu matrimonio es tu deber con la manada. Tendrás que aprender a amar a Laurel con el tiempo.

—¿Y si amo a otra chica?

—¿De qué clan? —me lanzó.

Era una pregunta inocente, pero sabía adónde quería llegar.

Su clase.

¿De qué familia venía? ¿Eran influyentes? ¿Cómo sería beneficiosa para la manada nuestra conexión con ellos?

Se volvería loco si le dijera que mi pareja era una simple doncella.

—Por tu silencio, supongo que o no hay ninguna chica o la chica no tiene clase.

Mis hombros se hundieron.

Conocía a mi padre.

No había esperanza. No había salida. Estaba atrapado con Laurel, me gustara o no.

—Laurel tiene mi bendición. Te aconsejo que le des una oportunidad de conquistarte, porque estoy planeando tu fiesta de compromiso para la próxima luna llena.

Permanecí en silencio.

—Ahora, sal de mi habitación. Necesito descansar.

Sin decir una palabra más, salí de su habitación y me encontré con mi tío justo afuera de la puerta.

—Alaric, ¿cómo estás hoy? —preguntó.

—Estaría bien si mi padre no me siguiera empujando hacia Laurel —respondí.

—Tu padre es un hombre terco, igual que tú.

Puso una mano en mi espalda y la frotó en círculos. —También es un hombre sabio. Te aconsejo que le escuches. Si él cree que Laurel sería una gran Luna para la manada, entonces deberías hacerle caso.

Asentí, y él se fue a hablar con mi padre.

Como la manada había aprobado que Laurel fuera mi pareja, no podía hacer nada más. Mi primer deber como Alfa no era para mí mismo ni para mi familia, sino para la manada.

Tenía que aceptarlo. No era como si tuviera elección.

De camino a la cocina, escuché su voz. Laurel. Era irritante y me hizo estremecer.

Estaba gritando a una de las criadas.

—Ya he dicho que lo siento; ¿qué más quieres que diga? —dijo.

Otra voz llegó a mis oídos. Myla.

Me detuve y me esforcé por escuchar.

—Eres un pedazo de basura asqueroso. Deberías estar de rodillas suplicándome que te perdone —dijo Laurel.

—No, no creo. Solo he derramado un poco de agua en tus zapatos. Y todavía están perfectamente bien —respondió Myla, y yo sonreí.

—Estos son zapatos de diseñador. No podrías comprarlos ni con tres años de tu sueldo —espetó Laurel—. ¿Y quién te ha dado derecho en tu patética vida a hablarme así?

Avancé hacia el alboroto y encontré a ambas mujeres discutiendo en el salón.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

Ambas volvieron su atención hacia mí. Myla y yo cruzamos miradas, y los recuerdos de la noche anterior inundaron mi mente.

—Oh, Alaric, esta cosa sin valor ha derramado agua en mis zapatos de diseñador de tres mil dólares, y no muestra ningún remordimiento —explicó Laurel.

—¿Qué tienes que decir al respecto, Myla? —pregunté.

—Fue un error, y me he disculpado —dijo Myla con sequedad, como si no pudiera soportar estar ni con Laurel ni conmigo.

Laurel lanzó sus brazos sobre mi hombro e intentó besarme, pero giré la cabeza y sus labios se posaron en mi mejilla.

El brillo de su lápiz labial quedó marcado en mi mejilla, y lo limpié. Atrapé un gesto de ceño fruncido en el rostro de Myla por un segundo, pero ella lo disimuló.

—Debería ser castigada. Quizás reducir su sueldo a la mitad. Eso le enseñará cuál es su lugar —añadió Laurel.

Me quejé, quitándole las manos de mi cuello. —Ya se ha disculpado —señalé.

—Me ha insultado. Esto, esto—

—¡Basta! —grité, y Laurel se estremeció—. No quiero escuchar ni una palabra más de ti.

Su boca se abrió. —La chica se ha disculpado —dije—. Déjalo estar.

—¿Por qué la defiendes? —se quejó.

—Estoy siendo justo. Si eso significa ponerme del lado de otros en tu contra, pues que así sea.

—Lárgate. ¿No tienes trabajo que hacer, en lugar de quedarte ahí lamentándote como una cabra? —le espetó Laurel a Myla.

Me dolió ver a Laurel tratando a Myla como si fuera basura. Fruncí el ceño cuando Myla se alejó.

Quise detenerla y preguntarle si estaba bien, pero no podía. Eso llamaría la atención sobre mí. Sobre mis sentimientos hacia ella.

Pero eso no significaba que me quedaría ahí parado viendo cómo la insultaban como les diera la gana. Aunque la había rechazado para cumplir con mis deberes hacia la manada, ella seguía siendo mi pareja.

Mía.

—Tienes que dejar de ser tan bueno con todas estas criadas. No significan nada. Son un montón de nadie. Si les das demasiada atención, perderán el respeto hacia ti.

—El respeto se gana —le dije, recordando las palabras de Myla—. No se consigue siendo cruel con aquellos que están por debajo de ti. ¿Así es como piensas convertirte en la próxima Luna, oprimiendo a la manada?

Ella se sobresaltó y se apartó de mí con aire despreocupado para sentarse en el sofá, cruzando una pierna sobre la otra.

—Me hablas así por esa molestosa sirvienta nueva. Yo la despediría directamente. Total, no es más que una alborotadora.

Las palabras de Laurel hicieron que perdiera el poco respeto que aún le tenía.

No sabía qué le debía mi padre al suyo para que la obligara a entrar en mi vida, pero no podía soportarlo.

No podía pasar ni un solo día con ella, y mucho menos un año. Acabaría perdiendo la cabeza.

—¿A quién quieres que despidan, cariño? —retumbó la voz de mi padre mientras Storm lo ayudaba a entrar en la sala.

Me quedé helado.

CAPÍTULO 5



Myla

—Eh, tú. ¿Cómo te llamabas? —gritó Laurel.

Sabía que se dirigía a mí, pero la ignoré y aceleré el paso.

—Vuelve aquí.

—Déjalo estar, Laurel —reprendió Alaric.

Estaba a punto de girar hacia otro pasillo y desaparecer.

—Tío, esa es la chica a la que quiero despedir.

Se me cortó la respiración.

Despedida.

—Alto ahí, jovencita —gritó Ronan, y mis pies se quedaron clavados en el suelo.

Mi corazón palpitaba como si buscara la manera de saltar de mi pecho.

—Ven aquí —dijo—. Storm, ¿no es esa tu amiga?

—Sí, señor. Es Myla —respondió Storm en voz baja.

Llevaba apenas dos días en la mansión y ya estaba a punto de echarme.

Genial.

Me di la vuelta.

Mis piernas temblaban, de repente incapaces de soportar mi peso, y mis palmas estaban sudorosas.

Paso a paso, el suelo de baldosas resultaba duro para mis chanclas. Caería pronto. En ese momento, todo conspiraba en mi

contra.

—Camina más rápido. Esta chica es inútil —escupió Laurel.

Alaric la fulminó con la mirada.

Llegué hasta ellos, con las manos entrelazadas frente a mí. —Me ha llamado, señor —respondí, inclinándome ligeramente ante Ronan.

—Sí. Tengo una queja sobre ti —dijo.

Tragué saliva, pero mi garganta estaba seca.

—Despídela —insistió Laurel.

—Laurel —replicó Alaric con brusquedad. Todas las miradas se posaron en él, incluida la mía.

Me gustó que me defendiera, pero ¿por qué? No lo entendía.

Obviamente, no le caía bien ni le importaba yo. Laurel era con quien estaría.

—Deja de defenderla. Le dará más confianza para insultarme —dijo Laurel, mirándome con desdén.

Alaric frunció el ceño y abandonó la habitación sin decir nada más.

La mirada de Ronan volvió a posarse en mí. —Myla, ¿por qué insultaste a Laurel? ¿Sabes quién es ella? —preguntó Ronan.

—No la insulté, señor —respondí.

—Mentira. Puta barata. Me arruinaste los zapatos caros y me insultaste —añadió Laurel.

Mis ojos se endurecieron.

Gruñí en mi interior.

Me estaba acorralando, y cada vez era más difícil ignorarla. Pero tenía que hacerlo, a pesar de que sus insultos y provocaciones me alteraban.

Este trabajo era importante para recomponer las piezas de mi vida. No dejaría que sus provocaciones me afectaran.

—¿Qué tienes que decir? —Los ojos de Ronan seguían clavados en mí.

Desde un rincón, vislumbré a Storm con las manos juntas. Me indicó con los labios que me disculpara.

Ya lo había hecho, pero si eso la apartaba de mi camino, lo haría de nuevo.

—Sí, le derramé un poco de agua en la cocina, pero fue un error y me disculpé —dije, y me giré para mirarla—. Lo siento, te derramé agua encima.

—Bien. Cuando te equivocas con alguien, aprende a disculparte. La señorita Ryker es una persona importante para esta familia y la próxima Luna de la manada. Debe ser tratada con respeto.

—Lo entiendo, señor.

Asintió. —Puedes retirarte... Y tú también, Storm.

Storm se acercó a mí y estábamos a punto de irnos.

—Myla —volvió a llamar, y me detuve, girándome para mirarle. Tenía una expresión severa en su rostro. Me puso la piel de gallina. —No dudaré en despedirte si esto se repite. ¿Lo entiendes?

Hice una reverencia. —Lo entiendo, señor.

Storm y yo nos dirigimos a la cocina.

Me apoyé en la encimera mientras ella se quedaba junto al fogón.

Sus ojos estaban puestos en mí, con preocupación grabada en su rostro.

—¿Por qué me miras así? —pregunté después de unos minutos de silencio.

—¿Qué pasa contigo y Laurel? —repuso ella al instante.

Exhalé y mis hombros se relajaron.

—Se tropezó conmigo, me dio una bofetada en la mejilla y me exigió que me arrodillara para pedirle perdón. —Rodé los ojos.

—Aléjate de ella.

—Lo estoy intentando.

Ella se acercó y puso una mano en mi espalda, acariciándola suavemente. —Sé que puede ser difícil, pero evítala como si fuera la peste... Eso si quieres conservar tu trabajo, porque Ronan siempre cumple su palabra.

Nuestras miradas se encontraron.

Ella iba en serio.

Y decidí mantener mi distancia. Tanto de Laurel como de Alaric. Vine a esta casa a trabajar, no a jugar con mis emociones.

—Por cierto, te vi ayer saliendo de la mansión apresuradamente. ¿Qué pasó?

Mi corazón se hundió.

Lo había olvidado.

—No es nada.

Storm inclinó la cabeza y me estudió. —Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —dijo.

Mi boca se abrió ligeramente para responder. Para contarle mi corazón cargado. Decírselo todo. El sexo con Alaric y el doloroso rechazo.

Necesitaba hablar con alguien, y ella era la única que tenía.

Pero no. Todavía no.

No estaba lista para contárselo a nadie.

La verdad sea dicha, no había aceptado del todo el rechazo. Cada segundo intentaba convencerme de que había terminado con Alaric y que él no significaba nada para mí, pero mi corazón se aceleraba cada vez que le veía.

Especialmente cuando se puso de mi parte frente a Laurel, sentí mariposas en el estómago.

Parpadeé con fuerza y aparté el pensamiento.

—Estoy bien. No es nada serio —le dije.

Ella no se lo creía, pero no insistió, y yo le estaba agradecida por ello. —Si tú lo dices.

—Sí.

—Bueno, hay que lavar la ropa de Alaric. Puedes ir a buscarla. Voy a hacer la compra con el chef Asher.

Asentí.

La habitación de Alaric era el último lugar en el que quería estar, pero tampoco quería pasar ni un segundo más con Storm.

Había sido mi mejor amiga durante años. Me conocía. Y temía que notara lo que le estaba ocultando.

Me giré para cumplir con el recado.

Sus dedos envolvieron mi codo y me tiraron lentamente hacia atrás. —Sé que no hemos tenido tiempo para hablar y pasar el rato, pero te prometo que encontraremos un momento.

Mis labios esbozaron una sonrisa. —No soy una niña, Storm. Sé que ambas estamos ocupadas. Estamos aquí para trabajar.

Se rió y me dio una palmada en el trasero. —Ve a buscarla.

Salí de la cocina y me dirigí a por la ropa. Murmullos llegaban desde el salón. Ronan y Laurel seguían hablando.

Subí las escaleras y me giré hacia la puerta de Alaric.

Mi respiración se aceleró.

No quería enfrentarme a Alaric. Lo había estado evitando desde el rechazo. El calor de nuestra conexión era más fuerte, incontrolable incluso cuando estábamos más cerca.

Fuera de mi vista, equivalía a fuera de mi mente, era mi mejor defensa para proteger mi corazón del dolor del rechazo.

Llegué a su puerta y dejé escapar un par de respiraciones calmantes por la boca.

Puedes hacer esto, Myla. Coge la ropa y lárgate.

Ojalá fuera tan sencillo.

Golpeé la puerta con los nudillos dos veces, pero no hubo respuesta.

¿Adónde había ido? ¿Estaría bien entrar sin su permiso?

Al fin y al cabo, solo necesitaba su ropa. Entraría y saldría tan rápido como pudiera.

Era incluso mejor que no estuviera. Así no tendría que lidiar con él.

Giré el pomo de la puerta y la empujé hacia adelante.

Al entrar en la habitación, el calor de nuestra conexión me invadió.

Desnudo de cintura para arriba, estaba sentado frente a su portátil con los auriculares puestos.

Mierda.

Me aclaré la garganta, pero no pareció escucharme.

¿No sentía él el calor? Era difícil no percibirlo.

—Señor Alaric, he venido a recoger su ropa sucia para lavarla —dije.

No respondió.

Su cabeza se movía al ritmo de la música que estaba escuchando.

Me acerqué a él y le tocé el hombro.

Apartó mi mano y me miró con gesto de enfado.

—¿Qué quieres, Myla? —preguntó con voz monótona, sacándose el auricular de la oreja.

—Su ropa sucia —respondí con el mismo tono seco. A pesar de nuestra conexión, no podía negar la rabia que sentía hacia él.

Me había rechazado sin darme una oportunidad o al menos una explicación válida.

—No podemos estar juntos— no era suficiente.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—Lo he hecho —señalé el auricular—. No me has oído.

—Mi música no estaba tan alta. Si hubieras llamado, te habría oído. Solo he sentido tu presencia.

Mi corazón se agitó.

Me había sentido.

Una parte de mí se emocionó por eso.

No debería importar. No quería que importara, pero lo hacía.

Me gustó que sintiera lo mismo que yo.

—Lo siento. La próxima vez llamaré más fuerte. Por favor, indíqueme dónde está su ropa sucia. Gracias.

Su silla chirrió cuando se giró bruscamente para mirarme.

—Desde que llegaste, no has hecho más que equivocarte —espetó.

—Le pido disculpas, señor, llamé a la puerta, pero probablemente no me oyó por la música —respondí.

—Deberías aprender cuál es tu lugar en esta mansión.

No dije nada.

—Si crees que por haberme metido en tus bragas puedes hablarme a mí o a otros miembros de esta casa como te plazca, piénsalo de nuevo, porque seré yo mismo quien te despida.

Señaló a la izquierda, donde había una cesta blanca llena de ropa. —Esa es mi ropa sucia, y puedes irte.

Me giré para hacer lo que me había ordenado. Como debía hacerlo, como una buena nueva criada.

Debería haber escuchado, pero no era ese tipo de chica.

No. Me detuve.

No iba a quedarme de brazos cruzados mientras él me hablaba así cuando yo no tenía la culpa. No había hecho nada malo. Y le iba

a decir cuatro cosas al respecto.

—Vuelvo a disculparme por entrar sin ser invitada. Y el sexo no significa nada para mí. Lo he superado. Es cosa del pasado. Entiendo que no podemos estar juntos, y lo acepto, señor. Por Miss Ryker, no le hice nada —respondí.

Él apartó su silla y se levantó, erguido frente a mí.

—¿Acabas de responderme?

Guardé silencio.

—Parece que olvidas que eres una sirvienta en esta mansión. Haces lo que se te dice y no contestas.

—Solo intentaba explicarme, señor. Mi abuela me enseñó a hablar cuando quiero que me escuchen. Y siento que me ha malinterpretado.

Su boca se abrió ligeramente, sorprendido.

—Estoy aquí para servir. Es mi trabajo hacerlo.

Di un paso atrás, giré hacia la esquina de su armario y me agaché para recoger su ropa sucia.

El fuerte aroma de su colonia invadió mis fosas nasales. Me mordí el labio inferior para contener un gemido por lo bien que se sentía sostener su ropa pegada a mi pecho.

Había sido difícil enfrentarme a él, pero así era mi personalidad.

Sabía que, como sirvienta que trabajaba para gente, tenía que ser humilde y seguir instrucciones.

Eso no era problema para mí. Pero la humildad no significaba callarse. Tenía derecho a hablar cuando fuera necesario.

No podía evitar mi naturaleza atrevida. Era quien soy. No siendo irrespetuosa, pero tampoco siendo una cobarde.

Sus ojos estaban fijos en mí. Lo sentí, taladrando mi nuca mientras llevaba su ropa.

Estaba casi en la puerta.

—Myla —llamó, y me detuve.

Nuestras miradas se encontraron, y mi corazón palpitó.

Él caminó hacia mí, y yo retrocedí hasta tocar la puerta. Nuestras caras estaban a centímetros de distancia, y el aliento de su nariz me calentó.

Quería correr, esconderme y desaparecer de las emociones que llenaban mi corazón. Pero no había adónde ir.

Él se inclinó hacia adelante. Sus labios rozaron mi lóbulo de la oreja, enviando chispas eléctricas a mi cerebro y empapando mi ropa interior.

Susurró—: Estás despedida.

Mi respiración se cortó, y mis ojos se abrieron de par en par.

CAPÍTULO 6



Alaric

—¿Qué? —preguntó. Su pecho se elevó.

Mis labios se torcieron hacia un lado. Me puse de pie en toda mi altura y ella me miró hacia arriba.

Su frente se frunció.

Otras criadas se habrían arrodillado y me habrían suplicado que les devolviera sus trabajos, pero no Myla. Myla era una bola de fuego, y eso me encantaba.

Quería sumergirme en sus llamas, incluso si podía quemarme.

—¿No me has oído? He dicho que estás despedida —respondí—. Odio repetirme.

—¿Pero qué he hecho mal?

—Sigues haciendo preguntas.

Ella se encogió de hombros. —Al menos debería saber por qué, señor. ¿Fue porque intentaba explicarme?

Mi corazón se saltó un latido.

Su audacia me excitaba. Su valentía. Quería domar esa salvajada en ella, pero también quería ser eclipsado por ella.

—Mis disculpas si me estoy pasando, pero no veo nada que haya hecho para que me despidan. Si es así, dígamelo, y con gusto me disculparé, pero si no, explíqueme por qué me despide —continuó.

Caminé de vuelta a mi escritorio y volví a prestar atención a mi portátil.

—Señor, ¿no ha dicho nada?

—Vete —espeté sin mover la cabeza.

Ella no respondió.

La puerta chirrió al abrirse y se cerró suavemente.

Al irse, el calor de nuestra conexión se derritió como hielo al fuego.

Cada vez me resultaba más difícil resistirme a ella.

Miré hacia abajo, entre mis piernas, donde tenía una erección dolorosa. No podía hacer nada. Ser compañeros siempre me excitaba cuando estaba en su presencia.

Rechazarla no borraba la conexión que teníamos. Siempre la sentía. Su estado de ánimo. Sus emociones.

Me envolvían como una manta cálida.

Me hacía querer estar con ella, rodearla con mis brazos y acurrucarnos.

La necesidad de recrear el sexo que habíamos tenido me abrumaba cada vez que la veía. Varias veces en la ducha, me masturbaba con las imágenes de nuestro momento íntimo juntos, pero no era suficiente.

Tenía que dejarla ir. Pero cada día, era más difícil mantener esa promesa.

Mis dedos tecleaban frenéticamente en el teclado.

Buscaba formas de salir del dilema de estar atado a Laurel como compañera.

La chica era un puñado.

Ya tenía problemas de la manada ocupando mi mente, y no necesitaba una compañera que me mantuviera despierto por la noche a menos que estuviéramos teniendo sexo.

Alguien llamó a mi puerta. —Alaric —sonó su voz aguda. Laurel.

Hice una mueca.

¿Qué quiere ahora?

—Estoy ocupado —grité.

Y lo estaba.

Estaba ocupado creando una estrategia, una presentación para cambiar algunas reglas obsoletas de la manada, como tener que

emparejarse antes de tomar las riendas de los asuntos de la manada.

De nuevo, golpeó la puerta: —Alaric, no te molestaré. Tengo algo que quiero discutir contigo.

Suspiré, aparté mi silla y avancé para abrir la puerta.

Me lanzó una sonrisa, pero no reaccioné ni le devolví el gesto.

En su lugar, volví a mi portátil para cerrarla. No necesitaba que sus ojos curiosos vieran la investigación que estaba haciendo.

Laurel se sentó en la cama y dio unos golpecitos a su lado para que me uniera a ella.

Me apoyé en mi escritorio con los brazos cruzados.

—Entonces, ¿de qué querías hablar? —pregunté.

—Es sobre nuestra boda —dijo ella.

Me reí, pasándome una mano por el pelo y esperando que estuviera bromeando.

No lo estaba.

Su rostro serio demostraba su formalidad.

—¿Nuestra boda?

Asintió. —Hablé con tu tío, y está de acuerdo en que nos unamos en la próxima luna llena.

Mis pupilas se dilataron.

Tenía que ser una broma, porque no había forma de que estuviera listo para unirme a Laurel para la próxima luna llena.

Había planeado retrasar nuestra boda todo lo posible. Sabía que mi padre la quería cuanto antes debido a su mala salud.

Pero yo no estaba listo. Lo que hubiera discutido con mi padre, no lo apoyaba.

—Eso no será posible —respondí.

—Pero tu tío está de acuerdo —dijo ella.

—Pues entonces, cásate con él.

Su mandíbula cayó.

—Alaric.

—Nos casaremos. No es que tenga elección. —Pero no ahora. La manada tiene algunos problemas que necesito resolver en este momento.

Se levantó y se acercó a mí. Sus dedos huesudos apartaron mis brazos cruzados.

—Exactamente, ese es mi punto. Me necesitas a tu lado para resolver esos problemas. Seré tu Luna, ¿recuerdas? —susurró.

Aparté sus manos de las mías. —Tendremos que hablar de esto en otro momento. Estoy un poco ocupado.

—Siempre estás ocupado —replicó secamente. —Haz tiempo para mí. Soy tu compañera, por el amor de Dios.

—Si no tienes nada más que decir, deberías irte. Pensaré en lo que has dicho.

Arqueó una ceja. —¿Pensar en qué? No hay nada en lo que pensar. Nos casaremos en la próxima luna llena, y eso es definitivo. Puedes discutirlo con tu padre.

Con eso, salió de la habitación y cerró la puerta de un portazo.

Gruñí, desplomándome sobre la cama.

Laurel estaba tan empeñada en unirse a mí para convertirse en la próxima Luna. Pero ¿le importaba yo? ¿Le caía bien?

¿Era solo un medio para su fin de ganar poder en la manada?

Nunca nos llevamos bien, pero eso no parecía importarle.

Todo lo que quería eran más sirvientes y más personas postrándose para adorarla.

O quizás ella tampoco quería esto.

Su madre y mi padre la habían convencido de casarse conmigo.

Teníamos que hablar de eso. ¿Era yo con quien quería pasar el resto de su vida?

Si yo tenía un verdadero compañero, quizás ella también lo tuviera.

Diferentes pensamientos nublaron mi mente.

No tenía mucho tiempo. Mi padre ya estaba planeando nuestra boda. Laurel estaba emocionada con ello.

Sin embargo, mi investigación no había dado frutos sobre cómo escapar de esto. Me pasé una mano por la cara y suspiré.

Mis mejillas se calentaron y mi corazón palpitió.

La ansiedad en mis venas se disolvió.

Myla.

Esa era la única explicación para ese sentimiento extraño.

Pero, ¿por qué estaba sonrojada?

La pregunta importante era, ¿quién la había hecho sentirse así?

Cogí una camisa del armario y salí corriendo.

Mis músculos se tensaron.

¿Por qué alguien la haría sonrojarse?

Solo yo tenía ese derecho.

Rechazada o no, seguía siendo mi compañera.

Mía.

Su energía se hizo más fuerte en la cocina.

Fui allí y la vi riéndose por algo que había dicho el chef Luke.

El chef Luke.

Gruñí.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mirando fijamente a ambos.

Luke se alejó de Myla.

—Nada, señor. Solo estábamos hablando de algunas recetas —respondió.

—¿Una receta la hace reír como si estuviera en un espectáculo de comedia? ¿Acaso esto no es una cocina?

—Lo es, señor.

—¿No existe alguna etiqueta en la cocina como no hablar mientras se cocina?

No respondió.

La sangre me subió a la cabeza y mis nudillos se tensaron.

—Así que, en lugar de cocinar, cumpla con sus deberes como debe ser. Prefiere reírse y bromear.

—Le pido disculpas, señor. Nos hemos desviado un poco —respondió.

—Desviado, dices. Tienen una pausa para comer para eso. Pueden hablar de un millón de recetas durante sus descansos, no en la cocina, donde la higiene es lo más importante —continué.

Mi mirada se dirigió a Myla.

Su frente estaba fruncida.

Si estuviéramos solos, me habría dado un largo discurso sobre cómo tenía derecho a conversar con el personal y demás.

Si era honesto conmigo mismo, no me importaba si charlaban en la cocina o no. No era la primera vez que las sirvientas y los chefs hablaban y se reían en la cocina. Pero Myla era mía. Quería que los ojos de todos los hombres de la mansión se apartaran de ella.

Incluso sin ser mi pareja, era demasiado hermosa para que cualquier hombre pudiera resistirse. Y no quería que se enamoraran de ella.

Sus sonrisas deberían estar reservadas solo para mí.

—Es cierto. No volverá a suceder.

—Más vale que no. Tú eres el chef y ella la nueva sirvienta. Sé un ejemplo.

Luke asintió.

Me giré para irme, pero me detuve y volví a mirar a Luke.

—Y Luke, mantén tus conversaciones profesionales. Nada de bromas. Tómatelo en serio y haz tu trabajo. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

Mi corazón latía con fuerza en el pecho.

Acababa de marcar mi territorio. Sería imposible no leer mis intenciones.

Debería haberlo dicho directamente. —Deja a Myla en paz.

Mi respiración era acelerada. Necesitaba calmarme.

Golpeé mi cuerpo contra la puerta de la lavandería y entré.

¿Qué acababa de hacer? Me desahogué con Luke como si hubiera cometido un crimen.

Sería estúpido si no veía mis emociones saliendo a flote.

No podía controlarme. Cuando se trataba de Myla, actuaba por impulso en lugar de pararme a pensar en las consecuencias.

Nadie debería darse cuenta de que Myla era mi verdadera pareja. Ella cumplió su parte del trato evitándome como a la peste. Además, probablemente me odiaba por haberla rechazado.

Pero mis manos estaban atadas. Estaba entre la espada y la pared.

Si la rechazaba, estaría atrapado con Laurel. Si la aceptaba, mi padre la echaría de la mansión.

Perdería la protección de la manada.

Golpeé el puño contra la encimera. —¡Malditas sean las reglas! —grité.

¿Por qué tenía que emparejarme con sangre real?

La puerta se abrió de golpe. Era Myla.

Nuestras miradas se encontraron y se detuvo.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí —dijo, intentando cerrar la puerta.

—Está bien, puedes entrar —respondí.

Entró y se dirigió hacia la lavadora. No quería mirarme a los ojos.

Pero yo la observé.

La forma en que su coleta rebotaba como una bola de nube rizada y marrón.

Cómo caminaba, como una bailarina de ballet. Tan elegante pero irradiando autoridad.

—Estás callada —dije yo.

Sacó algunas prendas de la secadora y las puso en una cesta redonda.

—Intento ser profesional y no que me despidan —respondió.

Sonreí. —Ya veo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Has venido a comprobar si tu ropa se ha encogido?

—Quizás… Menos mal que no.

Una por una, dobló mi ropa y la colocó en otra cesta. —Hago bien mi trabajo.

—Sí, lo haces.

De nuevo, hubo silencio.

De algún modo, estar con ella alejaba mis preocupaciones.

De vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban, pero ninguno decía nada.

No teníamos nada en común excepto la relación empleador-empleada.

Eso era todo lo que podía ofrecer.

Giré sobre mis talones para marcharme. Aunque, mi lobo quería quedarse.

Los recuerdos de nuestro sexo inundaron mi mente, y mi polla se estremeció.

Tenía que irme.

Cualquier minuto más con ella, y temía perder el control.

Mi autocontrol ya estaba al límite.

Cuando alcancé el pomo de la puerta, esta se abrió de golpe.

Mi respiración se cortó. —Laurel —solté.

Estaba de pie fuera con un montón de ropa en brazos. Arqueó la ceja al verme. —¿Qué haces aquí?

Me quedé mudo.

No podía decirle que había venido al lavadero para calmar los nervios y regañarme por dejar que mis sentimientos hacia Myla salieran a la luz.

Aun así, esa era la verdad. La respuesta a su pregunta.

Tras unos segundos sin responder, frunció el ceño. —Está bien si no quieres contestarme, pero al menos aparta de la puerta. Necesito dejar ropa para que las criadas la laven.

Tragué saliva.

Conocía a Laurel. Haría una tormenta en un vaso de agua en esta situación, sobre todo porque defendí a Myla hoy. No quería que sacara conclusiones equivocadas.

—Alaric, por favor, disculpa —dijo, chocando su hombro contra el mío, pero yo la bloqueé en la puerta.

—¡Oh! ¿Es la señorita Ryker? —Myla se acercó a nosotras.

Laurel jadeó.

Me llevé la mano a la cara.

—¿Quiere que lave su ropa? —Myla extendió las manos.

—¿La nueva criada? —Laurel me miró fijamente.

Mierda. ¿Cómo salgo de esta?

CAPÍTULO 7



Myla

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Laurel. Su rostro se enrojeció. Me miró con sus pestañas batientes, como si mi mera existencia le repugnara.

Sin embargo, sus preguntas no tenían sentido.

Se suponía que yo estaba en el cuarto de lavado, como una sirvienta.

Ni Alaric ni ella deberían estar aquí.

Pero yo sí lo estaba.

Probablemente ella quería decir, ¿qué estaba haciendo yo en el cuarto de lavado, sola, a puerta cerrada con Alaric?

Bueno, no había de qué preocuparse.

Alaric y yo nunca íbamos a pasar nada.

Ni siquiera en mis sueños más locos.

—Alaric, estás ahí con ella —Laurel buscó en el rostro de Alaric una expresión. O quizás respuestas a las numerosas suposiciones que explotaban en su mente.

—Vámonos. Tenemos que hablar —dijo Alaric. La autoridad emanaba de su voz. Era evidente que no quería que la situación escalara, viendo cómo se endurecían los ojos de Laurel.

—No. Quiero saber qué haces aquí con esta misma sirvienta. Esta arrogante nadie —espetó Laurel.

Me mordí el labio inferior para contener las ganas de poner los ojos en blanco.

Laurel siempre buscaba maneras de pisarme los talones.

Decidí ignorarla. No valía la pena perder mi tiempo con ella.

Si le respondía, solo me insultaría más y tendría cualquier excusa para que me despidieran.

No lo permitiría.

Este trabajo era más importante para mí que las burlas de Laurel.

—No la llames así. No toleraré que insultes a ninguna sirvienta. Y la última vez que lo comprobé, esta era la mansión de mi padre. Tengo derecho a estar donde quiera sin dar explicaciones a nadie.

Mi corazón palpitó.

Sabía que estaba defendiendo a todos los trabajadores de la mansión. No solo a mí. Pero me reconfortaba que me defendiera en ese momento.

La mandíbula de Laurel se desencajó.

—Sigues defendiéndola. Por eso siempre me insulta.

—Ella no lo ha hecho —Alaric la fulminó con la mirada—. Vámonos.

Le tomó el brazo y se la llevó.

—Espera, mi ropa.

Laurel se acercó a mí y me lanzó su ropa sucia encima. —Necesito que esté impecable. Son de diseñador —dijo.

No respondí, pero me agaché para recoger la ropa que estaba esparcida por el suelo.

—Una cosa más.

Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. Sus mejillas se tensaron hacia un lado. —No quiero que falte ninguna. O si no...

—Laurel —gruñó Alaric.

Y Laurel se marchó a zancadas.

Mi mirada se cruzó con la de Alaric. Un destello de lástima brilló en sus ojos, pero apartó la cabeza y se fue con Laurel.

Un suspiro de alivio escapó de mis labios.

Al fin, un poco de paz.

Pero esta no era manera de vivir. Especialmente cuando Laurel pronto se convertiría en la próxima Luna, y haría de mi vida un

infierno. Estaba segura de ello.

En este punto, era inevitable.

A donde quiera que me volviera, Laurel acechaba, lista para llevar mi ira al límite. No estaba segura de cuánto más podría aguantar.

Y luego, Alaric también estaba en la escena.

No lograba entenderlo del todo.

Un minuto me trataba como basura. Al siguiente, estaba dispuesto a partir cuellos por mí.

Me hacía sentir especial cuando me defendía. Pero también me confundía.

Recogí la ropa, la clasifiqué y la metí en la lavadora.

Aproximadamente una hora después, había terminado con la ropa, la doblé y la llevé a sus respectivas habitaciones.

Afortunadamente, Alaric y Laurel no se veían por ningún lado. No tenía la energía mental para enfrentarme a Laurel de nuevo.

O a Alaric.

Me giré hacia el salón del personal y me dirigí a mi habitación.

La idea de estirarme en mi cama calmó mis músculos tensos.

A lo lejos, vi a Storm, y ella me llamó con la mano. Tenía la frente arrugada, y podía notar que estaba tan agotada como yo.

Me acerqué a ella.

—Hola —la saludé.

Ella me devolvió una débil sonrisa.

—Estoy tan cansada —respondió con el ceño fruncido—. Ha sido un día estresante.

—Lo sé, ¿verdad?.

—En fin, no hay que quejarse. Me daré una ducha caliente por la noche.

—Lo mismo digo. Aunque, dormir es mi mecanismo de poder.

—El mío también... Necesito un favor de ti —dijo, animándome a seguir.

La miré, incitándola a continuar.

No importaba lo cansada que estuviera, ayudar a Storm era una prioridad para mí. Ella haría lo mismo por mí.

—Tengo que preparar la cena con el chef Asher, pero también necesito hacer algo de limpieza en la habitación del maestro Ronan. No podría terminar la cena y encargarme de la limpieza...

—Necesitas mi ayuda con la limpieza.

Ella asintió.

Mis labios se curvaron hacia arriba.

No era tanto trabajo. Estaría encantada de ayudarla.

Quizás después de esto, podría echar una cabezada.

—Entonces, no hay problema. Me pondré con ello enseguida.

Su rostro se iluminó, y sus hombros se relajaron.

—Eres increíble —dijo, abrazándome.

—¿Sabe el alfa Ronan del cambio? —pregunté.

—Sí. Le dije esta mañana que tenía mucho trabajo y que tú irías en mi lugar, ya que es mi turno y Judith está ocupada —respondió Storm.

—Vale, genial. Iré a limpiar ahora.

—Me siento un poco mal.

Me reí. —¿Por qué?.

—Porque probablemente estás cansada, y siento que estoy aprovechándome de nuestra amistad.

Lo sabía.

Storm siempre era considerada. Pensaba más en los demás que en sí misma, y la quería por eso.

—Venga, no es para tanto —respondí, acariciando su pelo. Grasiento, como de costumbre—. Me pondré con ello ahora. No vamos a hacer nada si seguimos abrazándonos.

Una suave risa brotó de su garganta. Como pequeños pájaros, trinando.

—Sí. El deber llama.

Me soltó y se fue a cocinar mientras yo me dirigía a la habitación de Ronan.

Me pasé por el almacén de la mansión para coger algunos materiales de limpieza primero.

Suavemente, llamé a la puerta.

Mi mente volvió a Storm. Ella era la doncella personal de Ronan. Debería haberla convencido de que hiciera la limpieza mientras yo

cocinaba.

—Pase —ordenó una voz ronca al otro lado de la puerta.

Apreté el pomo de la puerta y entré.

La habitación estaba algo oscura, con el sol colándose a través de las cortinas entreabiertas. Olía a medicamentos y jabón antiséptico.

Ronan estaba sentado en su cama, desplazándose por su móvil.

Parecía mucho más fuerte que hoy por la mañana.

La noticia de su enfermedad estaba en boca de todo el personal de la mansión.

Pero esperaba que se recuperara.

Por el bien de todos. Especialmente de Alaric, que era su único familiar directo.

—Buenas noches, señor —dije, haciendo una reverencia.

—Myla, ¿no es así? —preguntó.

—Sí, soy yo.

—¿En qué puedo ayudarte? ¿Has venido a limpiar? —Su mirada se dirigió a la escoba y el trapo que llevaba en la mano.

—Sí, lo estoy, señor —respondí.

—¿Y dónde está Storm?

—Está en la cocina, preparando la cena.

Me miró con una ceja arqueada, como si estuviera pensando en algo.

—Solo Storm y Judith están asignadas a limpiar mi habitación. ¿Por qué estás tú aquí? —preguntó.

—No están disponibles ahora, señor.

—¿Las dos?

—Sí, señor.

—¿Quién te envió aquí?

—Storm me envió.

—Ah, sí. Recuerdo que me lo mencionó hoy. Debí haberme olvidado. Tengo muchas cosas en la cabeza. Sigue adelante —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia mí.

—De acuerdo, señor. Estaré por allí si necesita algo —respondí y me dirigí a un rincón para doblar algo de ropa primero, luego barrer y quitar el polvo.

Mis músculos estaban en alerta, y el vello de mi piel se erizaba.

Mi palma estaba húmeda de sudor.

Su mirada intensa fue suficiente para taladrar un agujero en mi cráneo.

Doblé la ropa cuidadosamente, intentando no hacer ruido para no atraer la atención hacia mí.

—¿Quién es tu padre? —preguntó.

—¿Señor?

Me giré para encontrarme con su mirada.

¿Estaba intentando iniciar una conversación?

No podía decirlo.

Pero la pregunta era aleatoria y extraña.

Doblar ropa no tenía ninguna conexión con quién era mi padre.

E incluso si la tuviera, ¿por qué le importaba?

—Te pareces a alguien que conozco.

Esa fue otra declaración extraña.

Yo era un plebeyo.

Gente como yo nunca tenía forma de relacionarse con personas de su calibre. A menos que trabajáramos para ellos.

Mis ojos brillaron.

Quizás mis padres trabajaban para él.

No los conocía. Él podía tener algunas respuestas.

—¿Ah, sí?

—Te pareces al Alfa de la manada de Freeman, en el oeste.

¿Un Alfa?

No había forma en el mundo de que yo fuera de la realeza.

Yo era una huérfana criada por una anciana en una cabaña en el bosque.

No era extraño parecerse a alguien. Eso era algo común.

Pero parecerse a un Alfa, tan lejos en el oeste, era muy extraño. Incluso impensable, considerando que nunca había salido de la región norte en toda mi vida.

Y no tenía planes de irme.

¿Adónde iría?

—No, señor. Nunca he estado en el oeste. Debe estar confundido.

Se encogió de hombros.

—No importa dónde hayas estado. Un hombre puede tener hijos en cualquier lugar. Pero está bien. No espero que estés relacionado con Gordon. Ninguno de sus hijos trabajaría para mí. Incluso si hubieran nacido fuera del matrimonio. Continúa con tus deberes.

Hice una reverencia y seguí trabajando.

Gordon.

El nombre no me sonaba de nada.

Nadie conocía a mis padres.

No podía ser la hija de ningún Alfa. Era lógicamente imposible.

Sin embargo, no podía quitarme la idea de la cabeza.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo mi proceso de pensamiento. —Tío Ronan —la voz de Laurel sonó aguda, y mi corazón se hundió.

Allí va mi paz mental.

—Pasa —dijo Ronan, y ella entró con un vaso de zumo y unas cerezas.

Quizás me dejaría en paz si no me veía.

—¿Cómo estás... —su voz se quebró y se detuvo. —¿Otra vez tú?

Exhalé bruscamente y me giré para mirarla.

Sus ojos estaban llenos de disgusto.

—Buenas tardes, señorita Laurel —saludé con una pequeña inclinación.

No podía esconderme de ella.

El silencio se mantuvo en el aire durante algunos segundos antes de que se dirigiera hacia Ronan.

El sonido metálico de la bandeja sobre la mesilla de madera llegó a mis oídos.

—Fuera —espetó Laurel.

Fingí no escuchar pero continué sacudiendo el polvo de los libros en su mesa de estudio.

—¿Eres sorda? He dicho que te vayas.

—Está limpiando mi habitación. No le levantes la voz sin motivo. Estás delante de mí y espero que te respetes —respondió Ronan.

Giré la cabeza justo a tiempo para ver cómo Laurel bajaba la mirada y sus hombros se desplomaban.

—No era mi intención ofenderle. Lamento mi tono. Es solo que estoy evitando a esta criada en particular.

Su voz era baja, como la de un niño pequeño buscando el favor de su padre.

Se sentó al borde de la cama y apoyó el dorso de su mano en la frente de Ronan.

—La fiebre ha bajado. Me alegro.

Mostró sus dientes blancos.

—Te he traído frutas y zumo de naranja para ayudar a equilibrar la temperatura —Su mirada volvió hacia mí—. No esperaba ver a esta desagradecida aquí —terminó.

—Es muy considerado por tu parte traerme frutas. Pero no puedo tomarlas hasta después de los medicamentos. Y eso será tras la comida —dijo Ronan.

—Pero tío, necesitas líquidos en tu cuerpo. También frutas.

Me apresuré con las tareas. Estaba casi lista para barrer. No veía el momento de terminar e irme.

Ronan gimió—. No tengo hambre de nada aún.

—Esto no es comida. Es ligero —insistió Laurel.

Hubo un silencio durante un momento. —De acuerdo. Tomaré un poco.

—Genial… Y tú. ¿Cómo te llamabas?

Me di la vuelta para mirarla.

—Myla —respondí.

—Myla, discúlpanos. Tengo algo confidencial que discutir con mi tío. Puedes volver luego.

¿Irme?

No quería hacerlo.

Solo prolongaría mi tarea, que ya casi había terminado.

Pero sabía que era mejor no objetar.

Al menos, lo pidió con delicadeza.

—De acuerdo, señorita. Con su permiso —Me hice una reverencia ante ambos antes de marcharme.

Al salir de la habitación, un escalofrío recorrió mi espalda y la piel se me erizó.

Era la misma sensación que tuve antes de que mi abuela falleciera.

—¿Qué podría significar esto? —murmuré entre dientes.

CAPÍTULO 8



Alaric

Mis ojos se abrieron de golpe mientras un sudor caliente recorría mi cuerpo.

Me incorporé de un salto en la cama y analicé mi entorno.

Mi corazón latía acelerado y mi respiración era entrecortada.

Algo me había despertado.

Un…

No lo recordaba.

De nuevo, atravesó el aire. Triste y bañado en angustia.

Era un aullido.

No cualquier tipo de aullido.

Sino el aullido de la muerte.

Aquel que gemía cuando alguien había fallecido.

¿Por qué ahora?

¿Por qué aquí?

Habían pasado más de diez años desde que este aullido resonó por las paredes de esta mansión. Fue cuando perdimos a uno de mis tíos.

No tenía a nadie en mente que pudiera morir de manera inesperada. Todos gozaban de buena salud, excepto mi padre, pero su enfermedad no había llegado a ese punto.

Y el Norte era relativamente seguro.

Un golpe llamó a mi puerta y me sobresalté.

—¿Quién es? —pregunté.

—Señor Alaric, soy yo, Jorden. El mensajero de la mansión. Quiero hablarle sobre el aullido de la muerte —dijo el mensajero de la mansión.

El tono de su voz me hundió el corazón.

¿Qué había pasado?

Salté de la cama y me apresuré a abrir la puerta.

Estaba tenso, más pálido que la nieve.

Tenía que haber una razón por la que había venido esa noche a darme la noticia de este fallecimiento.

Imágenes de mi padre con una sábana cubriéndole el rostro aparecieron en mi mente, pero las aparté.

No podía ser.

—¿Cómo está mi padre? —espeté mientras la curiosidad se filtraba por mis venas. Y quería asegurarme de que nada le hubiera pasado a mi padre.

Bajó la cabeza y la negó. —Por favor, señor. Se le necesita en la habitación de su padre —respondió.

Mi corazón se detuvo.

Olvidé cómo respirar.

—Dime —rugí, incapaz de controlar la ansiedad que se derretía en mi sangre.

—Señor.

Miré fijamente sus ojos. El dolor era evidente, aunque intentaba ocultarlo.

Tragué con dificultad. —Escuché el aullido de la muerte. ¿Es mi padre?

No respondió.

—Dímelo ahora mismo.

Suspiró. —Lo siento. Su padre ha fallecido. Los lobos espirituales me ordenaron informarle.

Mi corazón se hundió y mis hombros pesaban como si el peso del mundo reposara sobre ellos. Di un traspié y me apoyé en el marco de la puerta.

¿Cómo?

Lo había visto la noche anterior antes de acostarme. Estaba más fuerte y pensé que tendría un par de años más conmigo.

Era demasiado para asimilar.

Nunca me había sentido tan solo en mi vida.

Una lágrima cayó de mi ojo derecho mientras la idea de no volver a ver a mi padre cruzaba mi mente.

No estaba preparado. No estaba preparado para perderlo.

Aunque él tenía razón.

No la muerte de un fuerte Alfa que ponía las necesidades de su manada por encima de las suyas, sino la muerte de mi padre.

El hombre con el que había crecido. El hombre que me había entrenado para ser la persona en la que me había convertido.

Aparté la mirada de la suya y me sequé las lágrimas.

Mi lobo gimió dentro de mí.

—Llévame con mi padre —le dije a Jorden—. E informa a mi tío que me encuentre en la habitación de mi padre.

Mi padre yacía inmóvil en la cama con los ojos cerrados, como si estuviera en un sueño profundo.

Mis emociones se intensificaron al verlo.

Era real.

No era una pesadilla.

Se había ido. Para siempre.

Me senté a su lado y cogí su mano con la mía.

Estaba fría y había encogido.

Nuevas lágrimas cayeron de mis ojos. Lloré la muerte del único padre que había conocido, ya que nunca conocí a mi madre.

Era como si mil partes de mi cuerpo se hubieran desprendido. Mi mente se entumeció.

—Papá —susurré, pero él no respondió.

La puerta chirrió, seguida de pasos pesados.

—Alaric —llamó mi tío, acercándose para consolarme—. He oído lo ocurrido. Es una noticia impactante.

Su voz goteaba dolor. —Lo siento.

Yo permanecí en silencio.

—Tenemos que llamar al médico de la familia para que venga con una ambulancia y se lleve el cuerpo.

Me quedé callado un rato.

—Tienes razón. Haz la llamada.

—Lo haré. Pero primero hay que avisar a los ancianos de la manada. Tienen que ver su cuerpo antes de que lo lleven.

Asentí.

—Llama al médico. Yo mismo llamaré a los ancianos.

Eso era lo que mi padre habría esperado que hiciera.

Fue un golpe difícil, pero el testigo me había sido pasado a mí. Ahora era el Alfa de los Lobos de Luz de Cristal.

Tenía que dar un paso al frente y cumplir mi papel. Y hacer que mi padre se sintiera orgulloso.

Sin decir nada más, el tío Felix salió a organizarlo.

Cogí el teléfono fijo en la mesilla de noche de mi padre y llamé a los ancianos de la manada. Uno por uno. Del más alto al de menor rango.

—Gracias. Les esperaré. El médico llegará pronto para llevarse el cuerpo —le dije al anciano encargado de la seguridad en los pueblos pequeños.

—Estaré allí pronto —respondió y colgó.

Inspiré profundamente para llenar mis pulmones constreñidos.

Mis ojos volvieron a posarse en mi padre.

Descanso eterno.

¿Qué significaba eso?

¿Estaba ahora con mi madre?

La quería tanto. Eran almas gemelas.

Varios pensamientos nublaron mi mente cuando la puerta se abrió de golpe.

Giré la mirada y vi a Laurel llorando mientras corría hacia mis brazos, sollozando. El tío Felix venía justo detrás de ella.

Él se lo había contado.

—Está bien —la consolé, acariciando su suave cabello con mis dedos.

Ella enterró su cabeza en mi cuello, sus manos rodeaban mi espalda y sus lágrimas empaparon mi camisa mientras lloraba más.

Laurel estaba muy unida a mi padre.

Me pregunté cuán difícil debía ser para ella escuchar esa noticia.

Algunos de los ancianos de la manada habían llegado. Rodeaban la cama. Sus cabezas colgaban de dolor mientras miraban a mi padre sin vida.

Pero ninguno dijo una palabra.

El médico entró con una enfermera a su lado.

Lo conocía desde que era un niño.

No era solo un médico para la familia Xander, sino también un amigo cercano.

La expresión en su rostro era de tristeza mientras contenía un grito, y sus hombros cayeron.

Se acercó a mí y me frotó la espalda. —Ánimo. Todo irá bien —dijo, y asentí.

No había mucho que pudiera hacer o decir más que asentir.

Sabía que tenía que ser fuerte. Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

El médico sacó su estetoscopio y revisó a mi padre. Su corazón, su pulso e incluso sus ojos.

—La ambulancia está aquí para llevarlo al depósito de cadáveres.

—No —dijo uno de los ancianos de la manada—. Disculpadnos un momento.

El médico me miró un segundo. Le di un breve asentimiento, y él salió con la enfermera siguiéndolo.

—La chica también debe irse —dijo el anciano Joseph. Era el mayor de los ancianos y muy respetado.

—Por favor, no quiero dejar al tío Ronan —gritó Laurel, agarrándose a mí mientras yo apartaba sus manos.

—Félix, acompáñala fuera —dijo Alaric.

—No. Por favor, Alaric. No permitas que me lleven. Quiero llorarle. No quiero que se vaya.

El tío Félix le agarró el brazo y la arrastró mientras ella, a su vez, me jalaba a mí, retorciéndose para escapar de su firme agarre.

—Está bien. Déjala. Déjame hablar con ella —respondí, y él la soltó. Ella apretó sus manos con más fuerza alrededor de mi cuerpo.

La atraje ligeramente para mirarla a los ojos. Estaban rojos e hinchados. Sus labios temblaban y su pecho se agitaba.

Le acaricié el cabello y le dirigí una sonrisa suave.

—Laurel, sé que estás sufriendo. Yo también. Pero no hay nada que podamos hacer. Él ha ido a descansar. Lo único que debemos hacer ahora es rendirle sus últimos respetos dejando que los ancianos hagan lo que deben, ¿de acuerdo?

Ella sollozó, pero no respondió.

—Todo estará bien. Él está en un lugar mejor.

Asintió con la cabeza y salió rígidamente de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Mi manada me necesitaba, y yo era la fortaleza de todos. Pero, ¿quién era mi fortaleza?

El rostro de Myla apareció en mi mente.

Y la anhelé como si fuera una droga.

Para aliviar mi dolor.

De algún modo, sentía que solo ella podía darme la paz que buscaba.

—En nombre de todos los Ancianos de la manada Luz de Cristal, les expresamos nuestro pésame por su pérdida —comenzó el Anciano Joseph—. Ronan Xander fue un hombre poderoso desde su juventud. Era un Alfa bondadoso y de corazón cálido, dispuesto a morir por la manada en cualquier momento. Hoy, ha partido a la tierra del más allá, y lo lloramos con dolor.

El silencio siguió a su breve discurso.

Era ensordecedor. Incluso el sonido de un alfiler cayendo podría escucharse a una milla de distancia.

Aproximadamente treinta minutos después, el Anciano Joseph se transformó en su forma de lobo y aulló. Uno a uno, los Ancianos de la manada, incluido el tío Félix, se transformaron en sus formas de lobo.

Mis huesos crujieron y un espeso pelaje gris brotó de mis patillas y se extendió por todo mi cuerpo. Mi mandíbula se alargó y mis afiladas garras salieron al unirme a ellos para transformarme en mi forma de lobo.

Aullé.

Fue un gemido largo y débil que se sincronizó con el sonido de los demás. Sonaba como varios perros heridos. Frío pero intenso.

Dirigí el aullido mientras rendíamos los últimos respetos a mi padre en nuestras formas de lobo.

Luego, volvimos a nuestra forma humana.

—La fortaleza de la manada ha caído. Pero no permaneceremos así por mucho tiempo —continuó el Anciano Joseph—. Una manada no tiene dirección sin un Alfa.

Los otros ancianos corearon una afirmación.

Pero yo no estaba preparado todavía.

La responsabilidad era demasiada para un hombre joven de mi edad. Esperaba retrasarlo un poco, quizás después del final de este año.

Necesitaba algo de tiempo para sanar de la pérdida de mi padre.

—Alaric, tú eres nuestro próximo Alfa. Y tu coronación será en la próxima luna llena.

Mi respiración se cortó.

¿La próxima luna llena?

Ni siquiera era un mes.

—Lo siento, no te entendí —respondí, deseando que repitiera su afirmación.

—La manada es vulnerable sin un Alfa. Necesitamos que tomes tu posición antes de que las manadas rivales se enteren de la muerte de tu padre —dijo otro anciano de la manada.

—La próxima luna nueva es demasiado repentina.

—Es demasiado lejana —añadió el tío Félix, y mis ojos se abrieron de par en par.

—Necesito tiempo —insistí.

—Necesitas entender la urgencia y la necesidad de un Alfa para la manada. Si no reconoces lo rápido que te necesitamos, nos veremos obligados a seleccionar un nuevo Alfa de otra familia —concluyó el Anciano Joseph.

Mi corazón se hundió en mi estómago.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Más rápido de lo que había planeado.

Quería que las cosas se ralentizaran por un segundo. Al menos para poder respirar. Ni siquiera había llorado la muerte de mi padre, y las responsabilidades ya estaban aplastándome con su peso.

Antes de que pudiera responder, los Ancianos estaban en la puerta, excepto el Anciano Joseph y mi tío. —Lo entendemos. Tienes que pensar en esto. Pero piensa rápido. No tienes mucho tiempo. El funeral de tu padre y tu coronación deben llevarse a cabo antes de que las manadas vecinas se enteren de su muerte —dijo el Anciano Joseph y se marchó.

—Y recuerda tu matrimonio con Laurel Ryker. También es de suma importancia —me recordó mi tío Felix.

Mi respiración se cortó.

Laurel.

No. Myla.

CAPÍTULO 9



Myla

Un fuerte golpe en mi puerta me hizo saltar el corazón, y me senté en la cama.

No estaba durmiendo. No podía.

— Reúnanse en el salón general para un anuncio —rugió una voz al otro lado de la puerta.

Algo pasaba.

Desde anoche.

Desde que salí de la habitación de Ronan, no había sido yo misma.

Me sentía abrumada por la tristeza. Me envolvía y recorría mis venas. No podía sacudírmela, por más que me revolviera en la cama.

Y un aullido se elevó tarde en la noche. En realidad, fueron varios. Reconocí el aullido de Alaric, aunque no lo había escuchado antes.

El dolor en su gemido me puso la piel de gallina, y deseé estar cerca de él en ese momento.

Me quité las mantas de encima, metí los pies en las chanclas y me puse de pie.

¿El salón general?

Nunca había estado allí.

Pero sonaba serio.

Demasiado formal, y me moría por saber qué pasaba en esa sala.

Rápidamente, me vestí en mi habitación y corrí al baño para lavarme los dientes y peinarme antes de salir hacia el salón.

Aunque no sabía dónde estaba el salón, no fue difícil encontrarlo porque todos en la mansión se dirigían hacia allí.

Incluido el personal externo que no vivía en la mansión.

El asunto a anunciar debía ser muy grave para que tanto personal llenara el salón.

El salón era un espacio amplio iluminado por brillantes lámparas de araña. Había una elevación con tres asientos frente a la gente. Eran los únicos asientos en el salón. Y tampoco había ventanas.

Por el rabillo del ojo, vi a Storm.

Sus ojos estaban rojos y las mejillas húmedas. Tenía las manos sobre la boca mientras sollozaba en silencio.

¿Qué está pasando?

Tenía que ser por el aullido de anoche. Estaba segura.

Pero ¿por qué un aullido haría llorar a Storm? ¿O causaría conmoción en el salón?

Susurros pasaron junto a mí desde todos los rincones.

— Está muerto.

— No puedo creerlo.

— ¿Es verdad?

Diferentes personas hablaban al mismo tiempo.

¿Quién había muerto?

Mi corazón se hundió.

¿Estaba Alaric bien?

Me abrí paso entre la multitud, deslizándome por los espacios pequeños hasta llegar a Storm.

Ella tenía las respuestas a mis preguntas.

— Storm —la llamé. Inmediatamente, su mirada se cruzó con la mía. Se abalanzó sobre mis hombros y lloró aún más. Acaricié su espalda para consolarla. Y mi ansiedad se disparó.

Que alguien me diga qué está pasando.

Se separó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

— ¿Qué pasa? —pregunté.

— Alpha Ronan... está muerto —respondió.

Jadeé, y mis pupilas se dilataron.

— ¿Qué?

— Murió anoche.

¿Cómo podía ser?

Estaba sano y fuerte la última vez que lo vi.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido...?

Un carraspeo me interrumpió. Gire la cabeza y vi a Alaric.

Mi corazón dio un vuelco.

Estaba sentado en el asiento más grande del estrado, entre dos asientos más pequeños. El dolor en sus ojos era inconfundible.

Ronan era su única familia.

—Buenos días, personal y familia —saludó con voz firme, aunque el dolor era evidente en su tono—. Es con gran tristeza que anuncio el fallecimiento de mi padre. Alfa Ronan Xander, quien nos dejó anoche.

Un silencio sepulcral inundó el salón.

—Hoy, permito a todo el personal ausentarse de sus obligaciones y rendir su último homenaje a mi padre. Su funeral se anunciará en los próximos días. Gracias por su tiempo —concluyó.

—Dispérsense. Todos regresen a sus habitaciones y cuarteles —ordenó el jefe de seguridad.

Lentamente, la gente abandonó el salón, uno por uno, pero Alaric no se movió de su asiento.

Una necesidad imperiosa de correr hacia él y abrazarlo con fuerza me invadió mientras la tristeza llenaba mi corazón.

Merecía absorber su dolor y consolarlo en este momento difícil. La muerte de un ser querido no es algo fácil de superar.

No conocí a Ronan durante mucho tiempo, pero su muerte me recordó a la de mi abuela.

Reabrió una vieja herida y esparció sal sobre ella. De repente, la tensión en la mansión era insoportable. Me ahogaba y no podía respirar.

Aire.

Necesitaba aire fresco.

Storm me dio un suave toque en el hombro cuando el salón estaba casi vacío. Aparté la mirada de Alaric y me dirigí hacia ella.

—Deberíamos irnos —dijo, con la voz temblorosa por la emoción.

Era la doncella personal de Ronan.

Entendí lo difícil que debía ser para ella.

La persona por la que se levantaba temprano cada día ya no estaba.

Tomé su mano y salimos juntas del salón.

—Está bien. Deja de llorar, antes de que te pongas mala —le dije mientras la ayudaba a sentarse en su cama en su habitación.

—No volveré a verlo —sollozó—. Era como un padre para mí.

—Tus lágrimas no lo traerán de vuelta. Está en un lugar mejor.

Le froté la espalda para ayudarla a relajarse.

—Quiero estar sola —pidió.

La miré, con una ceja levantada.

—¿Storm? —llamé.

—No lloraré más. Lo prometo.

—Pero te preocuparás y pensarás hasta que te duela la cabeza.

No respondió.

—No te dejaré —dije.

—Solo quiero cerrar los ojos unos segundos...

—Vale. Pero volveré a comprobar cómo estás. ¿De acuerdo?

Asintió. —Vale. Gracias.

Storm se metió bajo las sábanas y se dio la vuelta.

Me quedé un rato mirándola y negué con la cabeza.

Una nube oscura se cernía hoy sobre la mansión. Una tempestud sacudía sus muros. Y solo podía esperar lo mejor en los días venideros.

Dejé la habitación de Storm y me dirigí al bosque.

Me dolía menos cuando estaba conectada con la naturaleza.

La frescura del bosque calmaba mis nervios. Un dosel de ramas de árbol me protegía del calor del sol.

Me quité las chanclas y apoyé los pies en el suelo frío y blando. Cerré los ojos para disfrutar de la serenidad y la paz que me rodeaban mientras una alfombra de hojas secas crujía bajo mis pies.

Recuerdos de mi tiempo con mi abuela aparecieron en mi mente.

La echaba de menos.

Su dulce sonrisa y su voz temblorosa.

Recordé el día en que la encontré inmóvil, tendida en la cama. El pensamiento me hizo sentir un nudo en el corazón, y dejé que las lágrimas corrieran libremente por mis ojos.

Al igual que Alaric, había perdido a mi única familia aquel día.

Un crujido en la maleza detrás de mí me sobresaltó.

Me di la vuelta, y me quedé sin aliento cuando vi a tres hombres corpulentos.

Mi pulso se aceleró.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú sola en el bosque? —preguntó uno de los hombres—. No nos importa tenerte, pero tenemos curiosidad por saber.

Se miraron y se rieron.

Eran fornidos. ¿Cómo iba a escapar de ellos? ¿O cómo iba a enfrentarme a ellos?

Mis labios temblaron mientras se curvaban en una sonrisa forzada. —Les pido disculpas si me interpongo en su camino. En realidad, me estoy yendo ya —dije con una cortesía.

—No, cariño. Te quedarás un poco más con nosotros —dijo otro. Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

Tragué saliva y di un paso atrás.

—Claro. Me encantaría quedarme. Quizá en otra ocasión.

—Si decimos que te quedes, te quedas. No es negociable —gruñó el primer tipo, y me estremecí—. Tenemos cosas divertidas que hacer.

—Contigo —dijo el de la izquierda.

—A ti —añadió el de la derecha, y se rieron, dando un paso hacia mí.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ningún sonido.

—Te ves sexy con la boca abierta —dijo el primer tipo.

Fruncí el ceño.

Sabía que no podía enfrentarme a ellos sola, pero podía intentarlo.

No era una chica débil, y nunca permitía que la gente me mangoneara, aunque fueran el doble de mi tamaño.

Apreté los puños.

—O me dejan ir, o reciben mis puñetazos —espeté.

Mi vulnerabilidad era el peor momento para enfurecerme.

Les enseñaría de qué estaba hecha. Después de todo, huir no era una opción. Me atraparían de todos modos. Lo mejor era luchar y esperar ganar.

De nuevo, se miraron y se rieron.

—Picara. Nos gusta eso. Hace las cosas más interesantes —dijo de nuevo.

Lentamente, se acercaron a mí.

Desde mi lado, el de la izquierda saltó hacia mí. Lancé un puñetazo, pero él agarró mi mano y me tiró contra su pecho, inmovilizando mis brazos detrás de mí.

—Suéltame, cerdo —grité, retorciéndome para liberarme, pero su agarre era fuerte. Mi corazón latía más rápido que un caballo desbocado.

—Relájate. Deja de luchar. Estoy seguro de que te haré disfrutar —susurró, oliendo mi pelo.

Me esforcé por pensar qué hacer a continuación.

Una idea vino a mi mente, y le di un codazo en la ingle.

Gritó, pero aún tenía la mano sobre mí.

Pisé su pie con fuerza, y me soltó.

—Pequeña zorra —maldijo.

Retrocedí, tropecé con un trozo de madera y caí de culo. Pero mi mirada no se apartó de ellos.

Sus sonrisas burlonas se habían convertido en ceños fruncidos.

—Vas a pagar por eso —dijo de nuevo el primer tipo, lanzándose hacia mí.

Cerré los ojos y protegí mi cara con un brazo, esperando el impacto de su salto sobre mi cuerpo.

Pero nunca llegó.

En su lugar, él gruñó, y los demás jadearon.

Mis ojos se abrieron de golpe. Y justo frente a mí estaba Alaric, con la mano en la garganta del tipo, levantándolo del suelo.

Mi corazón se aceleró.

Nunca en mi vida había estado tan feliz de ver a alguien.

Solté un aliento que no me di cuenta de que estaba conteniendo.

—¿Qué clase de hombre pelea con una mujer? —rugió Alaric.

Sus palabras me hicieron estremecer y erizar el vello de mi nuca.

—Por favor, no nos hagas daño —tartamudeó el tipo que me atacaba, agitando las piernas y luchando por liberarse del agarre de Alaric.

—Eres patético.

—Por favor, déjanos ir —rogó el tipo al que le había dado un codazo.

Los músculos de los brazos de Alaric se tensaron, y apretó los dientes antes de soltar al tipo.

Este cayó con un fuerte golpe y jadeó para llenar sus pulmones de aire.

—Largo de aquí —ordenó Alaric.

Y de inmediato, echaron a correr.

Yo seguía sentada en el lugar donde había caído, observando cómo se desarrollaba el incidente.

Alaric volvió su mirada hacia mí. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te dije sobre estos bosques? —ladró. Bajé la mirada, pero no respondí. —Eres testaruda. Nunca escuchas.

—Vine a llorar —respondí en voz baja.

—Llora en tu habitación. Esa era la orden.

Guardé silencio.

—No estoy de humor para enfadarme. No me presiones. Estos bosques son peligrosos. Podría haber maleantes merodeando. Te devorarían antes de que parpadearas.

Mis hombros cayeron. —Lo siento. Y... gracias por salvarme.

Gimió y me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

Cuando mis dedos tocaron su palma, el calor de nuestra conexión corrió por mis venas.

Retiré la mano.

No podía entender por qué seguía sintiendo eso después del rechazo.

Si acaso, nuestra conexión se hizo más fuerte cuando intenté cerrarle mi corazón.

Sabía que él también había sentido el calor, porque no reaccionó cuando me aparté de él.

—Vuelve a la mansión —ordenó.

Me levanté y di un paso, pero me detuve.

—Señor —le llamé. —¿Cómo lo supo?

—¿Qué? —preguntó.

—¿Cómo supo que necesitaba ayuda?

Me miró a los ojos, y el mundo entero pareció desvanecerse en fragmentos.

—Te sentí —respondió.

CAPÍTULO 10



Alaric

Sus mejillas se sonrojaron.

Un mechón de su pelo rizado cayó sobre su rostro.

Lo cogí y lo aparté detrás de su oreja. Sus ojos estaban clavados en los míos.

Tenía un brillo inocente que la envolvía.

Mi mirada se dirigió a sus labios carnosos.

Eran rosados y suculentos.

La mera presencia de Myla era un gran consuelo para mí en estos momentos difíciles. No quería dejarla. No quería sentir ese vacío.

Pero tenía que irme.

Había mucho por hacer, y no quería que ella descubriera el efecto que tenía sobre mí.

—Siento lo de tu padre —se compadeció.

Su voz era suave, como una brisa suave de tarde después de un día soleado.

Me costó toda mi fuerza de voluntad no atraerla hacia mis brazos y disfrutar del calor de su cuerpo.

—Gracias —respondí con voz ronca, incapaz de ocultar las emociones que me embargaban—. Ahora, vuelve a la mansión. Estos bosques no son seguros.

Por mucho que intentara mantenerme fuerte, aún era difícil aceptar la noticia de la muerte de mi padre.

Era como un sueño.

Y necesitaba despertar.

Me giré para marcharme, pero ella me agarró del brazo. Mi corazón se aceleró.

A pesar del calor de nuestra conexión, no soltó mi brazo. —Será usted un gran Alfa, señor —dijo—. Gracias otra vez por salvarme.

Permanecí en silencio.

Solo su contacto alejó mi dolor.

Retiró sus dedos, y la zona de mi bíceps donde me había agarrado se sintió fría.

Era casi como si la sangre hubiera dejado de fluir en esa área.

Es mi sangre. Mi verdadera compañera.

Sus pasos se alejaron del bosque.

Escuché cómo cada paso que daba crujía sobre las hojas secas.

Levanté la cabeza hacia arriba y cerré los ojos para tomar una bocanada de aire.

De vuelta a la realidad.

Myla era mi escape de la realidad, aunque solo fueran unos minutos.

Pero ahora había vuelto.

Todas mis preocupaciones regresaron a mi mente con fuerza cuando Myla abandonó el bosque, y me di cuenta de que estaba solo.

Solo en este mundo, ahora que mi padre había fallecido.

Quien me había dejado con una montaña de responsabilidades cuando apenas tenía treinta años.

Un gran poder conlleva grandes responsabilidades.

Ese era el precio que debía pagar como Alfa.

Decidí regresar a la mansión.

Había mucho por hacer.

Volví a mi habitación.

Las sábanas estaban revueltas a un lado, y mi portátil abierto desde la investigación de la noche anterior.

Aparté la silla y me dejé caer en ella, mirando fijamente los libros abiertos y todo lo que había escrito.

En la próxima luna llena, me vería obligado a casarme con Laurel, mi padre sería enterrado, y yo sería coronado como el próximo Alfa.

Los recuerdos de mi padre se colaron en mi mente.

El tiempo que pasamos juntos.

La primera vez que me transformé en lobo, y la primera vez que me llevó de caza.

Había creado muchos recuerdos con mi padre debido a mi personalidad reservada.

Las sabias palabras de mi padre llenaron mi mente.

Su tono de autoridad, que usaba al dirigirse a la manada.

Pero el momento que más disfruté con mi padre fue cuando cantaba alabanzas sobre mi madre. Su belleza y su bondad.

Igual que Myla.

—Alaric. ¿Estás ahí? —Llamaron a la puerta. Era el tío Felix.

No podía confundir su voz.

—Está abierta —respondí.

La puerta se abrió de golpe, y sus pasos pesados entraron en la habitación.

Se detuvo, y hubo silencio.

—Alaric —dijo.

Giré la cabeza para mirarle.

—¿Necesitas algo? —pregunté.

No respondió, sino que avanzó hacia mi cama y se sentó con los ojos aún fijos en mí.

A diferencia de anoche, no parecía desaliñado, y sus ojos brillaban. Estaba llevando bien el duelo.

Mucho mejor que yo.

Llevaba el pelo recogido en un estilo pulcro y un traje negro que completaba su aspecto formal.

Le miré boquiabierto.

Era la única familia que me quedaba.

El único hermano de mi padre.

Y su lealtad hacia mi padre era insuperable. Confiaba en él, y nunca ocultaba mis emociones delante de él.

—¿Cómo estás?

Nuestras miradas se encontraron.

—Es difícil.

Mi respuesta fue honesta.

—Como debe ser. Y no pienses que los próximos días serán más fáciles porque no lo serán. Este es un momento que pondrá a prueba tu temple como Alfa.

Suspiré.

Alfa.

—¿Por qué vas tan arreglado? ¿Vas a algún sitio?

—Acabo de volver de otra reunión con los ancianos de la manada. Se discutieron los preparativos para el funeral de tu padre.

Mis ojos se endurecieron. —¿Sin mí? —pregunté.

Era el funeral de mi padre. Yo tenía que estar allí.

Tenía curiosidad por saber por qué no había estado en la reunión.

—Estabas hablando con el personal cuando me fui. Y, además, quería que te tomaras un descanso por un rato —respondió.

—¿Cuál fue la conclusión de la reunión?

—Seguimos debatiendo si coronarte como Alfa antes del funeral o después.

—No —respondí, casi levantándome de mi asiento—. No aceptaré ninguna coronación hasta que mi padre sea enterrado.

—Exactamente lo que les dije. Pero están de la opinión de que debemos seguir las tradiciones establecidas de la manada. Es decir, que el difunto Alfa será enterrado por el nuevo Alfa —explicó.

—Eso es absurdo.

—Estas son las reglas de la manada. Tienes que empezar a acostumbrarte a ellas.

—Pero…

—No hay peros. Las decisiones de la manada están por encima de tus necesidades.

No podía creer que esto estuviera sucediendo.

Sabía que el tiempo mínimo que un Alfa permanecía sin enterrar era de cuatro días.

Si querían que me convirtiera en Alfa antes de enterrar a mi padre, entonces todo el proceso de mi coronación tenía que

acelerarse.

—¿Estás diciendo que tengo que ser coronado en los próximos cuatro días?

Mi pulso se aceleró al pensarlo.

Cuatro días no eran suficientes para prepararme.

—Tu coronación ha sido acelerada, pero no en cuatro días.

El alivio se extendió por todo mi cuerpo.

—Pero mi padre debe ser enterrado en cuatro días. ¿No es una regla?

Arqueé una ceja.

Negó con la cabeza. —Lo es. Pero pude convencerles de lo contrario.

—Entonces convénceles de que no aceleren mi coronación, ya que te escuchan.

Una pequeña risa escapó de sus labios.

—No funciona así, Alaric.

—Necesito aproximadamente un año. Es demasiado pronto.

El brillo en su rostro se desvaneció y fue reemplazado por líneas marcadas en su frente.

—Aún no entiendes la importancia de un Alfa para la manada. ¿Quieres que la manada se rebele?

—¿Rebelarse?

—Somos hombres lobo. Sin un líder, carecemos de un sentido de dirección, especialmente en esta era moderna. Si no ocupas el lugar de tu padre lo antes posible, la gente comenzará a romper las reglas, y la tasa de delincuencia se disparará.

Mis músculos se tensaron.

A mi padre le había llevado años establecer la paz y la armonía en la manada. No iba a romper esa unidad.

En cambio, fortalecería y ayudaría a la manada a crecer.

Eso era lo que mi padre esperaría de mí.

Incluso si los ancianos de la manada querían darme una prórroga para mi coronación, la gente no lo haría. No había salida.

Una manada necesitaba un líder.

Tenía que enterrar mis emociones y centrarme en mis deberes.

Mi padre habría querido eso, y eso es lo que debía hacer.

Mis deberes con la manada iban primero.

El tío Felix tenía la boca abierta para hablar, pero un golpe lo interrumpió.

—Señor, tiene algunas visitas esperando en el salón —siguió una voz.

El mensajero de la mansión.

—¿Quién es? —pregunté.

—La señora Ryker y la señorita Laurel —respondió.

—Dígales que estaré con ellos en un momento.

—De acuerdo, señor.

—Debe haber informado a su madre sobre la muerte —añadió el tío Felix.

Asentí en señal de acuerdo.

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta antes de volverse por encima del hombro. —Si me necesitas, siempre estoy a tu servicio.

—Gracias, tío —respondí.

Se fue.

Corrí a su baño, me di una ducha rápida y me cambié de ropa. Una camiseta negra y un pantalón.

Era el color habitual para el luto.

A pesar de mi corazón pesado, necesitaba mostrarle a la gente que era lo suficientemente fuerte para cuidar de la manada.

Cuando llegué al salón, encontré a la señora Ryker con un vestido negro que le llegaba hasta los tobillos.

Era una mujer bajita, pero añadía unos centímetros con sus tacones color piel. Su cabello estaba recogido en un moño impecable.

Estaba teniendo una conversación inaudible con su hija. Las arrugas en su frente denotaban la seriedad de su discusión.

Luego, se secó las lágrimas con un pañuelo.

—Señora Ryker —dije, y ambas dirigieron su atención hacia mí.

—Dios mío, Alaric. Siento mucho lo de tu padre —dijo, levantándose y acercándose a mí con los brazos abiertos.

La señora Ryker me abrazó con fuerza, y el aroma a lavanda de su perfume llenó mi nariz.

Lloró y sollozó en silencio.

—Laurel me llamó esta mañana. Aunque tenía una reunión, pospuse todo y vine lo antes posible.

—Gracias por venir —respondí.

Se separó para mirarme a los ojos.

Estaban rojos e hinchados.

—Fue tan repentino e inesperado. Siento que tengas que pasar por esto.

—Fue... Por favor, siéntense.

Las conduje de vuelta a sus asientos mientras yo me sentaba en el de mi padre.

La señora Ryker se dejó caer en otra silla junto a mí y colocó su mano sobre la mía, mirándome con ojos grandes.

—Sé que es difícil. Conozco ese sentimiento. Es exactamente lo mismo que sentí cuando perdí a mi marido. Pero tienes que ser fuerte. Ahora somos tu familia —continuó.

—Aprecio su apoyo.

—Sí, cariño, superaremos esto, lo sé —dijo Laurel.

Forcé mis labios a curvarse en una media luna hacia arriba. Era antinatural, pero necesitaba mostrar un gesto optimista.

Pasos pesados se acercaron.

Levanté la cabeza y vi al tío Felix acercarse a nosotros.

—Alice, bienvenida —le dijo a la madre de Laurel.

—Felix. Siento tu pérdida —respondió ella.

El tío Felix se sentó frente a ella, a mi derecha.

—Es un acontecimiento desafortunado, pero no debemos quedarnos estancados en ello.

—En efecto, no debemos. La única forma de que los muertos descansen es dejarlos descansar.

El tío Felix desvió su mirada hacia mí.

—Es bueno que Laurel y su madre estén aquí. Como no tenemos tiempo de nuestro lado, lo mejor es que hablemos sobre cómo proceder con tu matrimonio —dijo el tío Felix.

Era una intervención inesperada. Una que no quería tener en ese momento.

Aferré el reposabrazos de mi asiento mientras la ira recorría mis venas.

¿Cómo podía sacar este tema?

No era el momento adecuado.

Al menos debería permitírseme llorar y enterrar a mi padre.

Sabía que era importante, y él solo estaba preocupándose por mí y por la manada. Aún así, no quería tener esta conversación ahora.

Todos mantenían la mirada fija en mí, esperando una respuesta.

Una respuesta positiva que aceptara sus sugerencias.

Pero no era un hombre de sentimentalismos.

Me aclaré la garganta para disipar cualquier rastro de ira en mi voz.

—Podemos hablar de esto en otro momento —respondí, con los ojos clavados en el tío Felix, intentando comunicarle con la mirada que debía dejar el tema.

Pero no lo entendió, o simplemente ignoró mis señales.

—Tenemos que hablar de esto ahora —insistió—. Necesitas una Luna. No hay Alfa sin Luna.

—Mi padre no tenía Luna —repliqué, esta vez mi tono dejó escapar la furia que intentaba ocultar, y mi frente se frunció.

—Sí la tenía. Ella murió.

Mi respiración se cortó.

Me ajusté en el asiento mientras la ira me recorría al recordarme la muerte de mi madre.

Mi madre era un tema del que apenas se hablaba en la mansión, y en los raros momentos en que se hacía, se le rendía respeto.

Esto se debía al amor que mi padre le tenía.

Él estaba dispuesto a partirle el cuello a cualquiera que faltara al respeto a mi madre.

Cuando se dio cuenta de la gravedad de sus palabras, bajó la mirada.

—No quería sacar eso a colación. Sé que estás pasando por mucho ahora. Pero necesitas a Laurel a tu lado en este momento. Ya te dije antes que las cosas no mejorarán en los próximos días. Necesitas a tu compañera —dijo el tío Felix.

El calor de mi conexión de aparejamiento recorrió mi torrente sanguíneo al levantar la vista y ver a Myla acercarse a mí y a mis invitados.

Laurel siguió mi mirada y frunció el ceño al ver a Myla.

—Mi compañera —repetí.

CAPÍTULO 11



Myla

Jadeé al escuchar sus palabras y mi corazón dio un vuelco. ¿Qué acababa de decir?

¿Se estaba refiriendo a mí?

—Sí, necesitas a tu compañera a tu lado como Alfa. Así que tu matrimonio con Laurel debe realizarse lo antes posible —dijo Felix.

Exhalé lentamente mientras la decepción se posaba sobre mis hombros.

Obviamente, Alaric estaba hablando de Laurel.

¿Por qué me permití pensar que era yo?

Pero, ¿realmente estaban hablando de matrimonio?

—¿Qué quieres? ¿No tienes modales? ¿O eres ciega y no ves que estamos teniendo una discusión importante y no deberías estar por aquí? —espetó Laurel con disgusto, agitando sus pestañas y moviendo una mano para que me fuera.

—Buenos días, señores y señoras —saludé, con mi mirada fija en Alaric.

Alaric gruñó en respuesta.

Felix asintió, pero las mujeres no dijeron nada.

Actuaron como si yo no estuviera allí.

—La comida está lista en el comedor —anuncié con un tono suave.

—Eso ha sido una grosería. Deberías decir: "La comida está lista, señores y señoras". ¿Es que no me reconoces? —replicó la señora Ryker; la ira era evidente en su voz.

—Lo siento, señora —respondí—. Señores y señoras, la comida está lista. Por favor, pasen al comedor.

Laurel resopló.

—¡Qué insolencia! No apruebo a esta criada. Deberíamos conseguir otra. Realmente no sé qué sigue haciendo en esta mansión —dijo Laurel, y su madre asintió en señal de aprobación.

—Basta, Laurel. Ella se ha disculpado —reprendió Alaric.

—Pero no aprende.

—Ya te lo he dicho antes. Todo el personal de esta mansión debe ser tratado con respeto. ¿Así es como planeas ser la Luna? Oprimiendo y maltratando a los que están por debajo de ti.

Laurel guardó silencio.

—¿Ya está servida la comida? —preguntó Alaric.

—Sí, lo está —respondí en voz baja.

—Iremos allá. Discúlpanos.

Hice una reverencia y me fui.

Cada paso que daba era pesado, y mi pecho se oprimía. Era casi como si no pudiera respirar.

Aceleré el paso hacia mi habitación.

Necesitaba un momento para pensar.

Solo un breve instante para aclarar mi mente. Para detener las lágrimas que brotaban de mis ojos.

Alaric iba a casarse con Laurel.

Nada podía cambiar eso.

Tenía que aceptar ese hecho.

Había sido rechazada.

Me tumbé en mi cama, con las lágrimas rodando silenciosamente por mi rostro.

¿Seguiría sintiéndome cuando finalmente se casara con ella?

Una parte de mí quería que lo hiciera, pero otra parte sabía que sería mejor que no.

La puerta de mi habitación crujió, y unos pasos suaves la siguieron.

—Myla, no has vuelto para el… —Storm se detuvo—. ¿Estás llorando?

Se acercó a mí, y el peso de la cama bajó cuando se sentó.

Sus manos acariciaron mi espalda. —¿Qué pasa?

Me senté y la miré.

Storm presionó sus dedos en mi rostro para secar mis lágrimas.

Abrí la boca, pero no dije nada, cerrándola de inmediato.

—Háblame. Sé que algo va mal. Por favor, deja de hacer eso de ocultarme tus problemas hasta que yo los descubra. Háblame. Déjame ayudarte en todo lo que pueda —insistió ella.

Suspiré profundamente.

No había razón para seguir ocultándolo.

Al fin y al cabo, era mi mejor amiga.

Y necesitaba hablar con alguien antes de que las emociones que llevaba dentro estallaran con más fuerza que un volcán.

—Es Alaric —dije.

Su boca se abrió y su rostro palideció.

—Por favor, no me digas que te ha despedido.

—No lo ha hecho.

—¿Te ha suspendido?

—Estoy emparejada con él —solté de golpe.

Ella dio un respingo y me miró en silencio.

—Me ha rechazado —concluí.

—Dios mío, ¿cuándo ha pasado esto? ¿Cómo? No puedo creerlo —recuperó la voz, sus ojos aún desorbitados por la sorpresa.

—Me está consumiendo. Más de lo que quisiera admitir.

—¿Fue antes de la muerte del Alfa Ronan? —preguntó.

No respondí.

No quería entrar en más detalles sobre el incidente.

—Olvídalo. Tenía que ser así.

De nuevo, suspiré.

—Eres afortunada por haber encontrado a tu pareja destinada. Es algo difícil hoy en día. La mayoría de la gente ya no cree en eso.

Arqueé una ceja mientras sus palabras resonaban en mi cabeza.

¿Cómo era afortunada por ser rechazada por el único hombre por el que latía mi corazón?

—Lo siento, estoy confusa sobre qué decir. Toda esta información es abrumadora —Storm se acercó más a mí y apoyó mi cabeza en su hombro—. Siento que te hayan rechazado.

—Se va a casar con Laurel pronto —respondí.

—Está bien. Tal vez fue un error y él no es tu pareja destinada —sugirió.

Me separé de su abrazo. —Lo es. Lo siento cada vez que lo veo.

Tomó mi mano y la apretó suavemente. Sus ojos tiernos se posaron en mí.

—No importa. Encontrarás a otra persona. Alguien que te ame y te acepte —me animó.

—No lo sé. Ha sido difícil intentar aceptar el rechazo —le dije.

—Para ser sincera, no sé cómo se siente. He oído que la atracción hacia tu pareja destinada es fuerte y que el dolor del rechazo es más intenso que la muerte de un ser querido. Eres una mujer fuerte por soportar este dolor cada día, viviendo bajo el mismo techo que él —dijo—. Estarás bien. Sé que lo estarás. Siempre he admirado tu fortaleza.

Sus palabras de aliento levantaron mi ánimo.

Y la pesadez en mi corazón se derritió como el hielo bajo el sol de la tarde.

Mis labios esbozaron una sonrisa.

—Muchas gracias —respondí.

—De nada. Ahora, ven, vamos a desayunar. Quedarte sola en la habitación llorando te enfermará.

Se levantó, tomó mi mano y me ayudó a ponerme de pie.

Juntas, fuimos a la cocina a buscar el desayuno.

La mansión estaba en silencio debido a la muerte de Ronan.

Había apenas un puñado de sirvientas o guardias.

Solo un chef en la cocina. Storm y yo le ayudamos a preparar el desayuno.

Storm y yo nos sentamos en un taburete y comimos algo, aunque yo no tenía mucho apetito.

—Me alegra que estés mejor que antes —me dijo mientras una débil sonrisa asomaba en sus labios.

—¡Criadas! —gritó Laurel desde el comedor, que no estaba lejos de la cocina.

Storm saltó de su asiento para atenderlas.

—No importa, iré yo. El servicio de mesa me fue asignado a mí —respondí.

—¿Estás segura? Sabes que Alaric…

—Estoy bien. No te preocupes. Termina tu comida.

Me lanzó una sonrisa.

Laurel hizo un gesto de desprecio tan pronto como me vio.

Quizás debería haber dejado que Storm atendiera la llamada.

Laurel no me caía bien de todas formas, y no quería que Alaric me defendiera de ella todo el tiempo. Me confundía.

Me hacía sentir especial, como si le importara, pero en el fondo sabía que solo era un buen jefe que cuidaba de todo su personal.

—Date prisa —me regañó, y corrí hacia ella.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —pregunté haciendo una reverencia.

Por el rabillo del ojo, capté a Alaric mirándome.

Luego desvió la mirada y se concentró en su comida.

Solo Mrs. Ryker y Felix conversaban.

—Tráenos más agua y zumo —solicitó Laurel.

Asentí y me apresuré a cumplir el pedido.

Minutos después, regresé con dos jarras de cristal. Cada una llena hasta el borde con agua y zumo.

Uno por uno, les serví agua en sus vasos.

Cuando llegué a Laurel, su nariz estaba arrugada. —Solo el zumo —dijo.

Le serví el zumo en su vaso.

—Es suficiente —gritó Laurel, sobresaltándome.

Mi mano tembló un poco, y el zumo se derramó sobre su falda.

—Oh, lo siento mucho —me disculpé.

Laurel jadeó, se levantó de su asiento y casi me dio una bofetada en la mejilla cuando Alaric se levantó al mismo tiempo para sujetarle la mano.

Mi pecho se agitó.

—Ni se te ocurra —espetó Alaric.

—Alaric —gritó Mrs. Ryker.

Laurel jadeó rápidamente al girarse para mirar a su madre.

Su cara se enrojeció.

—Mira mi vestido. Lo ha arruinado. Estoy empapada —explicó Laurel.

—Ya lo veo. Debe ser castigada —añadió Mrs. Ryker.

Alaric me llevó a su lado. Miró fijamente a Laurel.

—Nunca pongas un dedo sobre ninguna criada. Son personal, no sirvientas —dijo.

—Pero mira lo que ha hecho —Laurel mostró su falda mojada, que se pegaba a su cuerpo.

Alaric no dijo nada.

—Está bien. Sigamos comiendo. Fue un error tonto —añadió Felix.

—Puedes irte —dijo Alaric dirigiéndose a mí.

Hice una reverencia. —Lo siento, señorita Ryker —me disculpé de nuevo antes de retirarme.

—Esas criadas deben ser despedidas —oí decir a Mrs. Ryker.

Mi corazón latía rápidamente.

En la puerta de la cocina, encontré a Storm de pie, estirando el cuello para ver la causa del alboroto.

Nuestras miradas se encontraron.

Tenía una expresión suave en su rostro.

—¿Cuál es la causa del alboroto? —preguntó.

—Derramé zumo sobre Laurel por error —respondí.

Negó con la cabeza. —Lo siento. Debe haberse enfadado mucho —dijo Storm.

—Myla —gritó Felix mi nombre, y se me cortó la respiración.

Los ojos de Storm brillaron.

—¿Debo responderles? —preguntó Storm.

—Creo que es mejor que las sirva yo. Ya que Laurel está enfadada contigo —dijo.

Aspiré bruscamente.

—Yo las serviré. Me han asignado el servicio de mesa.

—Pero…

—No te preocupes, Storm. No soy una niña. Puedo cuidar de mí misma. Y él me ha llamado —respondí.

—Myla —llamó Felix de nuevo.

Esta vez más alto y con más autoridad.

Me ajusté la ropa y salí a su encuentro.

Alaric no levantó la vista hacia mí.

En su lugar, Laurel y su madre me miraron con desaprobación.

—Me ha llamado, señor —hice una reverencia, con la mirada puesta en Felix.

—Has molestado a estas dos mujeres y tienes que disculparte —me dijo.

—Myla ya se ha disculpado. Y no le ha hecho ningún daño a la señora Ryker —dijo Alaric, tomando un sorbo de agua—. ¿Por eso la ha llamado?

—Está claro que las mujeres están molestas —dijo Felix.

—Por favor, tío, me gustaría comer en paz. Tengo muchas cosas en las que pensar como para preocuparme por una criada que derramó zumo sobre Laurel. Estoy seguro de que tenemos asuntos más importantes que tratar.

—Sí hay asuntos más importantes de los que hablar, pero primero exijo una disculpa —dijo Laurel, mirándome con intensidad.

—Ya lo ha hecho —replicó Alaric.

—Deja que la chica se disculpe. Si sigues diciendo estas cosas delante de ella, perderá sus modales —añadió la señora Ryker.

Alaric guardó silencio y siguió comiendo.

—Adelante —dijo Felix.

—Lo siento, señorita Laurel —me disculpé.

Ella alzó una mano para hacerme callar y yo me detuve.

—Es la señora Xander ahora. Corrígete —señaló Laurel.

Mi corazón se hundió.

CAPÍTULO 12



Alaric

—Lo siento, señora Xander. Lo siento, señora Ryker —dijo Myla, con la voz temblorosa de emoción, y sentí el impulso de abrazarla y consolarla, pero permanecí sentado en silencio hasta que terminó de disculparse.

—Da igual, lárgate —dijo Laurel, mientras ponía los ojos en blanco.

Mis músculos se tensaron y perdí el apetito por la comida.

Un impulso de salir de allí me invadió, pero lo reprimí. Debía ser el hombre que mi padre quería que fuera.

Myla hizo una pequeña reverencia y salió con paso firme.

Tomé un sorbo de agua y me mantuve en silencio.

—Ahora podemos hablar, mi amor —dijo Laurel, con una mirada expectante hacia mí.

—Creo que el siguiente tema en la mesa debería ser el funeral de mi hermano —añadió el tío Felix.

No me sentía cómodo hablando de mi padre con otras personas hasta que se hubiera confirmado y anunciado oficialmente.

Pero sabía que lo que el tío Felix estaba haciendo era para acostumbrarme a compartir asuntos personales con Laurel, ya que era mi pareja.

Eso ya no era un debate.

Lo había aceptado por el bien de la manada.

—Sí, tío. No me dijiste qué fecha acordaron finalmente con los Ancianos de la manada, ya que les convenciste de no seguir el plazo de cuatro días —añadí.

El tío Felix estaba a punto de responder, pero la voz aguda de Laurel lo interrumpió.

—¿Podemos hablar de algo más urgente que un funeral? —dijo.

Gruñí en voz baja por la interrupción tan grosera.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, como la de un niño esperando un caramelo.

La curiosidad se apoderó de mí sobre lo que tenía en mente, pero no pregunté.

—Algo más ligero. Hemos estado tristes toda la mañana. Incluso esa criada grosera me sacó de quicio. Pero no deberíamos seguir con mal humor todo el día.

Su madre sonrió con orgullo, como si Laurel hubiera dicho la cosa más inteligente.

—Adelante, cariño, cuéntanos, estamos escuchando —animó la señora Ryker.

—Sí, hago esto porque, como la futura Luna, me preocupo por el bienestar de la manada. Hemos llorado la muerte de un Alfa y…

—Al grano y deja de andarte por las ramas —ordené.

Mi cabeza procesó las palabras que salieron de sus labios.

No tenían sentido para mí.

Mi padre murió anoche. ¿Cómo podía decir que ya lo habíamos llorado?

Ni siquiera era de noche todavía.

El calor me subió a la cabeza, pero me mantuve tranquilo. No quería reaccionar sin motivo. Necesitaba escuchar lo que tenía que decir.

—Bueno, lo que quiero decir es que necesito una fiesta de compromiso antes de la ceremonia de boda y mi coronación como Luna.

El tío Felix dio un respingo.

Mis ojos se abrieron de par en par.

¿Una fiesta de compromiso?

Apenas un día después de la muerte de mi padre.

Era como si quisiera tomar el control y gobernar ella misma.

Su expresión radiante no mostraba ningún signo de duelo.

¿Estaba siquiera de luto?

Después de anoche, en la habitación de mi padre, ¿había derramado una sola lágrima más?

Me aclaré la garganta para preguntar de nuevo: —¿Qué has dicho?

—Estoy diciendo que organicemos una fiesta de compromiso —repitió.

—¡Laurel! —grité, golpeando la mesa con un puño. Ella se sobresaltó—. ¿Cómo se te ocurre decir algo así? ¿Es que no entiendes nada sobre el momento adecuado?

—Lo entiendo, mi amor, por eso lo estoy pidiendo ahora.

La miré como si le hubiera crecido otra cabeza.

Quizá le había crecido.

O quizá estaba revelando su verdadero yo egoísta.

Por el bien de la paz, ni siquiera me gustaban las grandes fiestas debido a mi personalidad reservada. Incluso si quisiera hacer la fiesta de compromiso, no se discutiría ahora.

Esto no era el momento.

Y sería un evento discreto.

—Creo que es una buena idea, Alaric —añadió la señora Ryker. Como siempre, apoyaba a su hija.

La rabia me recorrió, y la sangre me hervía.

Tenía que salir de allí antes de hacer o decir algo de lo que me arrepentiría.

Aparté la silla y me puse de pie—. Gracias por compartir este desayuno de mediodía conmigo. Tendremos que dejar esta conversación en pausa. Lo retomaremos más tarde.

Giré sobre mis talones para marcharme.

—Pero es importante hablar de esto ahora —insistió Laurel.

La ignoré y me fui.

Me estaba llevando más allá de mi límite.

¿Cómo iba a pasar el resto de mi vida con una mujer como ella? Una mujer sin conciencia ni vergüenza.

Era la misma mujer con la que mi padre me presionó para casarme. Ni siquiera respetó su muerte.

—Alaric, espera —la voz del tío Felix resonó detrás de mí. Una silla chirrió y unos pasos apresurados se dirigieron hacia mí.

En el salón, me detuve, todavía furioso, mientras esperaba a que mi tío me alcanzara.

—No deberías haberte ido así —dijo de nuevo.

—No podía soportar otra palabra de ella —respondí.

El tío Felix sacudió la cabeza—. Tienes que entender que es una mujer. Debes aprender a ignorar la mayoría de las cosas que dice. Hay dos cosas que están sucediendo en su vida ahora mismo.

—¿Cuáles son?

—Ha perdido a su futuro suegro y pronto se va a casar con un hombre al que ama.

Me burlé—. ¿Amor? ¿Qué amor? Apenas nos conocemos.

El tío Felix me llevó a sentarme.

Sus ojos eran suaves y tiernos, como los de un padre corrigiendo a su hijo.

En ese momento, él era el único en quien me apoyaba para recibir consejos desde que mi padre había muerto.

Su dedo índice me tocó el pecho—. Necesitas dejarla entrar en tu corazón.

—Pero, tío, no me gusta. ¿No puedo elegir a otra?

Esta había sido mi constante petición a mi padre, pero él se negó.

Quizá mi tío sería más condescendiente.

Pero aunque accediera, ¿qué iba a hacer? ¿Con quién me iba a quedar?

Mi corazón anhelaba a Myla, pero eso era como perseguir el viento.

La manada nunca aceptaría una novia sin un trasfondo familiar influyente.

—Laurel es la destinada para ti por la diosa de la luna. Tu padre la aprobó y la manada la aprueba. ¿Por qué quieres ir en contra de la Diosa de la Luna? —preguntó el tío Felix, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me miraba.

Laurel no era mi verdadera compañera. Myla lo era.

La profecía de la Diosa de la Luna ya había desaparecido de mi conciencia. Mi padre me dijo que la ignorara, pero me aferré a ella hasta que encontré a Myla como mi verdadera compañera.

Por un segundo, un impulso tiró de mi corazón para decirle que Laurel no era mi compañera.

¿Habrían sido las cosas diferentes si lo hubiera sabido?

¿Me habría permitido la manada casarme con Myla, entonces?

—Tu padre tenía una razón por la que quería que te casaras con Laurel. ¿La sabes? —preguntó.

—Sí, la sé. Era por su padre. Mi padre era muy amigo del señor Ryker —respondí según lo que sabía del asunto.

—Ese es solo un aspecto de la historia. Tu padre le debía al señor Ryker. Estuvo a punto de romper su amistad hasta que él murió. En ese momento, no había otra forma de pagar la deuda. Prometerte con la hija de Ryker fue la única manera de salvar los escombros de su amistad.

Mi padre nunca me contó este aspecto de la historia. Yo era un niño cuando el señor Ryker murió. Un escalofrío recorrió mi espalda ante esta revelación.

Esto no tenía tanto que ver con que la manada quisiera a Laurel. Podría haber elegido a cualquier otra chica de una familia influyente. Pero esto tenía que ver con el deseo de mi padre de saldar la deuda con su amigo.

—¿Qué le debía mi padre?

—Eso no importa. Tanto Ryker como mi hermano están muertos. Pero la mejor manera de que descansen en paz es que te cases con Laurel y la hagas feliz.

Asentí de acuerdo.

Si tenía que casarme con Laurel para hacer feliz a mi padre, dondequiera que estuviera, lo haría. No sería fácil vivir con una mujer así, pero cuanto antes me acostumbrara a ella, mejor para mí.

También tenía que sacar a Myla de mi cabeza.

—Gracias. Esto ha sido toda una revelación. Reflexionaré sobre lo que me has dicho —le dije antes de levantarme.

El tío Felix no dijo nada más, pero me dedicó una pequeña sonrisa y un rápido asentimiento.

Muchos asuntos se amontonaban en mi mente.

Desde el funeral de mi padre hasta el compromiso que Laurel pidió, mi coronación, y la petición del tío Felix de hacer feliz a Laurel y abrirle mi corazón.

Sin embargo, entre todas las cosas que nublaban mi mente, Myla encontró la manera de colarse.

Las cosas habrían sido más fáciles si ella hubiera sido mi Luna.

Para empezar, parecía alejar mi ansiedad.

Con solo una mirada suya, mis preocupaciones se disolvían como la sal en el agua.

Me dirigí de vuelta a mi habitación.

Necesitaba descansar de todo lo que había ocurrido hoy.

Al abrir la puerta de mi habitación, un aroma familiar me pinchó la nariz.

Myla.

El calor de nuestra conexión me invadió.

Estaba tendiendo la cama.

—Señor, estaba limpiando su habitación —anunció.

No respondí.

Estaba perdido en su mirada suave.

El deseo de estar en sus brazos de nuevo me atraía.

Quería sentir su tacto, su calor, la paz que emitía, y todo lo que ella era. Quería que me quitara las preocupaciones, como siempre hacía.

Sin pensarlo dos veces, me acerqué a Myla. Sus ojos estaban clavados en los míos. Frágiles e inocentes como una rosa en flor.

Su piel parecía brillar, y una fuerte necesidad de abrazarla me invadió.

La observé, absorbiendo cada uno de sus rasgos.

—Señor —comenzó a decir.

Pero reclamé sus labios como míos, arrebatándole las palabras antes de que pudieran caer de su boca.

Se resistió por un momento, pero luego cedió.

Deslicé mi mano hasta la nuca de su cuello, saboreando el tomate y el pan en su lengua.

Un gemido silencioso resonó en su garganta mientras hundía mi lengua en su boca.

Mis dedos se entrelazaron en su suave y espeso cabello mientras nuestras lenguas se movían al unísono en un baile erótico de pasión.

Profundicé el beso, disfrutando del calor de nuestro contacto hasta que ambos nos quedamos sin aliento y tuvimos que separarnos.

Tras retroceder, miré a sus ojos, que brillaban como la magnífica constelación de estrellas en el cielo nocturno.

Sus labios estaban rosados e hinchados por nuestro pequeño ejercicio.

Y sus mejillas tenían un cálido color.

Nos miramos fijamente, jadeando por la intensidad de nuestra sesión de besos.

Pero entonces, no supe qué más hacer.

Necesitaba su tacto, y en ese momento, necesitaba algo más que su tacto.

Si ella se quedaba a solas conmigo en esta habitación, podríamos hacer algo más que besarnos.

—Señor —dijo ella con un tono entrecortado.

—Vete —respondí, dándole la espalda. No podía soportar ver la expresión de su rostro.

—¿Qué?

En su voz se mezclaban la confusión y la decepción.

—Cuando te necesite, te llamaré.

Durante un momento, ella guardó silencio.

Pero yo ya lo había decidido. Tenía que marcharse para que no hiciéramos nada más de lo que ya habíamos hecho.

Por su bien y por el mío.

—De acuerdo, señor —respondió y salió de la habitación.

Me tumbé en la cama, y mi mente regresó al beso.

Entonces, Laurel también se coló en mis pensamientos.

Si seguía teniendo a Myla cerca, nunca desarrollaría sentimientos por Laurel.

Había que hacer algo, porque necesitaba enorgullecer a mi padre.

Necesitaba poner a la manada en primer lugar.

Aunque Myla era mi verdadera alma gemela, la había rechazado, y no había vuelta atrás en eso.

Laurel era mi Luna y mi familia.

Según el tío Felix, tenía que abrirle mi corazón a Laurel.

Aspiré profundamente.

—Haré la fiesta de compromiso —murmuré para mí mismo. Al menos eso me ayudaría a dejar de pensar en Myla y centrarme en mis deberes como Alfa.

CAPÍTULO 13



Myla

Contemplé el hermoso cielo azul mientras el sol se alzaba de su sueño.

Era un nuevo día, y todos se estaban acostumbrando a la muerte de Alpha Ronan. Aunque su funeral aún no se había fijado, los preparativos continuaban entre los ancianos de la manada.

Cogí una rosa del jardín y la acerqué a mi nariz, disfrutando del dulce aroma de la flor. Me preguntaba cuándo las cosas mejorarían.

¿Continuará Laurel con sus burlas y Alaric con sus juegos mentales?

Habían pasado tres días desde que Alaric me besó después del rechazo, pero me ignoraba como si nunca hubiera existido.

—Myla, ¿qué haces ahí mirando al vacío? Coge las flores rápido. Necesito ayuda, y la jefa de las criadas te necesita para la colada —gritó Storm desde la ventana abierta de la mansión, devolviéndome a la realidad.

Desde hacía un tiempo, me distraía mientras hacía las tareas porque los pensamientos sobre Alaric invadían mi mente y se convertían en una gran distracción. No importaba cuántas veces intentara olvidarlo, no podía olvidar su mirada, cómo su lengua se enredaba con la mía o cómo succionaba mis labios como un bebé hambriento.

Deseaba su calor, su tacto, escuchar su respiración tranquila y sentir el latido de su corazón en su pecho.

Recupérate, Myla.

Cogí más flores. En el jardín de la mansión se cultivaban diversas clases, desde rosas hasta girasoles e hibiscos morados. Se esperaba que cambiáramos las flores del comedor cada dos días.

—Cógela de mi habitación, ahora —la voz de Alaric retumbó desde la entrada.

Mi corazón dio un vuelco.

Escuché un momento y me di cuenta de que hablaba con una criada.

Retrocedí lentamente porque parecía que Alaric venía hacia mí, y no quería verlo.

O más bien, no quería que él me viera.

Había estado evitándolo a él y a Laurel. No estaba segura de cuánto tiempo podría seguir con este juego de escondite, pero, por mi tranquilidad, tenía que mantener distancia.

En lugar de usar la puerta principal, decidí ir por la puerta trasera, desde el vestíbulo del personal hasta la cocina.

Coloqué cuidadosamente las flores en cuatro jarrones blancos.

—¿Has terminado? —preguntó la jefa de las criadas, Eden.

Me giré para mirarla.

—Sí, señora. Las flores han sido cambiadas —respondí, ajustando el último jarrón.

—Bien. Ahora, la señorita Ryker tiene ropa que necesita ser lavada. Termina en la próxima hora porque habrá una reunión en el salón principal pronto, ¿de acuerdo?

No respondí.

Me quedé en blanco cuando dijo que tenía que ir a recoger la ropa de Laurel.

La tarea no me molestaba. Disfrutaba haciendo mi trabajo. Me pagaban por ello.

Pero mi preocupación era enfrentarme a Laurel.

De alguna manera, siempre tenía algo malo que decir.

Sabía que solo eran palabras, pero cada vez que decía algo mezquino, me hería el corazón.

—Myla, ¿me has entendido? —preguntó Eden, con una ceja levantada.

—Sí, señora. Lo haré de inmediato —respondí.

Sin decir nada más, me fui a hacer el recado.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Desesperadamente, esperaba que no estuviera en la habitación para poder coger su ropa, lavarla, doblarla y devolvérsela.

La adrenalina recorría mi torrente sanguíneo mientras me plantaba frente a su habitación. Mis nudillos se cernían sobre la puerta, pero no era capaz de llamar.

No estaba mentalmente preparada para sus innumerables insultos, y una parte de mí se preguntaba cómo sería cuando se convirtiera en la Luna de la manada.

Aún no era Luna, pero todos los empleados de la mansión ya la aborrecían. De una forma u otra, había conseguido ofenderlos a todos con sus palabras.

Inspiré profundamente y exhalé con fuerza, pero justo cuando mi mano iba a tocar la puerta, esta se abrió de golpe.

Laurel estaba delante de mí con un ceño fruncido que le marcaba el rostro.

Mi corazón se hundió, pero mantuve la compostura.

—Buenos días, señora —la saludé con una pequeña reverencia.

—¿Señora? —inclinó la cabeza y arqueó las cejas—. ¿Qué te pedí que me llamaras?

—Lo siento, Mrs. Xander —me corregí.

—Así es, siempre estás disculpándote. Lamentablemente, Alaric no está aquí para defenderte esta vez —continuó.

Pero no respondí.

—¿Qué quieres? ¿Quién te ha enviado aquí?

—La jefa de las criadas me ha mandado a buscar su ropa para lavarla.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Se hizo a un lado, dándome espacio para entrar.

Di un paso, pero ella me agarró del brazo y me apretó con fuerza.

Intenté liberarme de su agarre, pero me mantuvo quieta, acercándome a su rostro, y me fulminó con la mirada.

—Será mejor que no robes ninguna de mis prendas. Ni un año de tu sueldo podría pagar uno de mis vestidos de diseñador —amenazó —. Y si crees que Alaric te salvará de mi ira, estás equivocada, porque cuando me convierta en la Luna de esta manada, te echaré de aquí.

Jadeé, y mi corazón se hundió hasta el estómago.

La mirada de muerte en su rostro revelaba su seriedad. Sabía que me odiaba y siempre había querido que me fuera, pero no entendía por qué.

No recordaba qué podría haber hecho para que me guardara tanto rencor.

—No robaré su ropa, Mrs. Xander —respondí.

—Y no permitas que nadie la rompa. ¿Me entiendes?

Forcé mis labios a esbozar una falsa sonrisa. —Sí. No faltará ni se romperá nada. Me aseguraré de ello. Su ropa volverá completa e impecablemente limpia.

Me empujó, y caí de lado sobre mi cadera izquierda, con la cabeza agachada. No quería mirarla ni hacer nada que la incitara a decir más cosas desagradables.

Un siseo escapó de sus labios al pasar por encima de mí y salir de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

A pesar de todo lo que había dicho, lo que más me impactó fue que me echaría cuando se convirtiera en Luna.

No sabía qué hacer.

¿Sería lógico decírselo a Storm? ¿O debería buscar otro trabajo?

Este trabajo lo era todo para mí, y Storm me había ayudado a conseguirlo. La vida fuera era dura, y esperaba ahorrar algo de dinero para montar un pequeño negocio o pagarme la universidad para poder optar a trabajos mejores.

Un suspiro cansado escapó de mis labios, me levanté, recogí su ropa sucia y me dirigí al lavadero.

Mi objetivo era lavar su ropa y devolvérsela a tiempo antes de la reunión en el salón principal.

Una hora después, había terminado con la ropa de Laurel y me dirigí a toda prisa al salón principal.

No estaba tan lleno como el día en que se anunció la muerte del alfa Ronan.

Tenía curiosidad por saber qué querían anunciar para reunirnos así.

Y esperaba que fueran buenas noticias.

El salón estaba un poco más caluroso que otras habitaciones de la mansión, y olía a sudor y aliento caliente.

Como de costumbre, estaba algo oscuro, con lámparas de araña tenues colgadas del techo.

Mis ojos recorrieron el salón en busca de Storm, pero no estaba por ninguna parte.

Alaric tampoco estaba en el salón.

Ni Felix ni ningún anciano de la manada. Un alivio se extendió por todo mi cuerpo. Llegué a la conclusión de que el asunto no era grave.

Mi mirada se fijó en el podio elevado cuando Eden salió junto con el jefe de guardias, Rico.

Hubo una aclaración de garganta para silenciar los murmullos y susurros en el salón.

—Como todos saben, el alfa Ronan ha muerto, y el señor Alaric nos ha dado unos días para llorar —dijo Rico con voz firme y rostro serio.

—Pero los asuntos de la mansión deben continuar, incluyendo el funeral del alfa Ronan, la coronación y la boda del señor Alaric.

Murmullos llenaron el salón mientras el personal susurraba entre sí.

—Silencio —gritó Rico, y el salón se calmó.

—Mañana habrá una fiesta de compromiso para el señor Alaric y la señorita Laurel. Es la primera vez en mucho tiempo que tenemos una fiesta en la mansión. Desde que comenzó la enfermedad del alfa Ronan.

¿Fiesta de compromiso?

Mi pecho se encogió ante sus palabras, y fue casi como si la habitación estuviera demasiado sofocante para mí. Como si me

estuviera asfixiando.

Los pensamientos de mi beso con Alaric invadieron mi mente. Pero parpadeé con fuerza y aparté esos pensamientos de él.

Era lo mejor.

—La fiesta será por la tarde, así que los preparativos comenzarán desde hoy hasta mañana por la tarde —concluyó Rico.

Eden continuó el anuncio. Mencionó algunos nombres y les asignó una tarea. A mí me asignaron la decoración esta tarde y ayudar en la cocina mañana por la mañana.

En ese momento, Storm entró en el salón, desconcertada por lo que estaba sucediendo. Nuestras miradas se encontraron, y la llamé con la mano.

—¿Qué está pasando? —preguntó, mirando a Eden, tratando de entender de qué hablaba.

—Alaric y Laurel tendrán una fiesta de compromiso mañana —expliqué. Sus ojos se dilataron.

—¿En serio? —confirmó.

Asentí. —Y nos han asignado la tarea de decorar juntas. Aunque yo trabajaré con el chef Luke mañana, mientras tú estarás en la compra de provisiones.

Storm me tomó de los brazos y me giró para que la mirara. —¿Cómo te sientes con todo esto? —preguntó.

—Estoy bien. No te preocupes. Todo irá bien.

—Despedidos. Ahora vayan a realizar sus tareas. No se debe ver a ningún miembro del personal holgazaneando sin hacer ningún trabajo, ya que necesitamos que todos colaboren para cumplir con el poco tiempo del que disponemos —ordenó Rico, y todos evacuaron el salón.

Storm y yo salimos juntas.

—¿Dónde estabas? No llegaste a tiempo para la reunión —le dije mientras nos dirigíamos fuera de la mansión para montar una carpa, mesas y sillas para la fiesta.

—Hice la compra con el chef Asher —respondió.

Unos camiones grandes entraron en el recinto, cada uno transportando artículos para la decoración, como luces de

enredaderas, flores artificiales elegantes y equipos de sonido para la música.

Storm y yo colocamos las sillas en filas.

Cuatro sillas en horizontal y seis en vertical.

La mesa principal estaba cubierta con un mantel blanco, morado y dorado. Se usaron flores para decorarla.

Por el rabillo del ojo, vi que Alaric se acercaba a la zona de decoración.

Justo a su lado iba Laurel, caminando con paso torpe.

Mi corazón se saltó un latido.

Les di la espalda, esperando que no me vieran. Sobre todo Laurel.

Alaric podría ignorarme fácilmente, pero Laurel no.

Un sudor caliente brotó en mi frente y mis nervios estaban al límite.

—Myla, te ves pálida —observó Storm.

—Sí, estoy bien. Probablemente sea un poco de estrés —respondí.

A lo lejos, se escuchó la voz de Alaric dando instrucciones a los hombres de los camiones grandes.

—No, no me gusta el color morado. Cambiadlo por plateado —añadió Laurel.

Continué con mi trabajo con las sillas hasta que ya no pude escuchar sus conversaciones.

Me alivió un poco que no se hubiera fijado en mí, y esperaba que no lo hiciera.

Unos minutos después, Laurel gritó: —¡Eh, tú!

Contuve la respiración, esperando que no se estuviera refiriendo a mí.

Le había dicho mi nombre varias veces, pero ella insistía en dirigirse a mí con cualquier cosa menos mi nombre.

—Te está hablando a ti —murmuró Storm.

Lentamente, giré la cabeza en su dirección, y Laurel se dirigía hacia mí como si la hubiera enfurecido.

—Vámonos —le dijo Alaric, pero ella hizo oídos sordos, con el ceño fruncido.

—Necesito poner a esta criada en su sitio —gruñó Laurel.

—Buenas tardes, señora—

Me interrumpió con una bofetada antes de que pudiera terminar.

El impacto del golpe me giró la cara hacia un lado, y me quedé en esa posición, casi olvidando el dolor en mi rostro.

Los espectadores, incluida Storm, contuvieron la respiración.

Alaric frunció el ceño.

—¿Dónde está mi ropa?

—En el armario —respondí.

—¿Te dije que la guardaras ahí, pequeña—

Levantó la mano para golpearme de nuevo.

—Basta —ordenó Alaric.

Laurel me lanzó una mirada furiosa. —En un ratito te echaré a la alcantarilla, que es donde perteneces —susurró y se marchó, furiosa.

No entendía su ira, porque siempre ordenaba su ropa en el armario.

Mi mirada se cruzó con la de Alaric, y sus ojos me retuvieron por un instante antes de que apartara la cabeza y se fuera.

Su unión será el comienzo de mi perdición.

CAPÍTULO 14



Alaric

Las luces de colores parpadeaban y se escuchaba una música ligera.

La gente paseaba de un extremo a otro con diferentes atuendos.

El dulce aroma de una variedad de platillos permanecía en mis fosas nasales, y no podía esperar para probarlos.

Aunque no soy un fanático de las fiestas.

Normalmente, cuando mi padre organizaba una, yo desaparecía del salón principal para refugiarme en mi habitación. Pero no podía hacerlo. Yo era el Alfa, y esta era mi propia fiesta de compromiso.

Tenía que aguantar esta hasta el final, y no había otra forma de evitarlo.

A Laurel y a mí nos habían asignado un asiento separado en el extremo de la carpa, mientras que las demás sillas nos miraban de frente.

Todos se habían sumergido en la diversión del momento, como si hubieran olvidado la muerte de mi padre no hace mucho tiempo.

Pero yo no podía simplemente dejarme llevar y disfrutar de la fiesta.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Laurel mientras movía su cuerpo al ritmo de la música.

No le dirigí ninguna mirada, sino que me quedé observando el espacio abierto, viendo cómo algunos bailarines profesionales

tomaban la pista de baile para presentar su coreografía.

—Amor mío, te estoy haciendo una pregunta —dijo de nuevo.

Mi mirada se detuvo en Myla, que entraba por la puerta con un gran cuenco. A su lado estaba el chef Luke, otra vez.

Gruñí por dentro.

¿Por qué siempre estaba rondándola como una mosca molesta?

—Así que ella es la razón por la que no quieres hablar conmigo —dijo Laurel.

Giré la cabeza para mirarla, frunciendo el ceño. —¿Qué? —pregunté, pero mi tono dejaba entrever mi enfado.

—Oh, pensaba que estabas mirando a alguien. No importa.

No respondí.

—Parece que estás infeliz.

—Estoy bien —respondí secamente.

—No, no lo estás, y voy a arreglarlo.

Sus labios se desplegaron en una amplia sonrisa.

—Judith —llamó—, Mina.

Las dos sirvientas se acercaron rápidamente para atender su llamada con una leve reverencia. —Sí, señora Xander —respondieron ambas al mismo tiempo.

—Traed el vino más dulce y fuerte —añadió Laurel.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

¿No sabía que las tradiciones de la manada no permitían que la pareja bebiera vino juntos hasta después de casarse?

Las dos sirvientas intercambiaron miradas.

Sus rostros perdieron vitalidad y color, como si no supieran qué hacer.

Estaba a punto de sacarlas del apuro explicándoselo a Laurel, pero ella se me adelantó.

—¿Qué hacéis ahí paradas mirándome como tontas? ¿Sabéis quién soy yo? ¿Os atrevéis a desafiar mis órdenes?

—No, señora, lo sentimos, pero...

—¿Pero qué?

—Pero necesitas que te revisen la cabeza —intervine en la conversación.

Laurel se volvió para mirarme. Su rostro mostraba pura confusión y decepción mientras su boca se abría.

Sabía que esperaría que la respaldara, pero nunca lo hice.

Mi Luna o no, siempre defendería lo correcto.

—Podéis iros —ordené a las chicas.

Hicieron una rápida reverencia y se alejaron lo más rápido que pudieron. El miedo en sus ojos era imposible de ignorar.

Era obvio lo mucho que desaprobaban a Laurel.

Todos lo hacían, incluso los guardias y los cocineros.

¿Cómo esperaba tener una manada leal cuando mi pareja estaba creando enemigos bajo mi propio techo?

—¿Por qué siempre me haces quedar mal delante de esas criadas mezquinas? —preguntó Laurel.

—Eres tú quien te haces quedar mal. Nadie lo hace por ti —respondí—. ¿Siempre tienes que gritarles? ¿Siempre tienes que ser tan escandalosa?

Largas líneas aparecieron en su frente. —¿De qué otra manera ejerzo dominio? Se espera que me teman. Que sepan cuál es su lugar. Por debajo de mí.

El calor me subió a la cabeza y apreté la mano en un puño firme. Un gruñido bajo resonó en mi garganta. Pero no quería mostrar mi enfado aquí.

En una reunión donde se esperaba que todos estuvieran felices.

No le respondí.

Y tampoco podía soportarla.

Estaba seguro de que, si pasaba más tiempo con ella, perdería la cabeza. Me levanté de un salto, y su mirada se encontró con la mía. —¿Adónde vas? —preguntó.

—Disfruta de la fiesta —respondí.

—¿Alaric? Es nuestra fiesta de compromiso.

Di largas zancadas y abandoné la fiesta.

Los invitados me felicitaron mientras salía de la carpa.

Solo quería ir a mi habitación y seguir trabajando en algunas nuevas normas de la manada que el tío Felix me había pedido que aprendiera.

Justo afuera de la carpa, me topé con la señora Ryker.

Estaba hablando con algunas criadas con el mismo tono agrio que su hija.

De tal palo, tal astilla.

No quería entablar ninguna conversación con ella, así que tomé otro camino para evitarla.

En la entrada de la mansión, me detuve y respiré profundamente para calmar la tensión de todo lo que había sucedido.

Las estrellas salpicaban el manto negro del cielo nocturno, y las brisas frescas me cosquilleaban la piel.

Me acerqué a la puerta y mis dedos se envolvieron alrededor del pomo cuando mis mejillas se calentaron y mi estado de ánimo se volvió más ligero de lo habitual.

Las emociones que me envolvían no eran mías.

Inmediatamente, mi mente voló hacia Myla. Alguien la estaba avergonzando.

El chef Luke.

—Después de mis advertencias —gruñí.

La energía era más fuerte fuera de los portones de la mansión.

¿Qué estaban haciendo afuera?

¿Había ido Myla al bosque de nuevo a pesar de mis advertencias?

La ira bullía en mi sangre.

Me giré hacia el portón y sentí que su energía se hacía más fuerte con cada paso que daba.

—Sí, a mí también me gusta. El silencio, la paz y la conexión con la naturaleza —sonó la voz de Myla.

Mientras sus suaves pasos crujían sobre el suelo cubierto de hojas del bosque.

—¿Quién está ahí? —ladró Luke al oír mis pasos, girándose hacia mí.

Aparecí a la vista y ambos dieron un respingo, esperando que estuviera en mi fiesta de compromiso.

—Señor... —comenzó Myla, pero la interrumpí.

—Myla, ¿qué te dije sobre venir al bosque? —le espeté.

—Que no debería venir al bosque porque no era seguro —respondió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Señor, fue que...

—Solo hablas cuando se te habla, Luke —le corté, y él se tragó las palabras.

Ambos bajaron la cabeza mientras los reprendía.

—Responde, Myla —le dije.

—El chef Luke me preguntó si quería tomar un poco de aire ya que habíamos terminado con el último plato. Así que sugirió que viniéramos al bosque, y yo acepté porque esta vez no estaba sola. Tenía a alguien conmigo —explicó.

Hubo un silencio mientras los miraba fijamente a ambos, pero sobre todo enfadado con Luke por haberla traído aquí.

—¿Luke? —pregunté.

—Sí, he sido yo, señor. Le pedí que... —dijo Luke.

Di un paso hacia él, y él retrocedió.

—Lo siento, señor, solo estábamos... —

—¿Solo estaban qué? —espeté.

No respondió.

—Esto es la primera y última vez que cualquiera de vosotros se adentra en el bosque por cualquier motivo. Ya sea solo o acompañado. ¿Me entendéis?

—Sí, señor —respondieron.

—Volved a la fiesta —ordené, y salieron corriendo, pasando a mi lado.

Cuando Myla estaba a punto de irse, la agarré del brazo y la detuve.

Nuestras miradas se encontraron.

—¿Por qué confías en él lo suficiente como para seguirle al bosque oscuro sola? —pregunté.

El contacto de nuestras manos provocó un calor en mi interior. Un fuego apasionado que solo ella podía apagar.

Mi corazón se aceleró y mi respiración se hizo más rápida.

Los recuerdos de nuestro beso inundaron mi mente. La forma en que se derritió en mis brazos. Quería recrear esas emociones sensuales de nuevo e incluso ir más allá.

Desde aquel día, no había podido sacarla de mi cabeza.

Me destrozaba el corazón cuando la ignoraba o fingía que no existía, cuando, en realidad, ella hacía que mi sangre se agitara y cada mirada suya me reconfortaba.

—Me encanta el bosque. Siempre me ha encantado. Mi abuela tenía una cabaña cerca del bosque, y yo era la que recogía la leña cuando necesitábamos hacer fuego para el invierno porque no teníamos dinero para pagar las facturas de electricidad para calentar la casa —explicó Myla.

Mi corazón se agitó al pensar en ella vagando por el bosque sin miedo. A diferencia de otras mujeres que había conocido, Myla era valiente e intrépida.

Y eso era algo que admiraba en ella.

Era una característica digna de una Luna.

Por mucho que amara su coraje y fuerza, no podía soportar verla en este bosque, aunque estuviera acompañada por un hombre.

—No quiero que estés en el bosque, excepto cuando esté contigo —respondí.

Sus ojos brillaron.

—A veces no te entiendo.

—No importa.

—Pero sí importa. Sí importa, señor. Estoy harta de los juegos mentales. Un minuto me haces sentir como la piedra más importante y preciosa del mundo, y al siguiente no soy nada para ti —dijo, con la voz baja.

Y sus palabras eran afiladas.

Más afiladas que un cuchillo de mantequilla al clavarse en mi corazón.

Myla estaba herida.

No solo por el rechazo, sino por mi actitud hacia él.

La verdad era que había intentado varias veces resistirme a ella, pero solo me atraía más.

Era como una telaraña de la que no podía escapar.

Cada día en la mansión con ella, mis sentimientos crecían.

Era amable, trabajadora, fuerte e inteligente. Todo lo que un hombre desearía en una mujer.

No podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo Laurel o cualquier otra persona la menospreciaban. Aún así, no quería que nadie supiera que éramos almas gemelas.

Laurel no era mi elección. La acepté por mi padre.

Pero Myla, la quería antes de saber que éramos almas gemelas, y todavía la quiero ahora. Justo ahora, en la noche de mi compromiso.

Quería saborear sus labios y explorar las curvas de su cuerpo. Quería enterrarme dentro de ella y quedarme así para siempre.

Me incliné hacia ella.

Su aliento caliente me calentaba cada vez más cerca que estaba.

—Ya no quiero esto —dijo.

—¿Estás segura? —susurré, capturando su labio inferior.

No respondió.

—No me quieres. No sientes el calor de nuestra conexión cada vez que estamos en la misma habitación o cada vez que te toco —dije.

Su boca se entreabrió mientras su respiración se aceleraba.

Sabía que sentía lo mismo que yo, y era imposible de controlar.

Aplasté mis labios contra los suyos y los succioné.

Al principio, con hambre, luego apasionadamente.

Deslicé mi mano por la curva de su espalda y la acerqué más a mi pecho.

En cuestión de segundos, estábamos en el suelo.

La frescura de las hojas empapadas se filtró en mi piel, y el olor almizclado de las plantas muertas llenó mi nariz. Esto aumentó mi deseo por Myla.

—Señor —gimió.

—Llámame Alaric —le dije.

Planté besos húmedos en su pecho mientras ella arqueaba la espalda para corresponder a la pasión en cada uno de mis toques.

Mis dedos rozaron su piel suave como el terciopelo. Suave y tierna.

Nos desvestimos hasta quedar completamente desnudos, y me sumergí en su abertura.

Una y otra vez, me empujé dentro de ella, mientras sus dulces gemidos eran como música en mis oídos.

Su cuerpo debajo del mío encajaba como una pieza de un rompecabezas.

Y juntos, nuestros cuerpos se movieron en sincronía mientras bailábamos la danza erótica de la pasión, deleitándonos en el calor del amor que reprimimos y el placer que escondimos.

Más y más alto, nuestro placer ascendió hasta alcanzar su cima, hasta que ella liberó su clímax y yo me desmoroné justo después de ella.

Me desplomé sobre su pecho, que subía y bajaba rápidamente, y me giré hacia el suelo mientras los dos jadeábamos por aire.

En ese momento, supe que ella era la indicada para mí.

No estoy seguro de poder borrarla de mi mente.

CAPÍTULO 15



Myla

Durante unos diez minutos, estuvimos ahí tumbados, sobre una alfombra de hojas secas. Nadie dijo nada. Solo se escuchaban nuestras respiraciones calmadas.

Una rana croaba en algún lugar debajo de la maleza cercana.

Alaric me permitió apoyar la cabeza en su pecho mientras yo lo acariciaba y él me acariciaba el pelo. Las respiraciones constantes de sus fosas nasales y el latido de su corazón me alteraron.

No quería que esta noche terminara.

Una noche entre los brazos de Alaric.

Contemplamos el cielo lleno de estrellas, parcialmente cubierto por las ramas de los árboles.

—Tengo que volver a la fiesta —anunció después de un momento de silencio. Alaric me apartó de su pecho y se incorporó apoyándose en el codo.

—¿Ahora mismo? —pregunté, sin querer que se fuera después del momento íntimo que habíamos compartido.

—Sí. He estado fuera demasiado tiempo. Necesito estar allí —añadió.

Me quedé callada.

No había nada más que decir.

No podía retenerlo. No era mío. Simplemente nos dejamos llevar por el momento.

De nuevo.

Nos vestimos, y él se sacudió las hojas y la tierra que habían quedado en su cuerpo.

—Deberías irte primero. No sería ideal que saliéramos juntos, y no quiero que pases ni un segundo más sola en estos bosques.

Asentí con la cabeza y me alejé de él.

Lejos de su calor, de su tacto y de cómo me hacía sentir.

Mi corazón se sintió pesado por sus palabras.

Se repetían una y otra vez en mi mente mientras regresaba a la fiesta.

«No era ideal que saliéramos juntos».

Tenía razón.

Si la gente nos veía juntos, hablarían, pero eso no evitaba que me sintiera mal, especialmente después de lo que acabábamos de hacer.

La música suave fue lo primero que me recibió al entrar en la carpa.

Casi todas las criadas de la mansión estaban en la pista de baile, riendo y moviendo sus cuerpos.

El tiempo de la comida había terminado, y ahora era el momento de bailar.

Por detrás, alguien me agarró y me empujó hacia la pista de baile.

Me giré y encontré a Storm con una gran sonrisa. —¿Dónde has estado? Vamos, divirtámonos un poco para que no estés tan triste todo el tiempo —dijo.

Me reí.

Aunque no tenía ganas de bailar, ella ya me había llevado hasta allí.

Storm saltaba de una pierna a otra mientras movía las caderas y agitaba las manos. —Baila, Myla, baila.

Poco a poco, me uní, moviendo y agitando mi cuerpo.

Otras criadas nos rodearon a Storm y a mí, incluso criados hombres. Bailaban a nuestro alrededor.

Esto era lo que necesitaba.

Una liberación de mi tristeza, aunque hubiera preferido esa liberación con Alaric.

Las risas llenaron el aire mientras bailábamos, y me dejé llevar hasta que giré a la izquierda y vi a Alaric de vuelta en la carpa.

Estaba sentado junto a Laurel, pero tenía sus ojos intensamente fijos en mí.

Había un ceño fruncido en su rostro.

¿Pero por qué estaba enfadado?

¿Sería por los criados hombres que bailaban a mi alrededor?

No estaban bailando conmigo. Solo bailaba con Storm. Las otras criadas simplemente bailaban a nuestro alrededor.

Laurel puso una mano en la barbilla de Alaric y apartó su mirada de la mía. Luego, me miró y me lanzó una sonrisa burlona.

Me abrí paso entre la multitud de bailarines y salí de la carpa mientras los recuerdos de mi encuentro con Alaric se colaban en mi cabeza.

Lo que necesitaba era dormir.

Esperaba que las cosas mejoraran por la mañana.

—Myla, Myla, espera —gritó Storm mientras corría detrás de mí. Me di la vuelta para mirarla. —¿Por qué te fuiste así sin despedirte? ¿Pasa algo?

Negué con la cabeza. —No, estoy bien. Solo estoy un poco cansada y necesito dormir —respondí.

—No es eso. No me lo ocultes, Myla. Deja de guardarte las cosas y de intentar ser fuerte todo el tiempo.

No respondí.

—Vamos. Vayamos a algún sitio tranquilo para hablar.

Asentí con la cabeza.

Juntas, entramos en mi habitación.

Me dejé caer en la cama y solté un largo suspiro, mientras Storm se sentaba a mi lado.

—Sé que las cosas están locamente difíciles con la señora Ryker —dijo Storm.

—Dijo que deberíamos llamarla señora Xander —corregí, sin querer que Storm se equivocara con su nombre y recibiera alguna reprimenda de Laurel.

—Laurel —respondió, y yo me reí. —Oí lo que dijo sobre echarte a la calle.

Aparté la mirada de ella.

—Myla, los trabajos son difíciles de conseguir, y tuve que rogar durante días antes de que Alfa Ronan me permitiera traerte. No quiero que pierdas este trabajo todavía.

—Yo tampoco quiero perder el trabajo. Sé lo difícil que fue la vida para mí cuando mi abuela murió antes de que me dieras este trabajo —añadí.

—Entonces, creo que deberías hablar con Alaric sobre esto. Para que no permita que te eche —dijo Storm.

La mención del nombre de Alaric me hizo reconsiderar muchas cosas.

Como que tal vez sería lo mejor si Laurel me despedía.

Estaba harta de ser la marioneta de Alaric, de todos modos.

—No hace falta. No quiero contarle nada.

—¿Te da vergüenza hablar con él porque es tu compañero?

Miré fijamente a sus ojos y abrí la boca para hablar, pero no salió ninguna palabra.

—Escucha, sé que incluso si te rechazara, querría tenerte cerca. No querría verte en la calle. Así que habla con él —insistió Storm.

—No puedo —me rendí, casi levantándome de la cama. —Estoy harta de sus juegos mentales.

—¿Juegos mentales?

Arqueó la ceja hacia mí.

—Sí. A veces me hace sentir especial, como si fuera lo más importante para él, y otras veces no me tiene en cuenta.

Los hombros de Storm se relajaron, y sus ojos se entristecieron como si entendiera por lo que estaba pasando y lo reviviera.

Me abrazó, y yo la rodeé con mis brazos con fuerza.

Estaba tan agradecida de tener a Storm conmigo.

Había hecho que la mayoría de mis días en la mansión fueran tolerables.

Mientras Storm me acariciaba el pelo, decidí en mi corazón no permitir que me perdiera en el calor de la pasión entre Alaric y yo, sin importar lo que pasara.

Acepto mi rechazo de todo corazón.

CAPÍTULO 16



Alaric

Me senté al borde de la cama y me quedé mirando al vacío. Hoy era el día; el día en que me uniría en matrimonio con Laurel, y el peso de la manada descansaría sobre mi cabeza como una corona.

Había pasado aproximadamente una semana desde mi segundo encuentro con Myla y mi compromiso con Laurel. Los ancianos de la manada habían acelerado mi boda para hoy, para que mi padre fuera enterrado la semana siguiente.

Sonidos de utensilios chocando, pasos rápidos y diferentes órdenes gritadas de un lado a otro resonaban en el aire. La mansión bullía de actividad por la boda.

Según las tradiciones, no se esperaba que viera a Laurel hasta que pronunciáramos nuestros votos de apareamiento. Un voto que debía hacer con Myla, quien era mi verdadera compañera.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. —Señor Alaric, el Alfa de los Lobos de Flecha Ardiente está aquí para verle. El general Devin también está allí —informó el mensajero de la mansión.

El general Devin era el comandante del ejército de la manada. No era un hombre fácil de ver, ya que siempre estaba con sus hombres en las puertas, protegiendo a la manada de los ataques.

Ni siquiera vino cuando se anunció la noticia de la muerte de mi padre, porque sus deberes eran proteger a la manada asegurando las puertas de la ciudad.

Estaba seguro de que no estaba aquí para asistir a mi boda.

Mis músculos se tensaron.

Si el general Devin había abandonado su puesto de deber y venido a la mansión, entonces presagiaba problemas.

—Dile a mis invitados que estaré con ellos en breve —respondí.

—Sí, señor —dijo, y sus pasos se alejaron.

Me levanté de la cama y me apresuré a darme una ducha rápida. Estaba inquieto. Esto era un asunto serio. Mi lobo lo sentía.

Y ni Martin, el Alfa de la manada Flecha Ardiente, ni el general Devin eran hombres que se hicieran esperar. Debía apresurarme a reunirme con ellos. Cualquier cosa que tuvieran que discutir debía hacerse lo más rápido posible debido a mi agenda del día.

Caminé hacia el salón, pero estaba vacío. No había nadie a la vista, excepto las criadas que corrían de un lado a otro.

Mi corazón se apretó.

Si no estaban en el salón, que era el punto habitual para las discusiones, tenían que estar en la sala de guerra.

Era una habitación grande, iluminada por focos fluorescentes y un candelabro en el centro, sobre una mesa larga. Estaba en el ala oeste de la mansión, donde se hacían o entregaban los planes de guerra del ejército de la manada.

Abrí la puerta. Había silencio. Pero la tensión en la habitación era casi ensordecedora. Martin y Devin estaban sentados uno frente al otro, alrededor de la mesa ovalada.

El tío Félix también estaba allí.

—Bienvenido a la Mansión Luz de Cristal —le dije a Martin.

Él asintió. —Gracias. Lamentablemente, no estoy aquí por buenas razones —respondió con expresión seria. No había ninguna emoción en su rostro.

La curiosidad me envolvió como las frías manos de las sombras oscuras. Quería saber por qué estaba aquí. Me había dicho que no estaría disponible para mi boda y coronación porque su manada estaba bajo el ataque de un rival.

Y yo prometí estar disponible para ayudar a su manada una vez que mi padre fuera enterrado. Así que no me lo esperaba aquí hoy, especialmente en la sala de guerra.

Martin era un aliado de la manada y un amigo. Mi padre siempre los ayudaba cuando tenían problemas con manadas rivales. Habíamos luchado en dos guerras por ellos, y se sentían en deuda con nosotros.

Si Laurel no se hubiera apareado conmigo debido a la relación de su padre con el mío, una de las hermanas de Martin habría sido mi compañera.

—General Devin, ¿cómo le va en las puertas? —le pregunté al comandante del ejército de la manada.

Él permaneció en silencio. Un ceño fruncido se marcó en su rostro, lo que hizo más evidente la cicatriz marrón oscura debajo de su ojo izquierdo.

—Ha habido un ataque —espetó el tío Felix, rompiendo la tensa atmósfera que flotaba en la habitación.

Mi frente se frunció. —Un ataque... a nuestras murallas —confirmé. Ellos asintieron. —Creí que teníamos un tratado de paz con las manadas cercanas.

—Lo tenemos, pero no debemos confiar en nadie. Y la muerte de su padre se ha extendido por la costa sur, donde tenemos más opositores, listos para atacar en cualquier momento —dijo Devin.

—Sin embargo, este ataque no viene del sur. Yo venía a informarle de una emboscada, pero cuando llegué, ya habían atacado —añadió Martin.

—¿Quién? —pregunté.

—Los hombres no revelaron sus nombres.

—¿Qué hombres?

—Unos hombres que atacaron a mi manada hace dos días. Los torturaron hasta que confesaron. Debe estar alerta. Más ataques vendrán. No solo a las murallas —continuó.

Mis ojos se endurecieron. —¿Los pobres aldeanos?

—No. La mansión.

La piel se me erizó como si me hubieran pinchado con espinas del bosque. El vello de mi cuerpo se puso en alerta y mis músculos

se tensaron.

Solo un pensamiento cruzó mi mente: proteger a la manada.

—Ha demostrado su lealtad a Luz de Cristal, y apreciamos su bondad —le dije a Martin, y él asintió una vez. Desvié mi atención hacia Devin. —Duplique a los hombres en las puertas, y nadie debe entrar o salir sin una inspección exhaustiva. Y envíe a algunos hombres a la mansión. Nuestros ojos y oídos deben estar siempre abiertos.

—Sí, señor —respondió Devin.

Le esbozé una débil sonrisa. —Bien. Y caballeros, me gustaría ser excusado. Mi coronación es en unas horas.

—Enhorabuena —dijo el alfa Martin. —Será un gran alfa. Como su padre.

—Gracias —respondí y dejé a los hombres para mis preparativos.

Ni la boda ni la coronación podían posponerse. Ambas debían ocurrir hoy por el bien de la manada, y ningún ataque podría impedirlo.

Después de horas de largos preparativos, el sol se ocultó y la luna tomó el control del cielo.

Toda la mansión se iluminó como la bombilla resplandeciente de una estrella. Luces de vid y candelabros la iluminaban. Incluso fuera del edificio, había luces fluorescentes brillantes.

A diferencia del compromiso, que tuvo lugar dentro del recinto, la boda y la coronación iban a llevarse a cabo en el antiguo templo de la Diosa de la Luna.

Estaba en el extremo opuesto de la finca.

Salí de la mansión y la brisa fresca relajó mis nervios tensos. La tensión de estar atado para siempre a una mujer a la que no amaba.

Incliné el cuello hacia el cielo, y las estrellas me guiñaron como si me desearan suerte para el final de una era y el comienzo de un nuevo amanecer.

Mi reinado como alfa comenzaría esta noche.

Justo frente al porche de la mansión, mi conductor esperaba en el Range Rover Sport blanco real. Respiré hondo para calmar mi respiración agitada.

Puedo hacer esto.

Entré en el coche con aire acondicionado y nos dirigimos al lugar de la ceremonia.

En unos minutos, llegamos.

Aunque el lugar estaba profusamente decorado, la sacralidad del ambiente revelaba que estábamos en un terreno sagrado.

El templo era un gran edificio que se había utilizado para coronaciones y bodas reales durante años. Fuera del edificio había esculturas de dos formas espirituales. Una de ellas debía ser besada antes de entrar en la sala.

Besé la de la derecha antes de entrar en la sala.

La música comenzó de inmediato cuando entré en la sala.

—Demos la bienvenida al señor Alaric Xander. El futuro alfa —gritó una voz desde el frente de la sala, y hubo una ovación de pie para reconocer mi presencia.

El silencio siguió mientras caminaba hacia el frente, donde la sacerdotisa esperaba.

Cada paso que daba hacía crujir el duro hormigón bajo mis zapatos negros.

Llegué al frente del salón.

La sacerdotisa Keisha me recibió con una sonrisa. Su cabello gris brillaba bajo las luces intensas del salón. Ella era la sacerdotisa que ordenó a mi padre, y hoy, colocaría la corona sobre mi cabeza.

Una dulce melodía sonó desde un piano, y todos giraron sus cabezas hacia atrás. Laurel caminaba por el pasillo con el tío Félix a su lado.

Llevaba un vestido blanco de encaje con un velo sobre su cabeza y una flor en las manos.

Y pronto, se colocó a mi lado, y nos miramos el uno al otro.

—Hoy nos reunimos en el templo de la diosa lunar para una maravillosa celebración de la unión matrimonial —dijo la sacerdotisa Keisha—. El matrimonio real siempre ha sido un momento asombroso para reunirnos como manada, unidos hacia un objetivo común. Alaric Xander y Laurel Ryker darán hoy el paso final hacia su unión, y todos seremos testigos.

Volvió su atención hacia mí. —Alaric Xander, ¿aceptas a Laurel Ryker como tu compañera, apoyo y compañía?

—Sí, acepto —respondí.

—¿Tanto por la parte de ti que está dentro como por la parte de ti que está fuera?

Esta era una pregunta más difícil.

Había aceptado a Laurel como mi compañera para cumplir con mis deberes hacia la manada, pero mi lobo sabía que ella no era mi verdadera compañera. La parte de mí que estaba dentro no la había aceptado. Y dudaba que alguna vez lo hiciera.

La sacerdotisa Keisha aclaró su garganta. —Esperamos tu respuesta.

Laurel me miró con los ojos desorbitados, y un destello de miedo osciló en su mirada, como si temiera que la rechazara ante la multitud.

Asentí con la cabeza.

—Sí, acepto —respondí.

Laurel soltó un suspiro de alivio.

Las mismas preguntas se le hicieron a Laurel, y sus respuestas fueron afirmativas.

La sacerdotisa tomó el líquido de consumación del apareamiento para la fertilidad. Estaba destinado a ayudarnos a Laurel y a mí a sentir el ardor de nuestro deseo de apareamiento, ya que nuestro apareamiento no estaba destinado.

El líquido tenía un tono ligeramente morado y sabía a arándanos fermentados.

—El ritual de apareamiento ha concluido. Ahora os declaro marido y mujer —dijo la sacerdotisa Keisha.

Laurel y yo compartimos un breve beso.

Tomamos asiento en los tronos situados en la plataforma elevada.

El anciano Patrick, uno de los ancianos de la manada, encargado de la coronación del lobo, sacó una gorra de corona roja y redonda, colocada sobre una almohada esponjosa y blanca.

Lentamente, se acercó a la sacerdotisa e hizo una reverencia. La sacerdotisa Keisha tomó la corona con las manos extendidas, como si quemaran al tacto.

Se colocó a mi lado y me miró como si estuviera mirando en mi alma. —Ronan Xander ha completado su ciclo, su deber y sus obligaciones. ¿Aceptas tú, Alaric Xander, tomar a los Lobos de la Luz de Cristal como tu nueva vida, el elemento de tu ser? —preguntó.

—Acepto a la manada como mi nueva vida y el elemento de mi ser —respondí con mi voz de barítono para mostrar mi autoridad.

Mi corazón latía con fuerza mientras hacía mis votos ante la manada.

—¿Pondrás a la manada como tu primera y única prioridad antes que tus deseos personales?

—Tomaré a la manada como mi primera y única prioridad antes que mis deseos personales.

Hasta ahora, mi padre me había enseñado todas las preguntas y respuestas del ritual de coronación. Había dedicado tiempo a estudiarlas cuidadosamente para responder con seguridad cuando me las hicieran.

Después de hacer algunas preguntas adicionales, dijo: —Bajo la luna, llena y brillante, dentro del templo, la Diosa observa. Ante la manada, te damos testimonio. Te nombro, Alaric Xander, como el nuevo Alfa y gobernante de los Lobos de la Luz de Cristal.

La sacerdotisa Keisha colocó la corona sobre mi cabeza, y encajó como una pieza de un rompecabezas.

Se escuchó un sonido de aplausos cuando me coronaron.

—¡Larga vida al Alpha Alaric, larga vida! —anunció el mayor de los Ancianos de la manada, y la gente respondió.

—¡Larga vida al Alpha Alaric, larga vida! —respondieron.

Una vez que me coronaron, se hicieron las mismas preguntas a Laurel, aunque ligeramente ajustadas para adaptarse a su papel.

—Bajo la luna, llena y brillante, dentro del templo, la Diosa observa. Ante la manada, somos testigos. Te nombro a ti, Laurel Xander, como la nueva Luna y soporte de los Lobos de la Luz de Cristal.

De nuevo, la gente aplaudió.

La sacerdotisa Keisha dio más discursos, y el evento pasó a la sección de entretenimiento y refrigerios.

Las sirvientas salieron en gran número para atender a la gente.

Por el rabillo del ojo, distinguí una figura familiar avanzando entre la multitud, ocupada en sus tareas.

Era Myla.

Volvió la cabeza hacia mí y nuestras miradas se encontraron.

Mi corazón palpita.

Ella era a quien quería a mi lado como mi Luna, no Laurel.

—Myla —susurré en voz baja, mientras el calor de nuestra conexión alcanzaba su punto máximo.

CAPÍTULO 17



Myla

La mansión estaba más tranquila que con las actividades de la semana pasada.

Alaric era oficialmente el Alfa de la manada, con Laurel a su lado y su padre enterrado.

Poco a poco me estaba acostumbrando a cómo eran las cosas, aunque solo había pasado una semana. Al menos Laurel estaba fuera de mi camino, y eso me daba algo de alivio.

Me aseguré de concentrarme en mi trabajo y evitar a Alaric a toda costa. Mi mente estaba decidida, y nunca volvería a ser su marioneta.

Ahora era un hombre casado. Tenía que centrarme en recomponer los pedazos de mi vida y, tal vez, encontrar el amor de alguna manera.

Mientras quitaba el polvo de la estantería superior donde se guardaban los libros de desarrollo personal en el salón, mi estómago comenzó a revolverse.

—Dios mío, ¿por qué estos pancakes no me están sentando bien? —me pregunté, sujetándome el vientre.

Un pequeño rugido surgió de nuevo, y el dolor aumentó.

La saliva llenó mi boca, y casi podía saborear la bilis que subía por mi garganta.

Me tapé la boca con una mano y me esforcé por vomitar, pero no salió nada.

Mi cabeza se sentía ligera, y mis párpados pesados.

Pero me sacudí esa sensación y volví a limpiar. Tal vez vería a la enfermera de la mansión más tarde, antes de que me diese fiebre o gripe.

Mientras limpiaba la parte superior de la estantería, mi estómago se revolvió con más fuerza, y apreté el estante hasta que mis nudillos se pusieron blancos. Solo para aliviar la inquietud que recorría mi cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó una voz desde atrás, y me giré para ver a Eden.

—Sí, estoy bien. Es solo un poco de estrés —respondí, aún luchando contra la necesidad de vomitar el desayuno.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado para mirarme mejor. —Deberías visitar a la enfermera de la mansión.

—Lo haré. Solo tengo-—

Antes de que pudiera terminar la frase, un escalofrío me envolvió, el vello de mi piel se erizó, y el vómito de mi estómago subió hasta mi boca.

Con la mano en la boca, corrí al baño de visitas que estaba al lado del salón, me arrodillé frente al inodoro y vomité una masa húmeda de pancakes hasta que me dolió el estómago y todo mi cuerpo se sintió débil.

Eden se acercó detrás de mí y me ayudó a recoger el pelo para que no tocara el vómito. Me acarició la espalda y me tranquilizó.

—Está bien. Respira hondo —dijo, mientras cogía un poco de agua del lavabo y me la echaba en la cara.

Jadeé, intentando tomar todo el aire que podía.

—Tienes que ver a la enfermera de la mansión. Así al menos sabremos qué te pasa. Por si es contagioso. Pero si no lo es, te pondrán medicación y te pedirán que descanses. No deberías esforzarte tanto cuando estás enferma.

Asentí, usando el inodoro como apoyo, y con Eden a mi lado, me levanté y tiré de la cadena.

Me limpié la boca y escupí. Mi boca tenía un sabor amargo. Me incliné sobre el lavabo, cogí un poco de agua con las manos y la metí en la boca.

Mientras hacía gárgaras, Eden me frotó la espalda. —Te pondrás bien.

Después de enjuagarme la boca y lavarme la cara, me miré en el espejo. Tenía ojeras oscuras como si fuera sombra de ojos, y mi piel estaba pálida.

Necesitaba dormir. Eso ayudaría.

—Gracias, señora. Unas horas de descanso estarán bien —dije.

—Claro. Primero te llevaré a ver a la enfermera —respondió, abriendo la puerta y sujetándola hasta que pasé.

No me había dado cuenta de que mi enfermedad era tan grave. Durante dos días me había sentido mal, pero no pensé que me haría vomitar y me dejaría sin energía.

Eden me llevó a la enfermera de la mansión, en la pequeña enfermería al final del pasillo, justo antes del ala del personal.

Era una habitación pequeña con dos camas rectangulares. Una estantería grande llena de medicamentos y materiales de primeros auxilios. Una mesa y tres sillas donde la enfermera de la mansión atendía casos menores.

—Buenas tardes, enfermera —saludó Eden.

La enfermera nos recibió con una amplia sonrisa. —Bienvenidas. Por favor, siéntense —insistió.

Era una mujer delgada con un uniforme blanco. Su pelo rubio estaba recogido en un moño apretado, y llevaba un lápiz labial de un rojo intenso en los labios.

Nos sentamos, y ella me miró fijamente, consciente de que yo era la criada enferma.

—Buenas tardes, enfermera —saludé.

La enfermera sacó un archivo y escribió un número en él. —¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Myla Rhett —respondí, y ella lo anotó.

—¿Qué te pasa?

Eden apartó su silla, y yo levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. —Puedes quedarte con la enfermera. Cuando termine

contigo, puedes ir a tu habitación. Más tarde pasaré a verte —dijo, mientras me acariciaba la espalda.

—Muchas gracias, señora —respondí.

Ella me hizo un rápido gesto de asentimiento.

—De acuerdo, enfermera. Cuida de mi criada. Es una de mis favoritas por lo trabajadora que es. Si es algo serio, avísame para que pueda ser llevada al hospital lo antes posible.

—Claro que lo haré —respondió la enfermera.

Eden me miró de nuevo, y luego abrió la puerta y salió de la enfermería. Me quedé sola con la enfermera, y no podía esperar a saber qué enfermedad había afectado a mi sistema inmunológico debilitándome de repente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la enfermera.

—Me siento débil por todas partes y mareada —respondí.

Se inclinó sobre su mesa y me bajó los párpados para mirarme los ojos. —¿Estás salivando mucho?

—Sí, mucho. Especialmente esta mañana cuando vomité.

Ella asintió y escribió en el archivo. —¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla?

Mi corazón se hundió en el estómago. No esperaba tal pregunta. Una pregunta así solía insinuar un embarazo, y mi cerebro no podía asimilar la posibilidad de llevar un niño en esta etapa de mi vida, cuando no tenía nada.

—Mi última regla —balbuceé, pensando en la pregunta.

—Sí, solo quiero confirmar mis suposiciones antes de hacer una prueba.

—Mi última regla fue el mes pasado.

—¿Y este mes? ¿No te ha llegado todavía? —insistió.

—Se suponía que me tendría que haber venido este mes, hace dos semanas, pero pensé que era un retraso y que debía esperar más.

La enfermera dejó el bolígrafo y entrelazó sus manos extendidas frente a mí.

—Si te estoy entendiendo bien, ¿quieres decir que has retrasado la fecha de tu regla dos semanas y todavía estás esperando? —confirmó.

Asentí afirmativamente. —Sí, enfermera.

—¿Sueles tener retrasos así de largos?

—No. Es la primera vez que tengo un retraso tan largo. Mis reglas son siempre regulares. A veces cambian de fecha, pero nunca se retrasan tanto.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eso es porque puede que no tengas un retraso, Myla. Creo que estás embarazada —anunció.

Mis ojos se iluminaron, y se me cortó la respiración.

No podía ser. No estaba preparada para estar embarazada aún.

Para empezar, no tenía a ningún hombre que me ayudara a criar al niño. No era lo suficientemente rica para ser madre soltera, y sabía que Laurel no me permitiría quedarme una vez que supiera de mi embarazo.

El padre era Alaric. No había otro hombre con el que hubiera dormido, y él me había rechazado. Estaba casado. Básicamente, estaba sola en esto.

Mi corazón latía rápido, y me sentía mareada.

—¿El padre está en esta mansión? —insistió la enfermera, pero yo permanecí en silencio.

No podía decirle que el padre de mi hijo por nacer era Alaric, el Alfa de los Lobos de Luz Cristalina.

—No tienes que tener miedo. El Alfa Alaric es un buen hombre. No te perseguirá a ti ni a tu amante. Un caso similar ocurrió durante la época del Alfa Ronan. Sin embargo, la pareja no quiso quedarse en la mansión. Él les ayudó a establecerse y formar su familia en uno de los pueblos pequeños —me animó.

—¿Podemos confirmarlo primero? —pregunté.

—Por supuesto.

La enfermera me sacó sangre y esperé. Los resultados dieron positivo.

Salí de la enfermería con los hombros caídos, arrastrando los pies por el suelo de baldosas.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a sobrellevar mi embarazo? Dios mío. ¿Qué le diría a la jefa de las criadas, Eden?

Estaba a punto de girar hacia el ala del personal y dirigirme a mi habitación, al menos durante unas horas, para estar sola con mis pensamientos, cuando vi la silueta de Alaric subiendo las escaleras.

Quizás debería decírselo. Él necesita saberlo.

Me giré y caminé hacia él a paso rápido. Pero antes de llegar a la escalera, ya no estaba a la vista, y supe que había entrado en su habitación. Lo seguí.

Aunque estaba casado con Laurel, no compartían la misma habitación. Ella se había mudado a la habitación de la Luna, mientras que Alaric se había mudado a la habitación del Alfa.

Así que golpeé la puerta con los nudillos y esperé una respuesta. —¿Quién es? —Su voz grave retumbó, y me estremecí mientras mi voz se ahogaba.

No me había encontrado con Alaric desde nuestro encuentro sexual en el bosque. Ocasionalmente, nuestras miradas se cruzaban, pero solo brevemente.

—Myla, señor —respondí.

Se escucharon pasos al otro lado de la puerta. Luego, chirrió y la puerta se abrió de golpe.

Una ráfaga del perfume de Alaric me golpeó en la cara cuando me encontré con él. Sus ojos estaban fijos en mí. Llevaba una camisa negra metida en unos pantalones marrones. Su pelo castaño ondulado estaba engominado hacia atrás.

Tragué saliva.

—¿Qué necesitas? —preguntó. Su voz era tranquila y relajante, pero su rostro no mostraba expresión alguna que me permitiera leerlo.

—Por favor, ¿podemos hablar?

—¿Sobre qué?

—¿Puedo entrar? No es algo para discutir fuera.

Gruñó y se hizo a un lado para que yo entrara mientras cerraba la puerta. Su mirada estaba fija en mí, pero no dijo nada.

Inspiré hondo y reuní el valor para informarle sobre nuestro hijo.

—Yo... usted sabe...

Las palabras pesaban en mi boca. Ni siquiera estaba segura de por dónde empezar.

—Myla. ¿Qué pasa? Tengo una reunión dentro de una hora —presionó.

Mi corazón latía rápido por la conversación que estábamos a punto de tener, y aún más por su reacción. —Yo... no sé cómo decirlo. Es solo que...

—Entonces vete. Cuando estés lista para hablar, puedes volver a mí. No tengo tiempo para esto. ¿No ves que estoy casado? Tengo las responsabilidades de la manada que atender. Lo que pasó entre nosotros ha terminado. Ya te lo dije antes, no podemos estar juntos.

Un dolor agudo me atravesó el pecho al escuchar sus palabras. Perdí todo el valor para decírselo. Como él dijo, no podíamos estar juntos, así que no había necesidad. Un hijo no cambiaría su opinión. Además, ahora estaba casado.

—Lo entiendo. Gracias, señor —respondí, tratando de evitar que mis emociones heridas se filtraran en mi voz.

Sin mirarlo de nuevo, me giré y salí de la habitación. Solo quedaba una cosa por hacer, y era irme de la mansión.

No había razón para quedarme. En unos meses, mi embarazo sería evidente, y no quería estar aquí cuando eso sucediera.

Volvería a la casa de mi abuela y criaría a mi hijo. Entré en mi habitación para preparar mis cosas. Cuanto antes me fuera, mejor. No quería responder a las numerosas preguntas de Eden sobre mi estado de salud.

Si se lo decía, tarde o temprano, la noticia de mi embarazo se extendería como la pólvora, y no estaba preparada para enfrentarme a eso.

Era mejor irme por mi cuenta que ser expulsada por Laurel.

Dejé mi maleta sobre la cama mientras cogía mi ropa del armario y la colocaba cuidadosamente en la maleta.

Mi puerta se abrió de golpe, y mi corazón dio un vuelco. Giré la cabeza para ver quién había entrado en mi habitación, esperando que no fuera Eden para controlarme.

Un suspiro de alivio escapó de mis labios al ver a Storm.

Ella se rió. —¿Por qué pareces tan asustada? ¿También es un síntoma de la enfermedad? —preguntó.

Probablemente Eden se lo había contado. La noticia ya se estaba extendiendo. Pero la enfermera me había dado su palabra de mantener mi condición en secreto.

—Estaba preguntando por ti, y Eden me dijo que estabas enferma. Vine a comprobar cómo estabas —dijo, acercándose a mí —. Deberías estar descansando, no ordenando tus cosas. —Storm cogió el camisón de seda negra que estaba doblando.

Mis hombros cayeron mientras me dejaba caer en la cama junto a la maleta.

—¿Qué pasa? No tienes muy buena cara —continuó Storm mientras me miraba fijamente y se sentaba a mi lado en la cama.

Suspiré. —Estoy embarazada —solté de golpe. Se sintió bien decírselo a alguien por fin, ya que esas palabras habían estado deseando salir de mi boca.

Sus ojos se abrieron como platos, pero no dijo nada.

—Me voy. No puedo quedarme. No hay ninguna razón para hacerlo.

—¿Es por Alaric? —preguntó.

Asentí. —Ahora está casado. Me ha rechazado como su compañera. No hay necesidad de quedarme aquí.

—¿No crees que debería saberlo?

—No. Necesita centrarse en su nueva familia y en sus numerosas responsabilidades como Alfa. No quiero complicar las cosas.

Storm se quedó en silencio, y yo también.

Cogí el camisón que ella había agarrado al entrar, lo doblé y lo coloqué en mi maleta.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó, con preocupación reflejada en su rostro.

—A casa. A la casa de mi abuela —respondí, aunque mi voz sonó incierta mientras mi pulso se aceleraba.

—Myla.

—No me lo impidas, Storm. Por favor. Sabes que no hay nada aquí para mí.

Ella no respondió.

—Y prométeme una cosa.

Storm me miró boquiabierta sin decir una palabra.

—Nunca le digas a nadie dónde estoy...especialmente a Alaric.
—Te lo prometo —dijo.

CAPÍTULO 18



Alaric

La tensión en la habitación era tan densa que podría haber causado una niebla cegadora.

El comandante del ejército de la manada, el Alfa de la Flecha Ardiente y algunos hombres seleccionados que habían sido asignados para vigilar cualquier ataque planeado en la mansión estaban sentados alrededor de la mesa de guerra, discutiendo la protección de la manada contra los rivales.

La única persona que faltaba en la reunión era el tío Felix. Había salido en una misión asignada por los Ancianos de la manada para el desarrollo de la misma.

Y una parte de mí lo necesitaba aquí porque sus consejos y sugerencias siempre eran cruciales cuando tomaba decisiones.

—Sabía que atacarían aquí. Los hombres bajo mi custodia habían filtrado eso —dijo Martins.

Dirigí mi mirada hacia uno de los hombres que vigilaba la mansión. —¿Qué encontraron? —pregunté.

—Espías. Les oímos hablar de la muerte de su padre —respondió sin rodeos.

Mi corazón se hundió ante sus palabras. Esto significaba que no estábamos solos. Si alguien tuvo el valor de matar a mi padre, entonces la mansión no era segura.

—¿Está diciendo que hay espías entre nosotros?

—Sí, señor. Aún no sabemos cuántos.

—Esa información no es suficiente, sargento —añadió Devin.

—Por ahora tenemos dos sospechosos, y han sido interrogados, pero ninguno ha soltado información valiosa —dijo el sargento.

—Tráiganlos —ordené.

¿Quién podría ser?

¿Quién podría vivir entre nosotros y aún así ser tan despiadado como para traicionarnos? Tenía curiosidad por saberlo.

Mis músculos se tensaron. Necesitaba saber quién había tenido algo que ver con la muerte de mi padre.

Uno de los vigilantes salió, y unos minutos después regresó con dos personas. Tenían los ojos vendados y las manos esposadas.

Los empujaron hacia una silla mientras todos los ojos se posaban sobre ellos.

—Quítenles las vendas —dije, y obedecieron.

Mi respiración se cortó. No podía creerlo. Chef Luke. De todo el personal de la mansión, jamás se me habría ocurrido que él haría algo así.

Su rostro estaba cubierto de heridas, con sangre goteando de sus labios rotos e hinchazones en sus mejillas y ojos.

La persona a su lado era una mujer, aunque no la conocía personalmente, pero era un rostro familiar en la mansión. También estaba cubierta de moratones.

—¿Luke? De todas las personas —dije, con rabia goteando en mi voz.

Permaneció en silencio.

—¿Qué sabes sobre la muerte de mi padre?

Mis dedos se crisparon. Quería golpear una y otra vez su nariz ya sangrante. Se había llevado al único padre que había conocido.

Lo sabía. Mi padre estaba fuerte y saludable la noche antes de su muerte. Aunque su salud no mejoraba, sentí que le quedaban un par de años más antes de que las frías manos de la muerte se lo arrebataran de mí.

—¿Mataste a mi padre?

Pero ahí estaba yo, frente al hombre que tuvo el valor de poner sus sucios dedos sobre mi padre. El Alfa y su gobernante.

—Contéstame —rugí, mirándolo con furia.

Pero él seguía sin responder.

—Es un tipo testarudo —señaló el sargento.

Me levanté de mi silla y me di la vuelta para mirar la pared, con las manos metidas en los bolsillos. Cuanto más los miraba, más crecía mi ira y más quería destrozarlos con mis propias manos.

Inhalé profundamente y exhalé con fuerza. —¿Quién los envió? —pregunté de nuevo. Mi pregunta iba dirigida a los sospechosos.

Luke permaneció en silencio.

—Mátenlo —gruñí—. No nos sirve de nada.

—Pero señor —comenzó Devin.

—Sacad la información de la chica. Que él se lleve su secreto a la tumba —concluí.

De todas formas, no me caía bien Luke. Mi lobo nunca lo aceptó desde el primer momento en que la señora Ryker nos lo recomendó como un gran chef, y mi padre lo contrató al instante. Y no me gustaba cómo revoloteaba alrededor de Myla como una mosca persistente.

—Por favor, señor. Por favor, no me mate —suplicó Luke, con la voz temblorosa por la emoción. Podía soportar una paliza, pero tenía miedo de morir.

Giré la cabeza hacia un lado, por encima de mi hombro, pero sin cruzar miradas con ellos. —¿Estás dispuesto a hablar?

No respondió.

—No tengo tiempo que perder. Acabad con él. Mejor aún, matad a los dos.

—Oh, no, por favor. Por favor —suplicaron los sospechosos.

—Señor —dijo el sargento.

Pero yo sabía lo que hacía. Esta era una técnica que aprendí de mi padre. Amenazaba a la gente con la muerte en lugar de torturarlos porque sabía que la mayoría tenía un umbral de dolor alto, pero nadie quería morir.

—Sí. Sí, yo estaba entre ellos. Sabía de los planes —confesó la mujer.

—Janetta, te matarán —reprendió Luke. También temía lo que harían sus jefes. En ese momento, estaba entre la espada y la pared

porque yo lo mataría sin pestañear, y sus superiores harían lo mismo.

—Te mataré antes de que ellos lleguen a ti —amenacé, girándome para enfrentarlos. Avancé hasta plantarme frente a él, con la mesa separándonos.

—Sí, señor. Yo maté a Alpha Ronan —dijo Luke, con la cabeza gacha como si evitara mi mirada.

—¿Por qué? —repliqué, su confesión avivando mi furia. —¿Te retrasaron el salario? ¿En los tres años que llevas aquí, te hemos tratado mal?

Negó con la cabeza y suspiró. —No, señor.

—En cambio, mi padre te ascendió rápidamente a chef, ¿verdad?

—Sí. Alpha Ronan no fue más que bueno conmigo —dijo Luke.

—Entonces, ¿por qué lo mataste? —grité mientras mi pulso se aceleraba y mi respiración se convertía en jadeos forzados.

Volvieron a callarse. Cerré los párpados y respiré hondo. Mis nervios se calmaron un poco. —Lleváoslos —ordené.

—Por favor, no deje que nos maten, por favor —lloraron mientras los sacaban de la sala de guerra.

Gruñí.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ordenar que les cortaran la cabeza. Tenía conciencia. Y los necesitaba. Su valiosa información nos ayudaría a proteger a la manada.

Una vez que me calmé un poco, dirigí mi atención al sargento. —Manténgame informado de los últimos acontecimientos —dije.

—Sí, señor. Continuaremos con las investigaciones y vigilaremos.

—¿Y usted? ¿Cómo están las puertas?

—No ha habido ataques desde hace un tiempo —respondió Devin.

Asentí.

Mi mirada se cruzó con la de Martins.

—Flaming Arrow ha estado tranquila durante una semana. Nuestras puertas están fuertemente custodiadas, y esperamos mantener la estabilidad —dijo Martins.

—Si nos necesitan, estamos aquí para ayudar.

—Lo agradezco, y siempre seré leal a Crystal Light. Por eso vine cuando Devin me informó de los espías.

Mis labios esbozaron una sonrisa. —Gracias.

Martins se excusó y dejé a Devin y a sus hombres para que discutieran.

Mi estómago gruñó al salir de la sala de guerra. Tenía hambre, y en ese momento, no confiaba en nadie para que me sirviera la comida.

Myla.

Ella era la única en quien confiaba, aunque nunca nos llevamos bien porque la rechacé.

Incluso ayer, cuando vino a hablar conmigo, no quería que se fuera, pero tampoco podía dejarla quedarse.

Cada segundo que pasaba con ella, quería hacer más que hablar. Pero en ese momento, tenía prisa por una reunión con los ancianos de la manada.

Hoy simplemente escucharé lo que tiene que decir.

Una doncella hizo una reverencia y pasó junto a mí. —Vuelve —dije.

La doncella regresó e hizo una reverencia. —Buenas tardes, señor —saludó.

—Informa a Myla que lleve mi almuerzo a mi habitación —pedí y di un paso para irme, pero ella me detuvo.

—Lo siento, señor, pero no se ha visto a Myla desde ayer. Oímos que estaba enferma.

Arqueé una ceja. —¿Enferma?

—Sí, señor.

—¿No está en su habitación?

—Nadie la ha visto, señor —dijo.

Su respuesta me dejó perplejo. La gente no desaparecía por enfermarse. ¿O la habían llevado al hospital sin que yo lo supiera?

—Tráeme a Storm —ordené.

—De acuerdo, señor —respondió, y salió corriendo a llamarla. Sabía que eran amigas, y que Storm fue quien recomendó a Myla a mi padre.

En lugar de mi habitación, decidí hablar con ella en el salón. Me recliné en la silla principal y esperé.

Al cabo de unos minutos, entró. —Buenas tardes, señor, me ha llamado —dijo Storm.

—¿Dónde está tu amiga Myla? —pregunté.

Su boca se abrió y su expresión se endureció. Apartó la mirada de la mía y fijó los ojos en el suelo.

—No la he visto, señor —respondió.

—¿Y adónde se fue?

—No lo dijo.

—Storm —gruñí, y ella se estremeció. Nuestras miradas se cruzaron, y pude notar que ocultaba algo.

—No sé adónde ha ido Myla, señor. No está en su habitación ni en ningún otro lugar de la mansión.

No.

No podía ser.

A pesar del rechazo, no soportaba pasar un día sin ella, sin vislumbrar su hermoso cabello rizado mientras se movía ágilmente cumpliendo con sus tareas.

¿Adónde había ido? ¿Qué quería decirme ayer?

CAPÍTULO 19



Myla

El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de naranja. Observé a través de la ventanilla del taxi mientras nos alejábamos de la mansión Xander.

La enorme mansión se iba haciendo más pequeña cuanto más nos alejábamos, y los recuerdos de todo lo que había pasado en tan poco tiempo pasaron por mi mente.

Esperaba irme cuando hubiera ahorrado algo de dinero para recomponer mi vida. Desafortunadamente, tuve que marcharme abruptamente con más responsabilidades sobre mis hombros.

El bebé en mi vientre.

Miré mi vientre plano mientras lo acariciaba en círculos. —Te cuidaré bien. Lo prometo —murmuré para mi bebé.

El conductor no era muy hablador. Llevábamos conduciendo alrededor de una hora, y no había intentado iniciar ninguna conversación. Agradecí el silencio, ya que tenía suficiente tiempo para reflexionar.

Pero una parte de mí necesitaba hablar con alguien. No importaba lo casual o aleatoria que fuera la conversación. Necesitaba distraerme de la creciente ansiedad que me invadía.

Estaba a punto de empezar una nueva vida con nada más que doscientos dólares en mi bolso.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a sobrevivir sola con este niño? El miedo a lo desconocido se cernía sobre mí como una sombra oscura, y no podía librarme de la sensación de pavor.

Justo en medio de la nada, en una zona donde los matones y ladrones atacaban a los viajeros, el taxi se averió.

—¿Qué pasa? —pregunté al conductor. Mi voz temblaba de miedo mientras miraba a derecha e izquierda, escaneando los alrededores para asegurarme de que estábamos solos.

Él guardó silencio.

En ese momento, no podía saber si era capaz de hablar o si era mudo. Pero su silencio aumentó mi inquietud.

Bajó del coche y abrió el capó. Se oyeron chasquidos de metal y el sonido del hierro. Probablemente estaba arreglando el problema. No veía el momento de salir de allí, mientras mi corazón latía con fuerza.

El aire se volvió más fresco, y no era por el aire acondicionado del coche, que se había apagado cuando el vehículo se detuvo. El silencio a nuestro alrededor era ensordecedor; solo se oían los metales que manipulaba y el lejano canto de los pájaros en el bosque que nos rodeaba.

Ningún otro coche pasó por allí. Era un camino solitario.

—Tal vez deberías llamar a un mecánico o algo así. Podría llamar a otro vehículo. Esta zona no es segura, y se está haciendo tarde —dije de nuevo, revisando mi teléfono, pero apenas tenía cobertura. Solo una barra intermitente que no era estable.

—Sal para que pueda intentar empujar el coche y arrancar —respondió el conductor.

Solté un suspiro de alivio cuando habló. Rápidamente, abrí la puerta y salté fuera, lista para ayudar en lo que fuera necesario para no retrasarnos más.

—Claro, empujaré desde atrás —ofrecí, colgando mi bolso al hombro.

—Necesitarás toda tu fuerza. Deja tu bolso dentro del coche —dijo él.

Asentí y tiré mi bolso al asiento trasero a través de la ventanilla abierta.

El conductor se subió al asiento del conductor e intentó arrancar el coche. Emitió un ruido espantoso, como el de un pato herido, y se apagó. Una y otra vez lo intentó, mientras yo hacía todo lo posible por ayudar empujando.

Esperaba que pasara otro coche para que pudiera echarnos una mano. Al menos, un par de manos más para empujar el vehículo.

—Empuja, empuja —ordenó el conductor, y yo gruñí, afirmando los pies en el suelo para empujar el coche.

El coche rugió al arrancar, y salió una humareda negra por el tubo de escape. Tosí con fuerza, golpeándome el pecho con el puño, y antes de que pudiera dar un paso para entrar en el coche, él salió disparado.

—¡No, espera! ¡Espera! ¡Aún no he entrado —grité, corriendo tras el taxi mientras se alejaba hasta que no pude seguir el ritmo.

Mi móvil, mi dinero, mi ropa, todo estaba dentro del coche.

Me quedé allí en mitad de la carretera, mirando al vacío, confusa y desesperada. Mi cerebro giraba como un CD rayado, intentando procesar lo que acababa de suceder.

¿Lo había hecho a propósito? ¿Había fingido el conductor que el coche se había averiado, me había sacado del vehículo y se había escapado con mis cosas?

Mis ojos ardían con lágrimas que amenazaban con caer, y mis labios temblaban. Justo cuando pensaba que las cosas no podían ir peor, ocurrió esto.

Muchas cosas habían ocurrido en esta carretera. No me sorprendería si todo esto había sido una trampa para robarme.

Ahora, ¿qué iba a hacer? No se veían coches por ninguna parte, y no podía quedarme más tiempo en la carretera principal. Sería un blanco fácil para secuestradores y ladrones armados. Lo mejor era alejarme de la carretera y caminar hacia casa.

Todavía me quedaba un largo camino, unas dos horas más en taxi, y no sabía cuánto tardaría andando. Desgraciadamente, no tenía muchas opciones.

Mis hombros cayeron, y bajé la cabeza, mirando a ambos lados antes de adentrarme en el bosque, que ya estaba oscuro.

Las ramas frías y húmedas me rozaban la piel mientras me adentraba en el bosque. Las ranas croaban y los grillos chirriaban. Un búho, posado en un árbol alto, ululó. Y el lugar olía a hierba húmeda.

Con cada paso que daba, mis pies se hundían en una alfombra de hierba mojada y hojas secas. Si seguía adelante, estaba segura de que llegaría a mi pueblo en poco tiempo. Al menos antes de medianoche, porque la idea de pasar una noche bajo estos árboles silenciosos me helaba la sangre.

Cualquier cosa podría esconderse en este bosque, y no quería descubrir qué era.

Recogí mi pelo en un moño desordenado, sujetándolo enroscándolo sobre sí mismo. Enrollé mis brazos como si me abrazara a mí misma, frotándome las manos para mantenerme caliente.

No me había adentrado mucho en el bosque, y ya sentía las piernas pesadas. Quizás era un efecto del embarazo, pero necesitaba descansar. Solo un momento para tomar aire.

Mis ojos escanearon la zona, y encontré un tronco robusto a mi izquierda. Me acerqué y apoyé la espalda un rato, respirando hondo para calmar mis nervios tensos.

—Dios mío, ¿cómo he terminado aquí? —me pregunté, a punto de romper a llorar, pero me mantuve fuerte.

Lo último que quería ahora era compadecerme de mí misma. La idea era seguir avanzando, y estaba segura de que llegaría a salvo a la casa de mi abuela.

Detrás de mí, un gruñido bajo retumbó. Me sobresalté, girando la cabeza tan rápido que me crujió el cuello.

Hubo silencio. Miré intensamente la maleza de donde había salido el sonido, pero no había nada. Sin embargo, no podía quitarme la sensación de que me observaban.

Una ramita se rompió, y me tragué la saliva, dando un paso atrás. El pequeño arbusto se agitó y tembló. Algo se movía. Se estaba acercando a mí.

Pensé intensamente en qué hacer. En una forma de escapar o en algo con lo que defenderme, pero mi mente se quedó en blanco.

De nuevo, el silencio se hizo presente. Lo que fuera que se movía se detuvo. Mi corazón latía con fuerza, y podía sentir el golpeteo en mi pecho.

Yo también me quedé en silencio. No quería llamar la atención. Y estaba demasiado asustada para moverme.

En ese momento, saltó. Un enorme Rogue, de unos quince pies de altura. Di un paso atrás y tropecé con una rama rota.

La bestia salvaje y despiadada se inclinó hacia mí. El aliento caliente de sus fosas nasales tenía un olor fétido y me provocó instantáneamente piel de gallina. Me olfateó, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

No fue exactamente un aullido, como el de un hombre lobo común. Era más bien un gruñido agudo.

Mi boca se abrió de golpe, y grité de miedo hasta que me dolió la garganta. El Rogue levantó su garra para atacarme, pero yo me rodé hacia el otro lado mientras su pesada pata impactaba contra el árbol detrás de mí, partiéndolo por la mitad.

Volvió a atacar, y sus garras aterrizaron en mi muslo, dejándome una profunda herida. Grité de dolor. Mi cabeza palpitaba, y sentí que me iba a desmayar.

Por miedo, me transformé en lobo para protegerme, ya que la forma de lobo es diez veces más fuerte que la humana.

Mi mandíbula se alargó, y crecí un par de pulgadas más mientras un pelaje marrón crecía desde la parte posterior de mi cuello y cubría todo mi cuerpo.

Yo también aullé, pero sonaba como un perro angustiado lloriqueando por ayuda.

Cuando el Rogue estaba a punto de lanzar otro ataque hacia mí, un lobo blanco salió de la nada y saltó sobre los hombros del Rogue. Ambos lucharon, sin importar la diferencia de tamaño.

El lobo mordió profundamente el cuello del Rogue, y este lo agarró como si fuera un trapo y lo lanzó contra un árbol, luego, el Rogue se alejó gimiendo en la oscuridad, aullando histéricamente.

Volví a mi forma humana y me desplomé en el suelo húmedo. Unas pisadas fuertes se acercaron corriendo y me sostuvieron en sus brazos. —¿Estás bien? —preguntó el hombre que me había salvado.

Gemí. —Me duele la pierna —respondí.

Giró mi pierna herida hacia sí y examinó la lesión. —No es muy profunda.

Gruñí, —Gracias por salvarme.

—No hay problema. Escuché tu aullido. Deberíamos irnos. Podría regresar.

Asentí.

Su mano se deslizó hacia la parte baja de mi espalda mientras yo envolvía mi brazo alrededor de su cuello para apoyarme. Me ayudó a levantarme, y me puse de pie.

El dolor se extendió por todo mi cuerpo, especialmente en mi pierna izquierda, donde estaba gravemente herida. —¿Qué haces en el bosque a estas horas de la noche? —preguntó, guiándome fuera del bosque.

Allí encontré su coche negro, con la puerta del conductor abierta. Mi corazón se llenó de calidez al ver su amabilidad de dejar su coche abierto en un área tan insegura y correr a mi rescate sin considerar si él podría salir herido.

Mis pantalones estaban empapados de sangre cuando subimos a su coche. Se quitó la camisa y la rasgó en dos. La ató firmemente sobre la herida para reducir el sangrado. Luego, arrancó el coche.

—¿Dónde vives? —preguntó de nuevo.

—En Fronthill Avenue, en el pueblo de Grenford —respondí, y él asintió.

—No te preocupes, llegaremos pronto. Estoy seguro de que tu familia estará preocupada por ti.

No respondí. Pero me preocupaba llegar a casa y encontrar un hogar vacío, sin nadie que me cuidara. Consideré pedirle que me llevara al hospital, ya que no tenía a nadie en casa para atenderme con los primeros auxilios básicos.

Pero decidí no hacerlo. No tenía dinero para pagar ninguna factura médica, y el hombre ya había hecho suficiente al enfrentarse a un Rogue, el doble de su tamaño, solo para salvarme. No quería molestarlo más.

—Soy Scott, por cierto —dijo él.

—Myla —respondí, y me giré para mirar por la ventana y dar gracias a las estrellas de que Scott había llegado justo a tiempo para salvarme. A estas alturas, ya estaría muerta.

Después de aproximadamente una hora de silencio, con Scott preguntando de vez en cómo me sentía, llegamos a la avenida, y señalé hacia la casa de mi abuela.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios. Estaba exactamente como la había dejado. Entonces, recordé por qué la había abandonado en primer lugar.

Aquella noche de tormenta. Llovió sin parar. Un silencio inquietante envolvía la casa, y aunque estaba sola, sentí una fuerte presencia observándome.

Mi abuela acababa de ser enterrada, pero a veces, sentía que estaba conmigo en la casa. Ya no podía quedarme aquí sola. Storm había hablado por mí en la mansión Xander, y aún estaba dudando si irme porque toda mi vida había girado en torno a la casa. No quería marcharme, pero lo hice.

La casa ya no me acogía. Era como si me estuviera empujando hacia algo, hacia otra vida.

Aunque este no era mi plan cuando me fui. Que me trajeran a casa un desconocido, con una pierna sangrando y un bebé creciendo en mi vientre, y aún sin un duro.

—Aquí estamos —dijo Scott, aparcando el coche justo frente a la puerta.

—Gracias de nuevo. Aprecio su amabilidad —respondí.

—No es nada.

Apagó el coche y bajó, girándose para ayudarme a salir. Scott me acompañó hasta la puerta de mi casa y llamó.

—No se preocupe. Puedo encargarme de aquí. Ya ha hecho suficiente. Su familia debe estar esperándolo —dije, sin querer que supiera que estaba sola.

—No se preocupe por mí, Myla. Quiero asegurarme de que esté dentro y a salvo —respondió, echando un vistazo alrededor de la casa en busca de alguna señal de que hubiera alguien. Volvió a llamar.

Suspiré.

—¿Por qué no salen? ¿Tu familia ya está durmiendo? —preguntó Scott.

—No hay nadie en casa —respondí.

—¿Qué? —arqueó una ceja—. ¿Se han... ido de viaje o algo así?

—Por favor, solo ayúdeme a entrar —dije, exhausta por tantas preguntas. Mi cuerpo estaba débil de estar tanto tiempo de pie. Me apoyé en su hombro y me equilibré en la madera de la casa.

—Claro. Por supuesto.

Scott giró el pomo de la puerta y la golpeó con su cuerpo varias veces hasta que se abrió de golpe con un fuerte ruido. Astillas de madera volaron por el aire, y el polvo se levantó.

—Espera, déjame coger la linterna. Está oscuro ahí dentro —dijo Scott, apresurándose hacia su coche. Cogió su móvil, una chaqueta y algunas cajas del maletero.

Volvió a la casa para preparar las cosas antes de regresar para ayudarme a entrar.

Scott me acomodó en un sofá, luego cerró la puerta colocando unas sillas detrás, ya que había roto el pomo.

—Mañana arreglaré eso —dijo, sentándose a mi lado y colocando una pequeña caja en la temblorosa mesa del centro—. Déjame ver tu pierna.

No me moví, y solo lo miré como si fuera un extraterrestre.

—Soy médico. Necesito limpiarte la herida antes de que te infectes.

—¿Por qué me está ayudando? —pregunté, desconcertado por su amabilidad.

Nuestras miradas se cruzaron, y él me observó con ojos tiernos. —Estabas necesitado, y quería ayudarte.

—Luchaste contra el Rogue, me llevaste a casa sano y salvo, y ahora esto.

—Y después de esto, comeremos algo de la comida para llevar que tengo. No es mucho, pero podemos compartir. Mañana por la mañana conseguiré algo más.

—¿Comida para llevar?

—Sí, en realidad venía de un viaje con unos amigos. Por eso tengo mi ropa y otras cosas en el coche.

—Gracias de nuevo. No sé qué más decir. —Mis labios esbozaron una pequeña sonrisa.

—Eso es suficiente para mí. —Scott me devolvió la sonrisa, y mis nervios se relajaron.

CAPÍTULO 20



Alaric

—¡Habla! —le espeté, y Luke se estremeció.

—Por favor. Me matarán. Me matarán si se lo digo —dijo, temblando visiblemente. Había sufrido más heridas porque ordené al sargento que hiciera lo que fuera necesario para que hablara.

Sus mejillas estaban hinchadas, lo que hacía que sus palabras sonaran entrecortadas. Tenía los ojos medio cerrados debido a la hinchazón, y su cabello estaba empapado en sudor.

La otra criada había sido arrestada. Era cómplice de Luke, ayudándole a llevar a cabo su sucio trabajo porque lo amaba, pero no sabía nada sobre las personas para las que trabajaba Luke.

—Te matarán. ¿Te escuchas a ti mismo? —le pregunté.

Se echó a llorar. —Lo juro; no quería que nada de esto pasara.

—¿Qué pasó exactamente con mi padre? —pregunté, mirándolo fijamente, pero él evitó mi mirada y clavó los ojos en el suelo. —Dímelo, o les ordenaré que te corten los dedos.

—Espere, espere, por favor —suplicó, tomando un aliento cansado. —Fue envenenado.

Mi corazón se hundió, y la expresión dura de mi rostro se suavizó. —¿Tú lo envenenaste?

—Ella me dio una droga para inyectarla en su fruta después de que la compré en la tienda.

—¿Quién? —pregunté, con un tono mucho más suave que antes.

—Por favor. No puedo. No me obligue a decirlo.

Apreté los puños con fuerza, y mi pecho se agitó mientras mi respiración se aceleraba.

—Te mataré con mis propias manos si no me dices quién te envió a envenenar a mi padre —gruñí.

Su rostro se puso pálido mientras el miedo lo invadía.

—Vale, vale. Fue... fue...

—¿Quién fue?

—Fue la señorita Laurel —soltó de golpe.

Mi corazón se detuvo por un segundo. No podía comprender las palabras que salieron de sus labios.

No podía ser. Tenía que estar mintiendo. Estaba inventando esto para crear división en la mansión y que yo perdiera la confianza en Laurel.

Retrocedí lentamente y me senté. Mis ojos seguían clavados en él.

—¿Cómo crees que mentir sobre un miembro importante de esta familia te ayudaría?

—Lo juro, no estoy mintiendo. Ella me dio las drogas. Su madre e incluso el anciano Felix saben de esto.

Enfurecido, golpeé la mesa con el puño, y Luke gimió.

—No estoy mintiendo. No lo estoy. Lo juro, no lo estoy —lloró.

¿Cómo podía mentir sobre la persona a la que consideraba familia? El tío Felix era la única persona en la que confiaba y de la que dependía. Incluso sus consejos y sugerencias eran importantes para mí.

—Eres patético si crees que te creería antes que a mi tío —dije, levantándome de mi asiento y dirigiéndome hacia la puerta.

Mi sangre hervía de rabia. La curiosidad me envolvió como una gruesa manta. Necesitaba respuestas. Y solo el tío Felix podía dármelas.

Él sabría qué hacer en esta situación antes de que mi ira me dominara. —Volveré —le dije al sargento y a sus hombres. Al llegar a la puerta, giré el cuello para darles una última orden. —No lo toquen hasta que regrese.

Salí de la sala de guerra como un torbellino.

No era posible que él tuviera algo que ver con la muerte de su hermano. Luke tenía que estar mintiendo.

Llegué a la habitación del tío Felix. Estaba a punto de llamar cuando escuché susurros. La voz de la señora Ryker. La reconocí al instante.

¿Qué podrían estar discutiendo a puerta cerrada?

—Alice, debemos andar con cuidado. Ya te lo he dicho antes —susurró Felix.

—Pero es tu sobrino. Convéncelo de que deje esta locura, o nos atraparán sin duda —respondió la señora Ryker en un tono bajo. —No lo tomará a bien si descubre que matamos a su padre.

Mis ojos se endurecieron mientras empujaba la puerta.

—¿Qué está pasando aquí? —espeté, sobresaltándolos.

La boca de tío Félix se abrió de par en par. Su expresión era una mezcla de terror y sorpresa, con las cejas fruncidas y los ojos muy abiertos. Gotas de sudor le resbalaban por el rostro.

Lo mismo le ocurría a la señora Ryker. Contuvo la respiración y ambos se quedaron boquiabiertos mirándome.

—Así que es cierto —dije.

—No, Alaric. Puedo explicarlo. Solo estábamos… —

Interrumpí a tío Félix. —Discutiendo la muerte de mi padre. ¿Hay alguna otra explicación aparte de la que he escuchado? —No quería darle ni una sola oportunidad de explicarse. No quería oír nada de lo que tuviera que decir. Había perdido el respeto por él.

—Alaric.

—¿Cuál es el siguiente plan? ¿Matarme a mí también? Mataste a tu único hermano… ¿Por qué? Solo quiero saber por qué. ¿Por qué serías tan malvado? ¿Tan cruel? ¿Qué te hizo mi padre?

—¿De qué estás hablando? Yo no maté a mi hermano.

—Silencio —gruñí—. Ni siquiera trates de ocultar tu crueldad porque ya ha quedado al descubierto. El chef Luke también ha confesado.

La señora Ryker dio un respingo.

—Sí, lo hizo. No es de extrañar que lo recomendaras. Para que hiciera tu trabajo sucio.

Saqué el teléfono y llamé al sargento.

—El sospechoso tenía razón. Venga a buscar a mi tío y a la señora Ryker y llévelos a la sala de operaciones mientras yo busco a la otra serpiente con la que me casé —ordené.

—Sí, señor —respondió.

—Alaric, por favor. Piensa esto bien. Yo nunca haría daño a mi único hermano —suplicó tío Félix.

—Guarda tus súplicas. Tu mendicidad solo me enfurece más.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró la señora Ryker, pero la oí.

Envié un mensaje a Laurel para que me encontrara en el salón. Estaba en el jardín con algunas sirvientas.

Unos minutos después, el sargento llegó con sus hombres. Dejé a tío Félix y a la señora Ryker en sus manos y salí a reunirme con Laurel.

—Hola, cariño, ¿qué es tan urgente que necesitas verme tan rápido? —preguntó, acercándose a mí mientras yo llegaba al salón.

—Sígueme —ordené.

Inclinó la cabeza y me miró con una ceja arqueada. —¿Pasa algo?

Mi expresión severa no podía ocultar lo furioso que estaba.

No respondí, pero me dirigí hacia el ala de la sala de operaciones. Sin hacer más preguntas, ella me siguió.

Entramos en la sala de operaciones, y Laurel se detuvo. —¿Mamá? ¿Qué haces aquí? ¿Tío Félix? ¿Qué está pasando?

El sargento les había permitido vestirse, a diferencia de cómo los encontré antes. Estaban sentados rígidamente en la silla.

La tensión flotaba en el aire.

Mis músculos se tensaron. No sabía lo que iba a descubrir, pero tenía curiosidad por saber todo lo que había estado ocurriendo bajo mi nariz.

—Siéntate —ordené a Laurel.

—¿Qué? —preguntó, confundida.

—He dicho que te sientes —gruñí.

Ella se estremeció y tomó asiento junto a su madre.

Todos los sospechosos estaban completos. Luke, la señora Ryker, tío Félix y Laurel. Todo lo que quería saber era por qué. ¿Por qué hicieron lo que hicieron?

—¿Por qué estamos aquí, Alaric? ¿Qué hemos hecho? —preguntó Laurel.

—¿Qué quieres? —pregunté suavemente.

—Alaric, escúchame —dijo tío Félix.

—No. Ya he terminado de escucharte. Quiero saber qué quieres. ¿Qué te llevó a matar a mi padre? Eso es todo lo que quiero saber.

Los ojos de Laurel se abrieron de par en par y dirigió una mirada rápida al chef Luke.

—¿Estás sorprendida? ¿Sorprendida de que sepa lo que hiciste? De que sepa cómo envenenaste a mi padre. Un hombre al que fingías amar. Un hombre por el que lloraste cuando murió… Lágrimas falsas. Todas eran falsas. Tú eras falsa. Tu proclamado amor por mí era falso. Y todo lo que quiero saber es por qué —dije en un tono bajo, sentándome en la silla frente a ellos.

Permanecieron en silencio y me miraron con miedo. Podía acabar con sus vidas en un abrir y cerrar de ojos, y ellos lo sabían.

—Alguien debería empezar a hablar ahora antes de que le arruine la cara como a Luke —gruñí.

Gimieron, pero siguieron callados.

—Bien, Sargento. Córtale los dedos a la señora Ryker —ordené.

—Sí, señor —respondió el Sargento, acercándose a la señora Ryker.

—No, por favor, Alaric —suplicó la señora Ryker.

—Alaric, no, por favor —rogó el tío Felix.

—Hablaré. Lo haré, por favor. No hagas daño a mi madre —dijo Laurel.

—Empieza a hablar —espeté.

—Mi padre…

—Espera —interrumpió el tío Felix a Laurel—. Yo me explicaré.

—Adelante —permití.

—Mi hermano y su padre eran los mejores amigos, como usted sabe. Mucho antes de que usted naciera, el viejo Alfa murió, y la manada tuvo que elegir un nuevo Alfa. Los dos mejores amigos fueron elegidos por los ancianos de la manada, pero solo uno podía convertirse en el siguiente Alfa. Así que hubo una batalla. Que su padre ganó, pero su mejor amigo murió en la lucha.

El tío Felix se quedó en silencio por un momento, como si me diera un minuto para procesar todo lo que había dicho.

—Continúa. No me hagas esperar. Ve al grano.

—Usted ya conoce el resto de la historia. Por el amor a su mejor amigo, su padre prometió a Laurel con usted. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero yo quería venganza —dijo la señora Ryker—. Por la muerte de mi marido y para obtener lo que nos pertenecía por derecho… la Corona.

Mis ojos se endurecieron y mi frente se frunció.

—Usted lo planeó —afirmé.

—Sí. Sabía que Felix me tenía en su mirada. Lo traje a mi lado llevándome a la cama con él.

—No es de extrañar que no dejara de presionarme para que le diera una oportunidad a Laurel. Estaba borracho de lujuria por esta mujer —reprendí al tío Felix. Él bajó la cabeza avergonzado.

—Luego, presioné a Laurel para que envenenara a su padre y así acelerar el matrimonio y que ella se convirtiera en la Luna.

Como un rayo, caí en la cuenta. Necesitaba que Laurel se convirtiera en Luna para que yo fuera el siguiente objetivo de muerte, y Laurel se hiciera con el control de la manada. Y ella estaría al mando.

Pero, ¿por qué atacó a la manada de Flaming Arrow?

—¿Por qué atacaste a Flaming Arrow?

—Porque sabía que eran su aliado más fuerte. Si los eliminaba y usted moría, yo sería imparable.

Gruñí mientras el calor me subía a la cabeza. Apreté mis manos con furia. —Eres una malvada y despiadada.

No respondió.

—Sargento, llévelos a la comisaría. Presente un caso de asesinato, intento de asesinato y escándalo. Dejaré que la corte decida su destino —ordené—. Y no deje que nadie los vea. Si alguien lo hace, esa persona también será arrestada.

El Sargento asintió. —Levantaos. Vamos. Criminales —escupió.

—Alaric. Soy tu única familia, por favor —lloró el tío Felix.

—Por favor, señor. Le dije la verdad. Se lo dije, señor —gritó Luke mientras se los llevaban.

La sala de guerra quedó en silencio cuando se fueron.

Mire al vacío y pensé en todo lo que había pasado. Mi corazón estaba destrozado por la traición. Era como si varias agujas me pincharan en el pecho.

No tenía a nadie. Ni familia. Ni a nadie en quien confiar.

Mi mente volvió a Myla. Ojalá estuviera aquí. Habría roto la ley de un Alfa casándose con alguien influyente.

Me casaría por amor, no por clase.

La anhelaba. Su presencia. Nuestra conexión de compañeros. Siempre calmaba mis nervios. La echaba de menos. Su pelo rizado, sus hermosos ojos y todo sobre ella.

La puerta se abrió de golpe y el sargento regresó. —Señor, lamento molestarle. He venido a preguntar si necesitaba algo más de mí y de mis hombres antes de que regresemos a nuestro puesto de deber —dijo.

—No. Nada más. Gracias. Será recompensado —respondí.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Espere —lo llamé.

Se detuvo y se volvió hacia mí. —Sí, señor.

—Necesito que sus hombres busquen a alguien por mí —pedí.

—¿A quién, señor?

—A Myla. Myla Rhett.

CAPÍTULO 21



Myla

Cinco años después.

—Liam, date prisa. Vas a llegar tarde al cole —le grité a mi hijo de cuatro años mientras metía su almuerzo en la mochila.

No podía creer que ya hubieran pasado cinco años. Nos habíamos instalado en el pueblo sin problemas. Scott había sido una gran ayuda, y yo estaba feliz de ver a mi hijo crecer más fuerte y grande cada día.

Aunque, cada día, se parecía más a su padre. Tenía los ojos azules y el pelo ondulado de Alaric. Su temperamento también me recordaba al único hombre por quien latía mi corazón.

Pero yo había seguido adelante. Alaric probablemente tenía otro hijo con Laurel. Les deseaba lo mejor.

Especialmente a mí misma. Esperaba que llegara el día en que pudiera olvidar a Alaric de mi corazón, porque verlo en mi hijo cada día hacía que mi corazón latiera por él.

—Mamá —Liam corrió hacia mí y me abrazó las piernas. Me agaché a su altura y lo miré.

—Mi príncipe azul. ¿Qué te ha tomado tanto tiempo?

Se le sonrojaron las mejillas. Cada día antes de ir al cole, le encantaba despedirse de sus peluches con un beso.

Justo cuando iba a hablar, la puerta se abrió de golpe.

Mis labios se torcieron hacia arriba cuando mis ojos se encontraron con los de Scott.

—Hola —dijo, entrando y cerrando la puerta detrás de él.

—¡Tío Scott! —gritó Liam. Scott se agachó y Liam corrió a sus brazos. Esto sucedía a diario en nuestra casa. Scott era un visitante habitual.

Dos o tres veces por semana, venía a recoger a Liam para el cole o lo traía de vuelta después de clase.

A veces, venía los fines de semana para ayudarme con algunas cosas, como arreglar un grifo que goteaba o una tabla del suelo que crujía.

—Campeón. Hoy estás muy animado. ¿Cuál es el secreto? —preguntó Scott a Liam. Liam se inclinó hacia el oído de Scott y susurró. Los ojos de Scott se abrieron de par en par. —¿En serio? Una receta secreta de tortitas.

—Shh. No lo digas en voz alta —ordenó Liam.

Scott se rió.

—Vale, basta de juegos. Vas a llegar tarde al cole —dije, interrumpiendo su pequeña broma.

Siempre estaban jugando. Liam se había acostumbrado a Scott, y Scott había tomado el papel de padre en su vida.

Si no fuera por mi determinación de trabajar, Scott quería ser el único sostén de mi familia, pero yo me negué.

Sus pequeños gestos implicaban que quería algo más que la amistad que habíamos construido a lo largo de los años, pero yo no estaba lista para nada romántico. Solo quería estar disponible para mi hijo. Él era la persona más importante de mi vida.

Por eso decidí seguir viviendo en la casita, a pesar de la oferta de Scott de mudarnos al centro del pueblo y conseguirnos un piso mejor.

Esta era mi casa. Crecí en esta casita, y era mía. No quería ir a ningún otro lugar.

—Sí, claro. Tu madre tiene razón, campeón. Hablaremos más de nuestro pequeño secreto cuando te recoja del cole, ¿vale? —dijo Scott.

Liam asintió, entrelazando su manita con la gran palma de Scott.

—Aquí tienes su mochila. He metido su almuerzo y los deberes.

Scott me miró a los ojos.

—Hola. ¿Cómo estás hoy? —preguntó, cogiendo la mochila de Liam de mis manos.

Aparté la cabeza de su intensa mirada. —Estoy bien. Lo hemos estado haciendo bien.

Asintió y se acercó más a mí. El fuerte aroma a sándalo me envolvió. —Me gustaría hablar contigo más tarde. Quizá podría venir a cenar.

—¿Pasa algo?

—No. Claro que no. No pasa nada.

—¿Es sobre nosotros? ¿O tienes problemas en el hospital?

—Para nada. Soy un lobo Beta y médico senior. No me meto fácilmente en problemas.

Arqueé una ceja, instándolo a que soltara más información.

—Myla, sabes cómo me siento respecto a...

—Scott, para, por favor —dije, interrumpiéndolo—. No estoy preparada todavía. Estoy agradecida por todo lo que has hecho por mí y lo que sigues haciendo, pero ahora mismo no estoy lista para nada.

Bajó la mirada. —Está bien. Lo entiendo. Y todo lo que hago por ti y por Liam lo hago de corazón. No quiero que pienses que una relación conmigo es un pago o una compensación por todo lo que he hecho. ¿Vale?

Asentí. —Gracias.

Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa. —Vamos, Liam. Nos vamos —dijo Scott, cargando a Liam en brazos.

Me levanté ligeramente de puntillas para darle a Liam un beso de despedida. —Que te diviertas en el colegio, Príncipe Azul.

De nuevo, Scott me miró brevemente y apartó la mirada, no queriendo hacerme sentir incómoda si me miraba demasiado tiempo.

Salieron por la puerta y se fueron al colegio.

Tenía treinta minutos para prepararme para mi trabajo como jardinera de la familia Fletcher. Una familia adinerada en la ciudad principal. Y fue Scott quien me ayudó a conseguir el trabajo. Los

Fletcher habían sido sus pacientes, y él les preguntó si tenían una vacante, y decidieron contratarme como su jardinera.

Después de hacer algo de limpieza y desayunar, me di una ducha rápida y me apresuré hacia la casa de los Fletcher.

Tenía que terminar lo más rápido posible para poder volver a casa a tiempo y tener la cena lista antes de que Liam regresara del colegio.

Al entrar en la mansión de los Fletcher, el aire fresco rozó mi piel, y el ambientador dejaba la casa con un aroma a flores.

Era una gran mansión, aunque no tan grande como la de los Xander. Tenía un pequeño salón con obras de arte colgadas en las paredes. Tenía un estilo minimalista, con una mesa central blanca, un televisor y su soporte con grandes altavoces.

La casa era de temática blanca, con un toque marrón en los muebles.

La cocina era la única parte grande de la casa, excepto por su habitación, en la que nunca había entrado en todos mis años trabajando para ellos.

—Bienvenida, Myla, ¿cómo estás hoy? —dijo la señora Fletcher, bajando por la escalera. Era una mujer mayor de setenta años. Nunca mostraba su cabello blanco. O lo teñía o usaba pelucas. Era una abogada jubilada—. Creía que habíamos acordado que hoy te tomarías el día libre, ya que hiciste mucho trabajo ayer.

—Buenos días, señora. Sí, pero vine a revisar los pimientos que planté. Olvidé añadir estiércol. Quiero hacerlo hoy —respondí.

Sacudió la cabeza. —Deberías descansar. Puedes hacerlo otro día. No quiero que te estreses. —Se sentó en el sofá, encendió el televisor con el mando a distancia y su bulldog francés salió corriendo de la cocina y se sentó en su regazo.

Sonreí. —Sí, señora. No me estresaré. Serán solo unos minutos. Después de añadir el estiércol, iré a casa a descansar.

Asintió. —Vale, entonces, si insistes. ¿Cómo está Liam? ¿Ha ido al colegio?

—Está bien. Sí, ha ido al colegio.

—Vale, pero viene después del colegio, ¿verdad?

Mi corazón se aceleró.

La señora Fletcher estaba muy encariñada con Liam. Era como la abuela que nunca tuvo. Desde que sus dos hijos se habían ido de casa para comenzar sus propias vidas, ella y su marido siempre estaban solos en casa con una criada, un guardia de seguridad y yo.

Solo el guardia vivía con ellos. La criada y yo veníamos de casa.

Pero la señora Fletcher siempre quería que Liam estuviera por allí para que la casa estuviera animada con sus carreras, y lo dejaba jugar con los juguetes de su hijo. Normalmente, le regalaba a Liam la ropa vieja de su hijo.

—No, señora. No planeo quedarme mucho tiempo. Pronto estará en casa.

—Oh, ya veo. Salúdalo de mi parte; tengo algunas tabletas de chocolate en la nevera. Coge algunas para él y dile que lo echo de menos y que espero verlo pronto —dijo.

—Sí, se lo diré. ¿Y el señor Fletcher? —pregunté.

—Salió a reunirse con su gerente y algunos corredores de bolsa para sus bienes inmuebles.

Asentí. —Vale, señora. Iré a hacer el trabajo ahora.

Dejé a la señora Fletcher mientras veía la televisión y me dirigí al jardín trasero, donde tenían un gran huerto y cultivaban algunas verduras orgánicas.

En el jardín, revisé los pimientos que había plantado. Mi mente voló de repente hacia la mansión de los Xander. Hacia Storm.

La echaba de menos.

Ojalá viniera a visitarme. Conocía la casa de mi abuela, pero debía estar ocupada con las tareas de la mansión.

Incluso cuando salía a hacer la compra, la acompañaba otra sirvienta o un chef.

Y no quería que mi ubicación se filtrara a nadie. Espero que nos volvamos a ver en algún momento del futuro.

Mis hombros se hundieron mientras otros pensamientos inundaban mi mente. Liam estaba creciendo muy rápido. Necesitaba empezar a ahorrar para darle un futuro mejor.

Tenía que asegurarme de que fuera al instituto e incluso a la universidad. La educación le prepararía para una vida mejor.

Aunque el sueldo de los Fletcher no era tan alto como lo que me pagaban en la mansión de los Xander, aquí tenía paz mental.

Nadie se burlaba de mí ni insultaba cada uno de mis movimientos. Era feliz.

Pero necesitaba otro trabajo. O dos trabajos más además de este. Tenía que darle una vida mejor a mi hijo, cueste lo que cueste.

Voy a cuidar de ti, te lo prometo.

CAPÍTULO 22



Alaric

—Han pasado cinco años y estamos cansados de esperar. Necesitamos una Luna —dijo uno de los ancianos de la manada.

No respondí. Les había hecho esperar durante mucho tiempo. Hoy se negaron a escucharme y me presionaron para que me volviera a casar.

Estábamos reunidos en la sala de reuniones de la manada. No en la sala general con el resto de la manada, sino en una sala de reuniones con solo los ancianos y los asesores. Había unos siete ancianos y dos asesores.

Era una reunión alrededor de una gran mesa redonda, pero yo estaba sentado en la silla más grande para simbolizar mi lugar como Alfa.

—Alaric. Debes entender que las necesidades de la manada deben estar por delante de las tuyas —dijo otro anciano.

Lo sabía y había seguido todas las instrucciones de la manada. Este pedido en particular lo había pospuesto para más adelante porque no estaba preparado para otra mujer que no fuera Myla.

Durante cinco años y algunos meses, aún no podía sacármela de la cabeza. El sargento envió a sus hombres y un grupo de búsqueda, pero no la encontraron. Buscaron en ciudades grandes y pueblos pequeños, pero no apareció por ningún lado.

Mi lobo la anhelaba y la necesitaba.

No podía obligarme a aceptar a otra mujer. No estaba listo todavía. Por eso había hecho esperar a la manada. Necesitaba más tiempo para acostumbrarme a la idea de que quizás nunca volvería a ver a Myla.

—Pero dejaron a mi padre en paz. Mi madre murió hace mucho tiempo —respondí con un tono suave.

—Tu padre te tenía a ti. Su heredero. Tú no tienes a nadie. No tienes hijos. No tienes un heredero.

Gruñí para mis adentros.

Tenían razón. No tenía a nadie. Vivía una vida solitaria. Vivía para la manada.

—Tenemos una mujer hermosa—

—No —corté, interrumpiéndolos—. Yo elegiré a mi esposa. Elegiré a una esposa de quien y donde mi corazón me lleve. Declaro nula la norma de que un miembro de la realeza se case con alguien de una familia influyente.

Se quedaron boquiabiertos. —Alaric, no puedes tomar esa decisión sin pensarla bien y consultar a tus asesores —dijo el primer anciano.

—Lo he pensado. Lo he estado pensando durante años. Soy el Alfa, y esta norma no beneficia a la manada de ninguna manera. No me casaré con nadie hasta que se modifique esta norma.

Hubo silencio.

Luego, susurros brotaron por todos lados. Murmuraban entre ellos. —De acuerdo. Tienes razón. Es una tradición antigua que hemos intentado mantener y, considerando lo que sucedió en tu último matrimonio, los ancianos hemos acordado que deberías poder elegir a tu propia esposa —dijo el anciano más viejo.

Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta, captando mi atención.

—Pasen —dije.

La puerta se abrió chirriando y entró el mensajero de la mansión. —Buenas tardes, Alfa Alaric. Buenas tardes, sabios ancianos —saludó el mensajero.

Respondimos.

—Sí. Adelante con tu mensaje.

—El Alfa de la manada Flechas de Fuego ha enviado un mensaje.

Cerré los ojos al recordar que Martin me había invitado a la fiesta de cumpleaños de su hermana hacía dos semanas.

Como amigo y aliado, él estaba al tanto de los últimos acontecimientos en la manada y de todo lo que estaba enfrentando, desde la presión de los ancianos de la manada hasta las responsabilidades que recaían sobre mis hombros.

Me invitó a la fiesta porque quería que saliera y despejara la mente.

—Gracias. Me pondré en contacto con él.

—Pero su mensajero no ha dicho nada todavía —dijo uno de los asesores.

—Ya conozco el contenido del mensaje. Llamaré al Alfa Martín después de nuestra reunión —respondí.

El mensajero se excusó.

Aproximadamente una hora más tarde, la reunión con los Ancianos de la manada terminó con una petición de que me casara en las próximas cinco semanas, o se tomarían medidas para encontrar otro Alfa.

Mis músculos estaban tensos y mis nervios al límite. No tenía en mente a ninguna mujer con la que establecerme excepto a Myla.

Cinco semanas era un tiempo muy corto para enamorarse de otra mujer. Me tomó cinco años buscar a Myla sin éxito, y no había esperanza de encontrarla en cinco semanas.

Fui a mi habitación y cogí mi teléfono de mi escritorio de estudio. Normalmente no llevaba mi teléfono a las reuniones para poder concentrarme, a menos que esperara una llamada importante.

Mientras revisaba mi teléfono, me di cuenta de que Martín me había llamado varias veces, y escuché su mensaje de voz en el que me recordaba que la fiesta era esta noche y que no le pusiera excusas.

Me contactó aquí antes de enviar un correo electrónico a través del correo directo de la mansión, que era leído todas las mañanas por el mensajero de la mansión.

Decidí devolverle la llamada a Martín.

Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Quería asistir a la fiesta? No era un fanático de las fiestas. Disfrutaba de mi privacidad. Aunque, últimamente, he llegado a entender el significado de querer estar solo y de estar solo.

Tal vez podría ir, solo por esta noche. Solo para despejar mi mente. Tomar una decisión.

Llamé a Martín de vuelta.

—Hola, Alaric —me saludó.

—Buenas tardes. Perdone que no respondiera sus llamadas. Estaba en una reunión. Pero he recibido su recordatorio —dije.

—Quiero verte aquí esta noche. Estamos preparando todo.

—Claro, estaré allí.

—De acuerdo, te estaré esperando —dijo y colgó.

Después de hablar con Martín, me dediqué a mis deberes con la manada, asistiendo a algunas reuniones y asegurando la ley y el orden en los asuntos de la manada.

Lentamente, el día llegó a su fin y era de noche.

Me di una ducha y me arreglé.

Antes de dirigirme a la casa de Martín, me detuve en una joyería para comprarle un regalo a Hailee. Hailee era la hermana de Martín y la cumpleañera de la fiesta.

Le compré un collar de diamantes.

Aproximadamente treinta minutos después, llegué a la fiesta en la Mansión de los Henderson.

La mansión tenía un gran terreno, pero el edificio era un poco más pequeño que el mío, aunque tenían dos bungalows más pequeños detrás del edificio principal para su personal. No era ni la primera ni la segunda vez que visitaba la mansión de los Henderson.

La fiesta se celebraba en una carpa en el terreno. Entré.

El delicioso aroma de diferentes platos me invadió, y la música suave y relajante llenó de vida el salón.

Las sillas estaban dispuestas alrededor de las mesas en filas. Los manteles blancos cubrían las mesas, y sobre ellas se habían colocado botellas de agua, zumos enlatados, cervezas y especias.

Una sirvienta se acercó a mí. —Alfa Alaric, bienvenido. El alfa Martin y la familia real le estaban esperando —dijo con una

reverencia.

Asentí con la cabeza. —Muéstrame el camino —respondí.

Me guió hasta otra habitación. Era mucho más tranquila. También había menos personas allí. Por sus atuendos caros, pude deducir que eran miembros influyentes de la manada. Probablemente los ancianos de la manada y los más ricos.

Un pianista tocaba en una esquina, y una cantante de ópera lucía sus habilidades vocales.

Al frente, vi a Martin y a su familia. Todos tenían un parecido asombroso entre sí.

Su padre, su madre y su única hermana.

Su padre tuvo un accidente hace dos años y renunció para que Martin fuera el siguiente alfa.

A diferencia de mí, él no se vio obligado a casarse rápidamente, porque durante dos años como alfa, tuvo a su madre como Luna interina mientras se tomaba su tiempo para buscar una compañera.

Aunque la tradición seguía implicando que se casaría con alguien de una familia influyente. Pero él me dijo que se casaría por amor, y que no le importaba lo que su manada dijera al respecto.

Me acerqué a ellos.

—Señores y señoras, el alfa Alaric ha llegado —anunció la sirvienta.

—Alaric. Lograste venir —Martin se levantó y me abrazó. —Bienvenido.

—Gracias. Buenas noches, señor y señora Henderson. Feliz cumpleaños, Hailee —los saludé.

—Gracias por venir a mi fiesta. Sé que solo vienes aquí durante asuntos importantes y esas cosas —dijo Hailee, mostrándome sus perlas blancas.

Le sonreí. —Estoy feliz de estar aquí.

Tomé asiento en la mesa redonda entre Martin y Hailee.

—Te he traído algo —le dije a Hailee, metiendo la mano en el bolsillo para sacar una pequeña caja de joyas donde guardaba el collar.

Sus ojos se iluminaron y brillaron como una estrella al ver su regalo. —Wow, esto es precioso —dijo. —Muchas gracias.

Asentí, mirándola a los ojos. Durante todos los años que había conocido a Martin y su familia, nunca se me había ocurrido que hubiera algo especial en Hailee.

Esta noche, se veía diferente.

Quizás era su vestido plateado y brillante que dejaba sus hombros al descubierto o su maquillaje, que era un tono más oscuro de lo que solía verla usar.

La miré con curiosidad, observando sus rasgos mientras mi mente buscaba algo. No lograba dar con ello.

Mientras las sirvientas colocaban la mesa con diferentes tipos de comida y postres, algunas personas se acercaban a darle regalos a Hailee y a desearle lo mejor en su cumpleaños.

El señor y la señora Henderson charlaban y reían entre sí, disfrutando de la comida. Los admiraba y me preguntaba cómo habría sido la vida con Myla a mi lado, envejeciendo juntos.

Mis ojos regresaron a Hailee. Me quedé ensimismado, mirándola mientras comía.

Sentí como si la conociera. Me desconcertó.

—¿Pasa algo? —preguntó Martin, tomando un sorbo de vino. Arqueó una ceja. —Estás mirando a mi hermana.

—Perdona —respondí, secándome los labios con una servilleta. —Es solo que se parece a alguien que conozco.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí. El parecido es asombroso. No lo había notado antes, pero ahora no puedo apartar la mirada de ella.

—La gente se parece a otra gente. Eso es normal.

—Sí. Tienes razón.

—Aunque mi hermana es gemela. Una gemela no idéntica.

Mis ojos brillaron. Tenía que saber más. —Una gemela. No sabía que tenías dos hermanas. ¿Y la otra? —indagué.

Bajó la cabeza y la sacudió lentamente. —No lo sabemos. Podría estar muerta. No lo sabemos. —Martins dejó la cuchara y me miró fijamente.

—Oh, lo siento, no debería haber sacado el tema.

—No pasa nada. Eres amigo de la familia. Deberías saberlo —dijo la señora Henderson.

Sus ojos estaban puestos en mí.

—Camille era mi hermana. Nos separaron al nacer cuando los rivales atacaron a la manada —dijo Hailee.

La señora Henderson sollozó y se secó los ojos llorosos. —No fue culpa tuya, cariño —dijo el señor Henderson, abrazándola.

—Nos escondimos en el campamento al sur de Fringidale. La manada rival atacó de nuevo, y echamos a correr. Pero Camille no estaba con nosotros. La buscamos por todas partes —explicó la señora Henderson.

—Mi madre no quería irse. Lloró todo el día. Yo tenía ocho años entonces, pero mis hermanas eran bebés. Mi madre todavía estaba débil después de dar a luz a mis hermanas, y había pasado aproximadamente un mes desde que parió. La niñera que cuidaba de mis hermanas huyó con solo una de ellas. Mi padre y el resto de los soldados de la manada volvieron para buscar a mi hermana, pero no la encontraron por ninguna parte —dijo Martins.

Mi corazón se derritió. Me conmovieron los sentimientos de la señora Henderson. Probablemente fue duro para ella perder a una hija pocas semanas después del parto.

—Vaya. No debería haber sacado el tema. Lo siento —respondí.

Hailee entrelazó su mano con la mía y la apretó suavemente. —No pasa nada. Me alegra recordar que hoy habría compartido mi cumpleaños con mi hermana. Solo espero que esté bien, dondequiera que esté —dijo.

Se hizo el silencio en nuestra mesa.

Coloqué mi otra mano sobre la de Hailee. —Lo está. No te preocupes. La Diosa Luna la está cuidando —la consolé.

Fue entonces cuando algo captó mi atención. La marca en la muñeca de Hailee. No la había notado antes.

Era una réplica exacta de la marca en la muñeca de Myla. En el mismo lugar. La que Hailee me había recordado también era Myla.

¿Podría ser?

¿Era Myla la gemela separada?

Las piezas encajaron mientras lo iba comprendiendo. Antes de que Myla fuera contratada, Storm la había recomendado a mi padre.

Yo estaba allí ese día. Le dijo a mi padre que tenía una amiga cuya abuela acababa de morir y que necesitaba un trabajo.

Recuerdo vívidamente cómo mi padre la bombardea con preguntas. ¿Quién era esa chica? ¿De dónde venía? ¿Quién era su familia?

Storm respondió que la chica era huérfana, sin familia ni padres, y que la persona a la que llamaba abuela era una anciana que la había adoptado.

Me di cuenta de repente. Myla era la gemela perdida.

Esto significaba que la profecía de mi alma gemela por parte de la Diosa Luna era cierta. Estaba destinado a la hija de un Alfa.

Todo tenía sentido.

Mierda. No debería haberla rechazado.

Todos aquellos momentos en los que la aparté inundaron mi mente, y hice una mueca. Perdí el apetito por la comida. Aparté a la única persona cuya presencia aliviaba la tensión en mis venas.

La única por la que mi corazón daba un brinco cada vez que la veía de reojo.

Gruñí para mis adentros.

Esto significaba que ella no era cualquiera. Provenía de una familia influyente. Podía casarme con ella sin ir en contra de las tradiciones de la manada.

Mi corazón dio un vuelco al pensar en ello.

Tengo que encontrar a Myla.

CAPÍTULO 23



Myla

Volteé la tortita en la sartén. El dulce aroma de harina y azúcar llenó el aire mientras el vapor de la sartén rozaba mi cara.

—¿Ya está lista? —preguntó Liam, con los ojos hambrientos pero con la voz paciente. Las tortitas eran su desayuno favorito, y yo me esforzaba por hacerlas para él cada fin de semana.

Le di otra vuelta. Las tortitas estaban doradas y crujientes en los bordes, justo como le gustaban.

Serví cuatro trozos en su plato de plástico y cogí tres para mí. Nuestra comida estaba racionada, ya que no teníamos el lujo de repetir. Pero me aseguraba de darle más a Liam, aunque eso significara que yo comiera menos.

Él era un niño en crecimiento, y nuestra situación económica no debería afectar su dieta.

Por eso había conseguido dos trabajos más. El primero como jardinera para los Fletcher, el segundo como limpiadora en un restaurante, y el tercero cortando el césped de los Fletcher, ya que el chico que lo hacía antes consiguió una beca en un concurso escolar y dejó de venir a trabajar.

Básicamente, hacía cualquier cosa que pudiera encontrar. Los trabajos eran difíciles de conseguir, pero hacía lo posible con lo poco que tenía para mantener a mi hijo y a mí.

Últimamente había estado pensando en la propuesta de Scott. Necesitaba otra mano porque ser madre soltera no era tarea fácil, a pesar de la cantidad de trabajos que tenía que asumir.

Era demasiado para manejar. Después de largas horas de trabajo, tenía que volver a casa y ocuparme de la casa, incluyendo a mi hijo, que se quedaba con los Fletcher cuando yo salía a limpiar.

Nos sentamos a la mesa del comedor para desayunar.

—Mamá, ¿hay algo malo en mí? —preguntó Liam con inocencia, con la boca llena de tortitas.

Me detuve, lo miré de arriba abajo y bebí un poco de agua. —¿Qué? Para nada, cariño. Eres un buen niño —respondí, extendiendo la mano por la mesa para hacerle cosquillas bajo la barbilla, y él soltó una risita.

—Pero, mamá, los niños de mi clase dicen que no tengo papá —dijo. La tristeza se desprendía de su tono mientras sus hombros caían y dejaba la cuchara para mirarme.

Yo ya lo estaba observando con la boca ligeramente abierta. —¿Por qué? —pregunté con voz ronca.

—Me llaman Liam el raro —murmuró, con un temblor en la voz como si estuviera a punto de llorar, y vi cómo sus ojos se enrojecían.

Me mordí el labio inferior, me aclaré la garganta y respiré profundamente para relajar el sentimiento de melancolía que nadaba en mis venas.

No importaba cuán abrumadora se volviera mi vida, me prometí nunca permitir que Liam me viera llorar. Siempre tenía que ser fuerte por él.

Empujé la silla hacia atrás, me levanté y me acerqué a él.

Liam no apartó la mirada de mí. Me agaché y miré a sus ojos cautivadores. Besé su frente dos veces. —Eres mi príncipe azul. No escuches nunca lo que digan de ti. ¿Entendido?

Asintió, aunque su expresión dejaba claro que no estaba satisfecho con mi respuesta.

Le di un beso en la cabeza. —Ese es mi niño.

—Pero, mamá, ¿por qué dicen eso los niños?

—Esa es una pregunta que le haré a tu profesora la próxima semana. Quiero saber por qué permite que te acosen en clase.

—Mi profesora preguntó qué hacían nuestros padres. Yo no contesté porque nunca he conocido a mi papá. Por eso dicen que no tengo papá. Pero no quiero que me llamen Liam el raro, mamá.

—Está bien, cariño. Hablaré con tu profesora. Nadie volverá a llamarte Liam el raro, ¿vale?

Se quedó en silencio.

Mi corazón se encogió al ver lo abatido que se ponía. Recordé las veces que también fui acosada en el colegio por no tener padres.

Si Liam ya estaba siendo acosado ahora, no podía imaginar cómo sería para él el instituto.

—Come, come. Tus tortitas se están enfriando —le dije, intentando distraerlo del tema.

Volví a mi asiento y, aunque había perdido el apetito, seguí comiendo para animarlo a que él también lo hiciera. Aunque lo único que quería hacer era llorar por lo que había dicho, me mantuve fuerte.

Me mantuve fuerte por mi niño.

—Mamá —me llamó.

—Sí, cariño —respondí.

—¿Dónde está mi papá?

Se me cortó la respiración.

—¿Por qué me dejó? ¿Adónde se ha ido todo este tiempo?

Levanté el cuello y cerré los ojos con fuerza. Un suspiro cansado escapó de mis labios. Sabía que llegaría un día en que Liam haría preguntas sobre su padre, y hasta ahora, no sabía qué decirle.

—No te preocupes, mi pequeño príncipe, te lo contaré todo cuando seas mayor —respondí.

—Pero quiero saberlo ahora.

—Liam. Come tu comida; se está enfriando —dije con un tono autoritario, sin dejar espacio para más debate.

Bajó la cabeza y siguió comiendo.

No me gustaba regañarlo o gritarle, pero ahora era madre, y debía corregirlo cada vez que se ponía obstinado.

Comimos en silencio.

Después del desayuno, nos preparamos y nos dirigimos a la mansión de los Fletcher. Los fines de semana eran mis días libres en

el restaurante, y los Fletcher me permitían llegar más tarde por la tarde los sábados y domingos.

Cuando llegamos a la mansión de los Fletcher, Liam se fue corriendo a jugar y a hacer compañía a la señora Fletcher. Yo me dirigí al jardín trasero para trabajar en él.

Su césped se cortaba dos veces por semana, y yo no lo cortaba los fines de semana porque ya lo había hecho entre semana.

Terminamos en casa de los Fletcher y nos fuimos a casa ya entrada la tarde.

Al llegar a casa, justo frente a la cabaña, vimos el coche negro de Scott. Estaba frente a la puerta y parecía estar llamando.

Su camisa azul y su traje negro hacían pensar que iba a una cena especial o a una reunión importante.

Liam soltó mi mano y corrió hacia Scott. —¡Tío Scott! —gritó.

No habíamos visto a Scott desde hacía dos semanas.

Mis labios esbozaron una sonrisa cuando vi el ramo de rosas que llevaba en las manos. Mi corazón palpitó.

Una parte de mí había echado de menos su ausencia durante estas dos semanas, y estaba feliz de verlo de nuevo.

Scott levantó a Liam en brazos y lo llenó de besos mientras lo hacía cosquillas. La risa de Liam resonó en el aire como el canto de los pajarillos del bosque.

Scott me miró a los ojos y esbozó una gran sonrisa.

Me acerqué a ellos, con mi mano derecha buscando las llaves de casa en el bolso.

—Hola. Has estado desaparecido. Hacía tiempo que no te veíamos —dije.

Mis manos rozaron el metal frío. Saqué las llaves y forcejeé con la cerradura.

—Sí, tuve un caso urgente durante dos semanas —respondió.

Me sorprendí y me giré hacia él. —¿Un caso urgente?

—Está bien. El paciente sobrevivió. No te preocupes.

Suspiré. La cerradura hizo clic, giré el pomo y entramos.

Por un lado, accioné el interruptor y la bombilla iluminó la habitación.

Scott sacó una pequeña caja de chocolate de su bolsillo y se la dio a Liam antes de dejarlo en el suelo. Liam corrió directo a la cocina.

Estaba a punto de seguirlo cuando Scott me agarró del brazo. Me giré para mirarle a los ojos.

Me tendió las rosas que llevaba para mí. —Eh, te he traído algo —dijo, entregándome las flores y frotándose la nuca.

Mis mejillas se calentaron.

Cogí las flores y las acerqué a mi nariz, oliendo el dulce aroma que desprendía el pequeño ramo.

Aunque eran rosas rojas artificiales, olían mágicamente.

—Huelen increíble. Muchas gracias por esto —respondí.

Mis ojos captaron una pequeña nota dentro del ramo.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirándolo a él.

Asintió, animándome a que la leyera yo misma.

El papel tenía una textura suave, con relieves de pequeños diseños de estrellas. Era una tarjeta blanca con un corazón dorado en la parte superior.

Abrí la tarjeta y las palabras escritas en caligrafía brillaron ante mí. Mi corazón se derritió.

Decía: Dame una oportunidad de ser tuyo.

Liam salió corriendo de la cocina hacia nosotros. —Mamá, dame flores a mí también —dijo. Cogí una rosa y se la entregué.

—Ahí tienes, mi príncipe azul —respondí.

—¿Qué has dicho, Myla? —preguntó Scott, atrayendo mi atención de vuelta al pequeño momento que estábamos compartiendo.

Bajé la mirada hacia donde Liam estaba jugando con la flor. Estaba feliz. Siempre estaba feliz cuando Scott estaba cerca.

Sería mucho más feliz si tuviera un padre. Eso callaría a sus acosadores. Tendría una respuesta para las preguntas de su profesor.

Liam necesitaba una figura paterna que lo amara y lo protegiera.

Y Scott era un buen hombre. No solo se preocupaba por mí, sino también por el bienestar de mi hijo.

Con él, no tendría que aceptar un millón de trabajos solo para darle una vida mejor a mi hijo. Las cosas serían más fáciles con

Scott. Liam tendría un futuro más estable.

¿Quién sabe? Quizás Liam podría ser médico en el futuro, al igual que Scott.

Scott arqueó una ceja hacia mí. Suspiró. —Por favor, no me digas que no hoy. Por favor —suplicó Scott. Sus ojos eran suaves y estaban llenos de emociones.

Decidí ceder. Liam lo necesitaba, y yo también.

Aunque mi corazón aún no lo creía del todo.

—Sí —susurré.

—Cuidaré de Liam y... —Hizo una pausa, como si estuviera procesando mi respuesta. —¿Has... Has dicho que sí?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué? —Scott me tomó en sus brazos y me hizo girar en el aire. —No puedo creer que hayas aceptado. Gracias. Muchas gracias. Prometo hacerte feliz a ti y a Liam. Ahora ambos sois mi responsabilidad.

Me reí mientras me hacía girar. —Scott, déjame. Me vas a marear —bromeé.

Él se rió. —Sí, claro.

Mis pies tocaron el suelo.

Liam se acercó corriendo a Scott y le dio una palmada en la pierna. —Arriba. Quiero subir. Hazme girar como a mamá —dijo.

Scott se rio y lo levantó, haciéndolo girar igual que a mí.

—Basta, ya está bien. Vamos a comer algo antes de que alguien esté demasiado cansado y se quede dormido —respondí, lanzándole una mirada a Liam. Él se rió.

Los llevé a la cocina para preparar la cena.

No teníamos muchos alimentos, y aún no me habían pagado en el trabajo para comprar más. Saqué cuatro paquetes de fideos y unas zanahorias para la cena.

Scott y Liam se sentaron en la mesa, hablando y mirándome mientras cocinaba.

—Sabes, me gustaría que os mudarais conmigo —dijo Scott. —Sería mucho más fácil para vosotros.

Sabía que se refería a las facturas, como la luz, el agua e incluso las compras del supermercado. Pero yo aún no estaba lista para eso.

—Lo pensaré. Vamos a tomarnos las cosas con calma por ahora —respondí. Con calma, me refería a que necesitaba tiempo para acostumbrarme a la idea de que ahora estábamos en una relación.

CAPÍTULO 24



Alaric

—Me ha llamado usted, señor —dijo el Sargento, sentándose en el sofá frente a mí.

Mis ojos estaban clavados en él. Solo tenía una cosa en mente. Una persona. Myla. Mi anhelo por ella y mi determinación de encontrarla crecieron después de descubrir quién era. La profecía nunca miente. Simplemente estaba demasiado ciego para verlo debido a la gente cruel que me rodeaba en aquel momento.

Pero ahora, tenía que corregir mi error.

Myla estaba ahí fuera. Lo sabía, lo sentía, y no podía ignorarlo.

No solo quería reunirla con su familia, quería ponerle un anillo en el dedo, una corona en la cabeza y hacerla mía. Mi hembra. Mi Luna.

—Sí, tengo una tarea para usted —respondí con seriedad.

Tenía que encontrarla, estuviera donde estuviera.

Aunque antes se habían realizado innumerables búsquedas sin éxito, tenía que intentarlo de nuevo.

No podía vivir sin ella. Ella tenía mi corazón. Si los ancianos necesitaban que me emparejara con otra chica en las próximas cinco semanas, entonces esa chica tenía que ser Myla. No lo aceptaría de otra manera.

No quería a nadie más, y podían quitarme la corona si querían, pero mi corazón pertenecía a Myla.

—Estoy a su servicio, señor.

—Necesito que sus hombres busquen a Myla Rhett —dije con voz cargada de autoridad.

El Sargento inclinó la cabeza y me miró fijamente, como si estuviera sumido en sus pensamientos. —¿Otra expedición de búsqueda para la misma chica?

No parpadeé ni vacilé. Mi decisión era firme.

Ambos sabíamos que ya había buscado a Myla antes. Habíamos buscado en cada pueblo, cada ciudad, en todas partes.

Le había preguntado a Storm innumerables veces si tenía alguna información sobre su amiga, pero no dio nada de valor. Era extraño que no supiera dónde vivía su mejor amiga o ningún lugar que nos llevara a encontrarla.

Por eso, nunca tuvimos éxito en nuestra búsqueda, pero eso no me desanimaría.

Esta vez, iría más allá.

—¿Tiene algún problema con mi petición, Sargento? —pregunté.

Enderezó la espalda y negó con la cabeza. —En absoluto, señor. Siempre estoy a su servicio.

—Bien.

—Enviaré a los exploradores.

—Envíe a sus hombres. Necesito que la encuentren en dos semanas o menos. Peguen carteles en cada bar, cada escuela, cada hospital y cada hotel. Denuncien su desaparición en la radio y la televisión. Pongan una recompensa por su cabeza. Cien mil dólares, estoy dispuesto a pagar, pero encuentren a Myla Rhett —ordené.

—Como usted desee, señor. Le mantendremos informado a medida que avancemos —dijo el Sargento, levantándose de su asiento.

—Gracias.

Me hizo un breve gesto de asentimiento y se marchó.

Me senté en silencio, sumido en mis pensamientos.

Diferentes suposiciones giraban en mi cabeza.

¿Y si no la encontraban? ¿Y si Myla había abandonado esta región? O peor, ¿y si estaba muerta?

Sacudí la cabeza lentamente. Pero los pensamientos no se iban.

¿Qué más podía hacer?

El tiempo volaba. En un par de semanas, me vería obligado a casarme con otra mujer de una familia influyente.

—Buenas tardes, señor —lo saludó una sirvienta—. Le ruego que venga a la mesa. Su comida está lista.

No respondí.

Me miró fijamente durante unos segundos. —Señor, por favor, su comida está—

—Llame a Storm por mí —ordené.

—Sí, señor. —Con una rápida reverencia, se excusó para cumplir el recado.

Algunos minutos después, la criada regresó con Storm. —Buenas tardes, señor —la saludó Storm, y yo respondí con un gesto de asentimiento.

—Discúlpenos —le dije a la otra criada.

—Señor, su comida está...

Le lancé una mirada, y entendió que no estaba de humor para discutir sobre comer. Se fue.

Storm me miró fijamente, pero no dijo nada.

—Han pasado cinco años. Cinco años sin saber nada de Myla. ¿Está muerta? —pregunté.

—Oh, no. Espero que no —respondió Storm, negando con la cabeza. También evitó mi mirada.

—Entonces, ¿dónde está?

—Señor, ojalá lo supiera. Se lo habría dicho. Pero no sé dónde está Myla.

Mi corazón se hundió en el estómago. No eran las palabras que esperaba. Necesitaba escuchar algo positivo que encendiera un destello de esperanza en mí.

Pero, ¿por qué creería que Storm sabría algo?

Ella había estado aquí estos últimos cinco años mientras yo buscaba desesperadamente a Myla. Si supiera algo sobre el paradero de Myla, me lo habría dicho.

—He enviado otro grupo de búsqueda tras ella. He puesto una recompensa por su cabeza. He ordenado que se peguen carteles por todo el pueblo. Si no la encuentran, me temo que su amiga podría estar muerta.

Ella se sobresaltó. —No. No puede estar muerta. Estaría a salvo en la cabaña —soltó. Se tapó la boca con ambas manos al darse cuenta de lo que había dicho.

Me ajusté en mi asiento mientras mis ojos se abrían de par en par. —¿Qué acabas de decir? —gruñí.

Ella retrocedió un paso, sobresaltada.

—Solo estaba diciendo... —comenzó.

—¿Dónde está Myla?

—Señor, yo...

—No me mientas —le espeté, levantándome de mi asiento. Storm retrocedió unos pasos. —¿Dónde está? Dímelo. Por favor.

Sus hombros cayeron. —En la cabaña de su abuela.

—¿Conoce usted ese lugar?

Me miró y asintió lentamente.

—Me dijo que no sabía dónde vivía ella.

Storm guardó silencio.

—Dijo que no conocía a su abuela ni que había visitado su casa.

Me recosté en mi asiento y miré al vacío. Storm lo sabía. Todos estos años. Me lo había ocultado. ¿Por qué? Me resultaba desconcertante.

—Ella... Myla me pidió que no se lo dijera —finalmente rompió el silencio Storm.

—Me mentiste.

—Hice una promesa, señor.

—¿Hay alguien en esta mansión en quien pueda confiar?

—Es mi mejor amiga. Yo... Tenía que guardar su secreto.

Cerré los ojos con fuerza para controlar la ira que crecía en mí. Lo hizo por su mejor amiga. Eso significaba que quería y cuidaba mucho a Myla.

Inspiré profundamente y exhalé suavemente. Había esperanza. Una pista que me llevaría a ella. Mi hogar. Mi corazón. Mi amada.

Mi corazón se caldeó, y una sensación de dicha recorrió mis venas.

Aun así, la curiosidad clavó sus colmillos en mi torrente sanguíneo. ¿Por qué se fue en primer lugar? Ahora estaba seguro de

que Storm tenía las respuestas a todas las preguntas que bullían en mi cabeza.

—¿Por qué se fue?

Storm tragó saliva. Mis ojos estaban fijos en los suyos, y podía decir que prefería mantener aquello en secreto.

—Storm —la llamé, mirándola fijamente.

—Ella... Estaba embarazada, señor.

La piel se me puso de gallina como si fueran malas hierbas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y me quedé helado.

Los flashes del día en que ella intentó hablar conmigo inundaron mi mente. No la escuché. Estaba demasiado ocupado para la manada.

Golpeé el reposabrazos con el puño.

Alejé a la única mujer que he amado, y ella llevaba a mi hijo en su vientre.

—¿Sabe algo de nosotros? —pregunté en voz baja.

Ella asintió.

—Me llevará con ella —ordené.

Storm hizo una reverencia. —Como usted desee, señor. ¿Cuándo será? —preguntó.

—Ahora.

CAPÍTULO 25



Myla

Era una hermosa tarde de domingo.

Los domingos eran mis pequeños días de vacaciones. No tenía que trabajar para los Fletcher. Era un momento en el que me quedaba en casa y disfrutaba de un rato tranquilo con Liam.

También aprovechaba para hacer la colada. No teníamos lavadora, y no quería comprar una porque aumentaría nuestra factura de la luz.

Liam entró corriendo en mi habitación con un cohete de papel. Últimamente había estado jugando con papeles desde que Scott le enseñó a hacer manualidades divertidas.

Scott había tenido una gran influencia en su vida, y mi corazón roto se estaba curando poco a poco. Aunque no podía sacar a Alaric de mi cabeza.

Nuestro vínculo de apareamiento era tan fuerte.

—Mamá, mamá, ¿dónde está mi pijama rojo de superhéroe? —gritó Liam, saltando sobre mi pecho mientras yo estaba tumbada en la cama.

Lo abracé y llené su cara de besos y cosquillas. Él se retorcía y reía. —Liam, dijiste que ibas a dejar que mamá descansara después del desayuno, ¿verdad? —pregunté, arqueando la ceja.

Me lanzó una pequeña y adorable sonrisa. —Es por la tarde. Hace mucho que terminó el desayuno, y necesito mi pijama de

superhéroe ahora.

—¿Por qué?

—Porque soy Batman. Mira mi cohete —levantó su cohete de papel a la altura de mis ojos para que lo inspeccionara.

Me reí. —Pero, cariño, Batman lleva negro.

—Yo soy Batman rojo.

—Claro que lo eres. Ahora, ve a jugar. Déjame descansar un minuto.

Acababa de terminar una lista de tareas porque no había podido hacer mucho durante la semana.

—Mamá, por favor, quiero ser un superhéroe.

Me miró con sus grandes y brillantes ojos, y no pude resistirme a lo adorable que era. Amaba a mi hijo más que a nadie en el mundo.

Le puse los ojos en blanco. —Tienes los mejores superpoderes del mundo —le dije.

Sus ojos brillaron de emoción. —¿Los tengo?

—Sí, los tienes. Eres una bomba de ternura.

Le hice cosquillas de nuevo, y él se rió. Juntos bajamos al recibidor, donde había una cesta para la ropa sucia. Revolví la cesta y encontré su pijama rojo.

Le ayudé a ponérselo, y él corrió de un extremo a otro de la casa, disparando láseres falsos y eliminando a malos imaginarios con su cohete de papel.

Agarraba la ropa sucia cuando un golpe resonó en la puerta principal.

Scott.

Mi corazón se aceleró. Era el único que visitaba, así que, cada vez que se oía un golpe en la puerta, no tenía dudas de que era él.

—¡Tío Scott! —gritó Liam, corriendo hacia la puerta.

Llevé la ropa al baño mientras mis oídos estaban atentos a los sonidos del salón. La puerta se abrió, pero los gritos de Liam se detuvieron.

Me esforcé por escuchar más, pero había silencio.

Mi frente se arrugó. —Liam. Cariño. Liam. Scott —llamé, pero nadie respondió.

Mi corazón se hundió en el estómago, dejé la ropa en la bañera y corrí al salón, casi resbalando con un poco de agua en el suelo mojado.

Mi corazón latía con fuerza, y no podía pensar en nada más que en Liam. ¿Por qué había silencio?

Normalmente, cuando Scott venía, había risas y carcajadas, no un silencio ensordecedor.

¿Y si era un ladrón? Aunque nunca habíamos tenido casos así. Los pensamientos negativos se filtraron en mi mente. Nunca me perdonaría si algo le pasaba a mi niño.

Llegué al salón, y la tensión en mis venas se disipó al ver la pequeña figura de Liam frente a la puerta, mirando fijamente a unos extraños.

Al acercarme a la puerta, eché un vistazo a los extraños.

Me quedé sin aliento.

No eran extraños.

Eran Storm y Alaric.

Mi cabeza se sentía ligera y mis rodillas temblaban. Esto tenía que ser un sueño. No podían ser reales.

Pero lo eran.

El calor de mi conexión como pareja con Alaric me abrumó. Su colonia masculina inundó mis fosas nasales. Nuestras miradas se encontraron, y el mundo pareció desvanecerse.

—Myla —llamó.

Corrí hacia Liam y lo abracé con fuerza. —¿Qué haces aquí? —pregunté, frunciendo el ceño.

Recuerdos de mi tiempo con Alaric pasaron por mi mente. Nuestros momentos íntimos, las veces que me defendió y también las veces que me apartó y me rechazó para evitar que la gente supiera que éramos pareja.

—Sal de mi casa. Vete ahora mismo —ordené.

—Myla, cálmate —dijo Storm. Sus ojos estaban cargados de emociones.

Los míos también. Estaba al borde de las lágrimas mientras mis ojos se llenaban de líquido. —Pero Storm. Tú sabes, sabes lo que he pasado.

Me derrumbé. Con un parpadeo, las lágrimas rodaron por mis mejillas. Mi cuerpo temblaba, y abracé a Liam con fuerza.

Storm corrió hacia mí y me abrazó. —Lo sé. Eres una mujer fuerte —dijo llorando mientras intentaba consolarme.

Alaric permaneció en la puerta, observándonos. —Por favor, escúchame —dijo.

No levanté la vista hacia él. No podía. Me había hecho daño. —Me apartaste. ¿Recuerdas? —le dije.

—Puedo explicarlo.

—No quiero escucharlo.

—Myla —llamó.

—Por favor. Déjame en paz. Déjame seguir con mi vida. Solo quiero seguir adelante. Me has rechazado. He aceptado tu rechazo. Déjame en paz. Deja de confundirme. Deja de jugar con mi cabeza.

—Myla, por favor, cálmate —dijo Storm.

—¿Es mío? —preguntó Alaric, mirando intensamente a Liam.

No respondí.

—Tiene mis ojos.

Gemí. —No importa si es tuyo. No quiere tener nada que ver contigo, y yo tampoco —respondí.

Alaric entró en la casa. No apartó la mirada de Liam. Su expresión se suavizó. Se acercó y yo retrocedí con Liam en mis brazos. —No te acerques más —dije. —Déjanos en paz. No tenemos mucho, pero somos felices. Estamos contentos.

Se agachó y me miró fijamente. —Lamento mucho lo que pasó entre nosotros en el pasado. Te necesito.

¿Qué significaba eso? ¿Cómo podía necesitarme si me había rechazado? ¿Pensaba que era una niña tonta que podía ser influenciada con simples palabras?

—¿Por qué lo trajiste aquí, Storm? Lo prometiste —le dije a Storm.

Ella pasó una mano por mi cabello. —Escucha lo que tiene que decir —dijo.

Volví mi atención hacia Alaric y negué con la cabeza. —¿Cómo puedes decir que me necesitas? Me rechazaste. Me apartaste. Tienes

a Laurel. Dime la verdadera razón por la que estás aquí, y por favor, vete.

—Laurel está en prisión —soltó.

Me quedé boquiabierta.

La noticia me dejó atónita. Giré la cabeza hacia Storm buscando confirmación, y ella asintió. —¿Qué? ¿Por qué?

—Su madre y mi tío también —dijo Alaric.

Arrugué las ceñas. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué hicieron? El tío Felix era un buen hombre con todos en la mansión, incluida yo.

—Chef Luke también —añadió Storm.

—¿Chef Luke? —arqué una ceja—. ¿Por qué?

—Todos conspiraron para matar a mi padre y arrebatarme la corona —dijo Alaric.

Me enderecé y los miré como si les hubiera salido otra cabeza.

Chef Luke no sería capaz de matar ni a una mosca. Era el tipo más dulce que había conocido en la mansión. Siempre estaba dispuesto a ayudarme cuando era una criada nueva.

Y Felix, ¿por qué iba a matar a su único hermano?

—No entiendo a qué te refieres —respondí.

—Es una larga historia, pero todos han sido arrestados.

Me quedé sin palabras. No sabía cómo reaccionar.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque te necesito.

Suspiré, rodando los ojos. —Me necesitas ahora porque Laurel ha sido enviada a prisión.

Él guardó silencio.

—Sí, claro. Paso. No he olvidado cuántas veces me dijiste que no podíamos estar juntos.

—Myla, no es así.

—Por favor, no reabramos viejas heridas. Han pasado cinco años. Te rechazo ahora porque no quiero tener nada que ver contigo. He seguido adelante con mi vida. Con mi hijo, y él es lo único que me importa.

—Te he buscado, Myla. Todos estos años, no he parado. Te he buscado.

Me levanté y me llevé a Liam detrás de mí. Alaric y Storm también se pusieron en pie.

—No habrías tenido que buscarme si no me hubieras alejado —murmuré.

—No quería hacerlo —susurró él—. No quería rechazarte. Quería que fueras mi Luna, pero mi padre había elegido a Laurel debido a su relación con su padre. Y la manada necesitaba que me emparejara con una mujer de una familia influyente —explicó Alaric.

—Bueno, ahí lo tienes. No soy de una familia influyente —respondí.

—Dale una oportunidad. Lo siente —dijo Storm.

El sonido de los neumáticos crujiendo sobre el suelo duro llamó mi atención. La puerta del coche se abrió y cerró suavemente. Unos pasos siguieron hasta que la persona apareció a la vista. Era Scott.

Se detuvo al verme retroceder hacia el final del salón con Liam detrás de mí. Alaric y Storm también lo miraron.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Tienes visitas? —preguntó Scott, mirando a Alaric como si lo conociera de algún sitio.

—Estaba a punto de irse —respondí.

Todos estos años con Scott, no le había contado mi pasado ni cómo había tenido a Liam. De vez en cuando preguntaba, y siempre apartaba las preguntas, diciendo que no estaba preparada para hablar de ello y que quería dejar mi pasado atrás.

Con el tiempo, dejó de preguntar. Mi pasado no le importaba tanto como un futuro conmigo.

Pero en este momento, con Alaric aquí, creo que necesitaba saberlo, o lo descubriría por sí mismo. Liam era una réplica de Alaric. No había forma de ocultarlo.

Scott me miró esperando una explicación. La tensión en la habitación era espesa y pesada. Todos la sentimos.

—Este es Alaric. El padre de mi hijo —le dije a Scott. Él jadeó, y sus ojos se endurecieron—. Pero no lo quiero aquí, y no lo quiero en mi vida ni en la de mi hijo.

Scott seguía en silencio, probablemente procesando lo que había dicho.

—Myla, escúchame. Te necesito. No alejes a mi hijo de mí —dijo Alaric.

—¿No eres Alfa Alaric? —preguntó Scott.

Arqueé una ceja.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Por supuesto. Todo el mundo conoce al Alfa de la Manada Luz de Cristal. Es una gran manada. Lo que me confunde es cómo llegaste a conocerlo personalmente.

Al principio, no quería responder.

Pero él necesitaba saberlo. Estábamos en una relación, y estaba empezando a abrirle mi corazón porque había sido una figura paterna increíble para Liam. —Solía trabajar como criada en la mansión de los Xander—.

Scott no respondió.

—Pero ya no tengo nada que ver con él. Lo que tuvimos murió hace cinco años—.

Scott suspiró y se aclaró la garganta. —Lo entiendo—, dijo, acercándose a mí. Cogió a Liam en sus brazos y entrelazó sus manos con las mías.

—Myla ha pasado por mucho y no necesita estrés en este momento de su vida. No quiero que seas una causa de su estrés. Ella no se lo merece. Porque cuando ella está estresada, su hijo también lo estará. Y ninguno de los dos lo merece. Así que, respetuosamente, te voy a pedir que te marches—, dijo Scott con voz firme.

Alaric gruñó entre dientes. Sus cejas se fruncieron. —No me iré de aquí sin ellos—, respondió.

CAPÍTULO 26



Myla

—He superado a Alaric. No puedes simplemente volver a mi vida después de tantos años —dije, dando un paso atrás para permitir que Scott se hiciera cargo de la situación.

Nunca pensé que llegaría un día como este. Un día en el que volvería a ver a Alaric. A pesar de mi ira por todo lo que había pasado por su culpa, mi corazón latía con fuerza por él.

—He encontrado a tu familia —soltó Alaric de repente.

Jadeé, mirándolo con intensidad.

Storm abrió la boca asombrada, y Scott se giró hacia mí buscando una explicación, ya que le había dicho que era huérfana.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, desconcertada por sus palabras mientras las procesaba en mi mente—. Soy huérfana. Vivía con mi abuela.

—No. Eres de la realeza. La hija del señor Henderson y hermana de Martin Henderson, que es el Alfa de la Manada Flecha de Fuego.

Me reí.

Está bromeando conmigo.

Tenía que estarlo. Esto no podía ser cierto. No era de la realeza. Tenía que estar bromeando.

¿O estaba soñando?

Tambaleé un poco, aturdida por todo lo que estaba ocurriendo. Scott se apresuró a rodearme con sus brazos. Me ayudó a sentarme

en el sofá mientras yo enterraba mi cabeza entre mis manos, sumida en mis pensamientos.

—No lo entiendo. No puede ser.

—No tengo ninguna razón para mentirte, Myla.

—Necesitará algo más que palabras para creer. ¿Tienes pruebas que respalden tu afirmación? —preguntó Scott.

Alcé la mirada para encontrarme con la de Alaric. Una parte de mí esperaba que todo lo que había dicho fuera mentira y que no tuviera pruebas, porque mi corazón no podía asimilar esa información. Era demasiado para digerir.

Otra parte de mí deseaba que fuera cierto. Quería descubrir quién era.

—Tengo pruebas y puedo mostrarte a tu familia —respondió Alaric.

Mi corazón se saltó un latido cuando me levanté de repente. —Entonces, llévame. Llévame con ellos —contesté.

—Iré contigo —añadió Scott.

—De acuerdo... Storm, vuelve a la mansión y continúa con tus tareas. Gracias por tu ayuda —ordenó Alaric.

Storm asintió y se acercó a mí. Nos abrazamos con fuerza. —Nos veremos pronto —le dije.

—Dale una oportunidad —susurró ella, separándose del abrazo. Sabía que estaba hablando de Alaric, pero no hice ningún comentario; conocer a mi familia era lo más importante para mí en ese momento.

Tenía preguntas dando vueltas en mi cabeza.

Storm se agachó junto a Liam. Le revolvió el cabello y le dio un beso en la coronilla. —Hola, grandullón. Tú debes ser el hijo de mi mejor amiga, ¿verdad? Cuida bien de mamá. Nos veremos pronto —dijo, y Liam asintió, probablemente confundido y preocupado por el motivo por el que estos extraños me habían alterado tanto.

Storm se fue.

Me precipité a la habitación de Liam. Le preparé ropa limpia y me alisté lo más rápido que pude. También metí algo de almuerzo en mi bolso por si Liam tenía hambre.

Subí al coche de Scott con Liam mientras Alaric conducía el suyo. Él iba en cabeza. Scott y yo lo seguíamos.

Después de tres largas horas, llegamos a la mansión de los Henderson.

Era un enorme complejo con un gran edificio en el extremo. La estructura era similar a la mansión Xander, aunque más pequeña.

Entramos mientras mi mirada iba de un rincón a otro. Sostenía firmemente a Liam mientras seguíamos a Alaric hacia lo que debía ser la sala de estar.

Las criadas estaban por todas partes, apresurándose a hacer su trabajo. Alaric detuvo a una de ellas. Parecía que era un visitante habitual, ya que le hablaban como si lo conocieran.

—Infórmale a Martin de mi llegada —ordenó.

Con una leve inclinación, ella respondió: —Sí, alfa Alaric.

—Estará aquí pronto. Le llamé mientras estaba en camino —explicó Alaric, y yo asentí.

Unos minutos después, un hombre alto y musculoso se acercó a nosotros acompañado de una joven.

Mis ojos se abrieron de par en par al verla. Era una belleza radiante. Pelo rizado, cuello esbelto y menuda en su largo vestido marrón.

Sobre todo, se parecía un poco a mí, y sentí un fuerte vínculo con ella.

Me quedé inmóvil. No podía asimilar la posibilidad.

Incluso el hombre y yo teníamos un parecido. Necesitaba una explicación.

Alaric estrechó la mano del hombre. —Estaba en una reunión, pero me apresuré a llegar cuando recibí tu llamada —dijo el hombre, que supuse que era Martin, mientras me miraba de arriba abajo. La chica también. Sus miradas no se apartaban de mí.

—Gracias por tu rápida respuesta. Esta es Myla Rhett. Pero creo que podría ser tu hermana perdida hace mucho tiempo —respondió Alaric.

Martin se acercó a mí, mirándome fijamente, inspeccionándome. Cogió mi mano derecha y giró mi muñeca. Se quedó boquiabierto al ver mi marca de nacimiento. —Sí, esta misma la vi en la muñeca de

Camille cuando era pequeña. Las dos tienen esta marca —susurró, abrazándome con fuerza. —No puedo creerlo.

La chica apartó a Martin de un empujón y se abalanzó sobre mi pecho. —Gemela. Todos estos años. He mantenido la esperanza —dijo la chica, sollozando. —Sabía que no habías muerto. Sentí tu dolor, tu tristeza. Incluso cuando mamá pensó que habías muerto, yo seguí teniendo esperanza.

Yo estaba en silencio. Todo había sucedido tan rápido. No podía asimilarlo.

¿Tenía una gemela?

¿Un hermano?

¿Camille? ¿Ese era mi nombre?

—No lo entiendo —respondí—. Soy huérfana.

—Para nada. Tus padres están sanos y fuertes —la chica desvió su mirada hacia Liam. Lo aparté detrás de mí. —¿Es este tu hijo?

No respondí.

—No tienes que asustarte. Esta es tu familia.

—Hailee, llama a mamá y a papá a la sala familiar —le indicó Martin.

Hailee me echó otra mirada, sus labios curvándose en una amplia sonrisa. —Mamá estará encantada de verte —dijo, y se marchó rápidamente.

—Por favor, por aquí —dijo Martin, guiándonos.

—Mamá, ¿adónde vamos? —preguntó Liam, tocándome suavemente. Lo levanté en brazos mientras seguíamos a Martin.

—No te preocupes, cariño. Mamá te tiene —le dije en un tono suave, apoyando su cabeza en mi cuello y acariciándole.

De vez en cuando, Alaric me lanzaba miradas furtivas, pero no sosteníamos la vista por mucho tiempo. Mi corazón latía aceleradamente. Necesitaba saber la verdad sobre mi familia.

Estaba claro que Hailee y yo éramos gemelas, pero ¿qué había pasado? ¿Cómo terminé en una cabaña en el bosque, luchando por comer? Cuando podría haber vivido una vida cómoda.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Scott en voz baja.

Nuestras miradas se cruzaron. La preocupación se reflejaba en su rostro, con arrugas marcadas en su frente. Mis labios se curvaron

ligeramente hacia arriba. —Solo quiero saber la verdad —respondí.

Él asintió.

Entramos en una habitación pequeña. Estaba llena de sofás y grandes estanterías. Al principio, pensé que era una especie de biblioteca, pero no lo era.

En ese momento, aparecieron un hombre y una mujer. Ambos eran de edad avanzada. Martin se acercó y les susurró algo.

—Dios mío. Es realmente ella —dijo la mujer, llevándose las manos a la boca. Se detuvo y me miró intensamente.

El hombre tenía una amplia sonrisa en su rostro.

—Nunca dudé de la Diosa de la Luna —dijo él—. Gracias, Alaric. Nos has devuelto la felicidad.

—Es un placer, señor Henderson —respondió Alaric.

—Ven, hija mía —llamó el hombre, pero yo no me moví. Mi pulso se aceleró y sentí que la cabeza me daba vueltas.

Así que estos eran mis padres. No podía creerlo.

Estaban vivos.

Después de todos estos años. Después de todos los matones, los insultos y todo lo demás.

Así que no era una nadie.

La señora Henderson inclinó la cabeza y me observó. Lágrimas frescas corrían por sus mejillas.

—¿Estás enfadada? —preguntó—. Es comprensible. Pero si pudieras darnos tiempo para demostrarte cuánto te queremos.

Para mí no se trataba de enfado. No estaba enfadada. Solo necesitaba una explicación sobre cómo acabé en el porche de la casa de una anciana.

—Camille. Mi hermosa hija —comenzó el señor Henderson.

—Me llamo Myla Rhett —respondí—. Creo que ha habido algún error.

—Camille —llamó Martin.

—Soy Myla. Y lo único que quiero saber es cómo acabé en una cabaña en el bosque. Cómo me acosaron por ser huérfana cuando tenía una familia —respondí.

—Hubo un ataque en nuestra manada... Myla. Acababa de dar a luz a ti y a Hailee. Y... —La señora Henderson se interrumpió con sus

propias lágrimas mientras sollozaba.

El señor Henderson la abrazó, y ella lloró con la cabeza enterrada en su cuello.

—Tú y Hailee os separaron al nacer debido a un ataque en nuestra manada —explicó Martin.

Se me hundió el corazón. —Pero... ¿al menos me buscasteis? —pregunté.

—Por todas partes. Te buscamos. Tu madre no dejó de llorar. Incluso tu hermana. Sentía que le faltaba una parte de sí misma —respondió el señor Henderson.

Dejé a Liam. Se enrolló alrededor de mi pierna, y se lo di a Scott. Caminé hacia la señora Henderson. Mi madre.

Nos miramos. Sus ojos estaban rojos, y sus mejillas mojadas por las lágrimas. Abrí los brazos y la abracé con fuerza.

—Mi hija. Pensé que te había perdido —dijo ella.

Martin salió un momento y regresó con dos criadas.

—Bienvenida a casa, hermana —me dio otro abrazo—. Estas criadas están aquí para ayudarte a asearte, comer y descansar. Están a tu servicio. Después, podremos hablar más largo.

¿Criadas?

¿Yo tenía mi propia criada? Mi cerebro aún intentaba procesar lo que estaba pasando.

Pero Martin tenía razón. Necesitábamos descansar, y Liam debía estar hambriento ahora.

—Gracias de nuevo, Alaric. ¿Cómo la encontraste? —preguntó el señor Henderson.

Volví mi mirada hacia Alaric, curiosa por saber su respuesta.

—Era una criada en mi mansión —respondió—. Pero se fue a la cabaña de su abuela.

—¿Y este joven? ¿Es tu pareja? —preguntó el señor Henderson —. ¿El padre de tu hijo? ¿Cómo te llamas, hijo?

—Este es Scott. Mi buen amigo. Pero no es el padre de mi hijo —respondí.

Me miraron esperando más explicaciones. Volví a fijar mi atención en Alaric. Su rostro no mostraba ninguna expresión.

—Mi hijo es de Alfa Alaric —dije. La señora Henderson dio un respingo mientras todas las miradas se posaban en Alaric.

Martin gruñó entre dientes. —Aprovechaste de mi hermana porque era una criada en tu casa —dijo.

—No es así. Somos pareja. Estamos destinados —explicó Alaric.

—Pero te casaste con otra mujer. Laurel, la mujer que mató a tu padre.

—No miente. Estamos unidos por el destino —defendí.

—Pero él… —comenzó a decir alguien.

—Sí. La rechacé. Pero fue por las reglas de la manada. Mi padre ya me había prometido con Laurel, y la manada lo aprobó. Intenté innumerables veces convencerles de que cambiaran de opinión, pero mi tío estaba del lado del enemigo —explicó Alaric—. Este es mi hijo. Y lo quiero de vuelta. Quiero que Myla regrese. No puedo vivir sin ella. Significa el mundo para mí.

Mi corazón latía con fuerza ante su confesión. ¿De verdad lo decía en serio?

—¿La quieres ahora porque es de una familia real? —preguntó el señor Henderson.

—La quería antes de ahora. Siempre la he querido. Y aún la quiero. Y aunque no fuera de sangre real, cambiaría las reglas para estar con ella —respondió Alaric.

—¿Por qué ahora? —insistió el señor Henderson.

—La he buscado durante años. Hoy fue cuando la encontré gracias a la ayuda de otra sirvienta. Decidí traerla aquí —explicó Alaric.

Martin suspiró. —Aunque te conozco desde hace mucho tiempo y te creo, tengo que ver qué harás con mi hermana.

—¿Así que has criado a tu hijo solo todos estos años? —preguntó Hailee.

—No estaba sola. Scott estuvo conmigo. Fue de gran ayuda cuando no tenía a nadie —respondí.

—Muchas gracias, Scott. Cuidar de un niño no es tarea fácil —añadió la señora Henderson.

—Continuaremos nuestra conversación en otro momento, pero ahora necesitan comer y descansar —insistió Martin, y yo asentí.

La alegría llenó mi corazón.
Estoy en casa.

CAPÍTULO 27



Myla

Las criadas llevaron a Liam a una habitación grande, donde lo atendieron limpiándolo y alimentándolo. Liam era un chico sociable, así que enseguida se familiarizó con ellas y jugaron juntos.

Scott dio un paseo por el recinto, mientras que Alaric y Martin estaban inmersos en una discusión.

Hailee supervisaba a las criadas en la cocina. El señor y la señora Henderson reían y hablaban en el salón. Los oí susurrar que ahora eran abuelos.

Estaban tan felices de haberme encontrado.

Yo estaba en mi habitación, mirando por la ventana abierta. La brisa fresca acariciaba mi piel, y estaba inmersa en mis pensamientos.

Sin duda, estaba contenta, pero la ansiedad se filtraba por mis venas. Alaric había dicho que me quería. Scott había demostrado sus sentimientos por mí de muchas maneras.

No sabía qué hacer. O cómo podría resolverse esto.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos.

—Pasa —respondí, sin volverme hacia la puerta.

La puerta chirrió al abrirse.

Me sentí abrumada por el calor de nuestra conexión. Inmediatamente supe quién era.

—¿De verdad lo que dijiste iba en serio? —pregunté.

—Sé que es difícil de creer —respondió Alaric.

Me giré para mirarlo. Sus ojos me mantuvieron cautiva. Después de todos estos años, mi cuerpo reaccionaba aún ante él. Él seguía acelerando mi pulso y haciendo que mi corazón se saltara un latido.

Aparté la mirada de él, sin querer que viera el efecto que tenía sobre mí.

—Has olvidado muy pronto cómo me rechazaste.

—Te he hecho daño. Lo siento.

Me dirigí a sentarme en la cama. —¿Lo sientes? Ojalá eso ayudara.

—Myla —llamó.

—Me apartaste de ti. Incluso cuando descubrí que llevaba a nuestro hijo. Tú eras un hombre casado.

—Te quería entonces. Y te quiero ahora.

—¿Me querías entonces? Nunca lo pareció.

Alaric se acercó para sentarse a mi lado. Colocó una mano sobre la mía, y una chispa eléctrica recorrió mis venas. No pude resistirme a él.

—Te rechacé porque, de no haberlo hecho, mi padre te habría echado de la mansión. La manada tiene una regla que dicta que cada Alfa debe escoger a su esposa de una familia influyente. Mi padre eligió a Laurel porque su padre era su mejor amigo, y cuando mató al padre de Laurel en un combate, quiso compensar a la familia de alguna manera.

—Pero...

—Pero no pude resistirme a ti. Incluso en mi compromiso, eras tú a quien quería. En mi boda y en la coronación. Intenté convencer a mi padre, muchas veces, de que no amaba a Laurel, pero fueron inflexibles con mi matrimonio con ella.

Me quedé en silencio.

Así que me rechazó para protegerme de su padre y de la manada. Lo admiraba aún más por haber tomado esa decisión.

—Laurel entró en mi vida para vengar la muerte de su padre y arrebatarme la corona. Mató a mi padre y me habría matado a mí si no lo hubiera descubierto —continuó Alaric.

—Siento mucho todo lo que has tenido que pasar —respondí.

—La traición de mi tío fue lo que más me dolió. Pero ya lo he superado. No estoy solo. Te tengo a ti y a mi hijo.

No respondí. No sabía qué decir.

—Vuelve a la mansión conmigo. Te necesito —dijo.

Retiré mi mano de la suya. —No puedo —respondí.

—¿Por qué? ¿Es por el otro chico? —preguntó.

No dije nada.

—Será generosamente recompensado por cuidar de ti y de mi hijo —ofreció.

—No se trata de eso.

—¿Entonces de qué? Dímelo, y se hará.

Abrí la boca para responder, pero me mordí la lengua.

—O es que... ¿Estás enamorada de él? —preguntó Alaric.

Mi respiración se cortó. Me giré para encontrarme con su mirada, con los ojos abiertos.

—No puedo vivir sin ti. Estamos conectados. Eres la única mujer que quiero.

En el fondo, yo también lo quería a él. Pero ¿y Scott? No habría sobrevivido a la vida dura sin él.

Scott se preocupaba por mí. Se notaba en cada gesto suyo, y Liam había llegado a quererlo. En este punto, mis sentimientos no importaban.

Mi hijo era la persona más importante del mundo para mí.

—Tengo que pensarlo. No se trata solo de mí, sino también de mi hijo.

—Lo entiendo, y te daré tiempo para pensarlo. Pero, por favor, no alejes a mi hijo de mí —respondió Alaric.

Asentí.

Se levantó y se excusó.

El silencio en la habitación pesaba sobre mis hombros. Estaba abrumada por las emociones. Era casi como si no pudiera respirar.

Tenía que salir, tomar un poco de aire fresco y despejar mi mente.

Bajé al jardín con mi vestido marrón fluido, vestida como una princesa. Al pasar junto a algunas sirvientas, se inclinaron para saludarme.

Era increíble lo rápido que la vida podía cambiar. Storm estaría encantada de saber que era de la familia real de la Manada de la Flecha Llameante.

Mis pasos fueron suaves mientras paseaba por el jardín, observando los detalles de la mansión.

—Myla, Myla —una voz llamó desde atrás.

Reconocí que era Scott.

Me giré y lo encontré apresurándose hacia mí. Sus ojos brillaron al mirarme de arriba abajo. —Estás preciosa con ese vestido, mi señora —dijo, tomando mi mano e inclinándose ligeramente.

Me reí.

—La realeza te sienta bien. Resalta la belleza natural que hay en ti.

Mis mejillas se sonrojaron. —Gracias —respondí.

—¿Dónde está Liam?

—Las sirvientas están cuidando de él.

—Debe estar feliz, con tanta gente con quien jugar.

Me reí. —Le encanta ser el centro de atención.

—Bueno, es un niño encantador. Se lo merece.

—Camina conmigo —le dije.

Durante cinco años de amistad con Scott, él siempre me había permitido hacer las cosas a mi manera. Nunca me molestaba cuando no estaba lista para hablarle de mi pasado.

Pero ahora, él tenía que saberlo.

Sabía que había vislumbrado algo de mi relación con Alaric en la cámara familiar, pero tenía que contarle cómo me sentía y cómo había sucedido todo.

Paseamos entre las flores que decoraban la mansión.

—Es preciosa —comentó Scott.

—¿Qué lo es? —pregunté.

—La mansión.

—Ah, sí, lo es.

Caminamos en silencio.

—Scott, tengo algo de qué hablarte —empecé.

Él sonrió. —¿Es por el Alfa Alaric?

Me volví para encontrarme con su mirada. —No me importa tu pasado con él. Solo quiero pasar el presente contigo.

Me quedé en silencio.

A pesar de todas las cosas maravillosas que Scott había hecho por mí y de lo mucho que me había encariñado con él durante todos estos años, todavía no había superado a Alaric.

Mi corazón latía por Alaric. Incluso cuando me rechazó, no pude evitar la fuerte conexión que compartíamos. No sentía esa conexión con Scott, por mucho que estuviéramos cerca.

Me detuve y bajé la mirada.

—Myla, sabes lo que siento por ti —dijo él.

—Me siento abrumada —respondí.

—¿Qué quieres decir?… ¿Acaso sigues sintiendo algo por él?

Mi corazón dio un vuelco. Aparté la mirada de él. —Tengo mucho en qué pensar.

Scott puso una mano en mi hombro. —Lo entiendo. Liam es su hijo, y tienes que pensar en él. Solo quiero que sepas que estoy aquí.

Esbocé una sonrisa. —Gracias por entenderlo.

Asintió.

Continuamos nuestro paseo y charla casual.

Volvimos a la mansión.

—Camille —llamó la voz del señor Henderson.

—Se llama Myla —susurró la señora Henderson.

—Disculpa —le dije a Scott—. Tengo que hablar con mis padres.

—Claro —respondió él.

Lo dejé para reunirme con mis padres.

—Papá, mamá, me llamasteis —dije, tomando asiento en el sofá frente a ellos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Acabas de llamarnos papá y mamá? —preguntó la señora Henderson.

Sonreí.

—Eso es lo que sois —respondí.

—¿Cómo te estás adaptando a la vida real? —preguntó el señor Henderson.

—Ha ido bien. Las sirvientas son amables conmigo y con mi hijo —les conté—. Pero tengo un pequeño problema.

Mis padres intercambiaron miradas. —Dinos. Haremos cualquier cosa para ayudarte.

—Se trata de Alaric y Scott.

Una sonrisa apareció en el rostro de la señora Henderson. —Ambos te quieren a ti.

—No sé cómo elegir.

—Eres una niña afortunada. La mayoría de la gente no encuentra a su pareja destinada. Yo no estaba destinado a tu madre. Pero mis padres sí lo estaban. Es raro hoy en día encontrar a tu pareja destinada, pero tú lo hiciste —dijo el señor Henderson.

—Pero a veces estar destinado no importa. Yo no estaba destinada a tu padre, pero lo amo. ¿Por quién late tu corazón? —preguntó la señora Henderson.

—Por Alaric. Mi corazón late por él. Pero Scott ha sido bueno conmigo, y no quiero que se sienta mal —respondí—. Y Liam está tan encariñado con Scott, pero el niño es de Alaric. No sé qué hacer.

Mis padres me miraron con ojos tiernos.

—No te preocupes. Podemos manejarlo —dijo la señora Henderson.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras un rayo de esperanza me recorría.

—¿Podéis?

Asintieron, sonriendo.

—¿Cómo?

—Un combate —respondió el señor Henderson.

Arqueé una ceja. —¿No es demasiado?

La señora Henderson se rió. —Esa es la manera de la manada. Eres la hermana de nuestro Alfa. No es demasiado —dijo.

—Quien gane estará cualificado para estar contigo —añadió el señor Henderson.

—Vale. Entonces, si esa es la mejor manera de resolver esto amistosamente —respondí.

Quienquiera que la Diosa de la Luna eligiera para mí a través de este combate, lo aceptaría de todo corazón.

Me retiré a mi habitación.

Más tarde esa noche, el mensajero de la mansión informó a todos que debían reunirse en la carpa de prácticas en la parte trasera de la mansión a la mañana siguiente.

Sabía que mis padres lo habían discutido con Martin, y que el combate se anunciaría a la manada al día siguiente por la mañana.

La ansiedad me carcomía los nervios. Estaba nerviosa.

A la mañana siguiente, todos nos reunimos en la carpa de prácticas. Era un gran salón donde los soldados de la manada reclutaban a nuevos miembros.

Se invitó a los ancianos de la manada, y todo el personal de la mansión estaba presente. Martin se sentó en la silla principal, la señora Henderson se sentó a su lado como Luna interina, mientras que el señor Henderson estaba junto a ella.

Hailee y yo nos sentamos juntas.

Alaric y Scott se pararon frente a Martin. —Les agradecemos que hayan venido con tan poco tiempo de aviso —dijo Martin—. Como han circulado los rumores desde ayer, mi hermana perdida ha regresado.

Susurros y júbilo contenido estallaron entre los presentes. —Sí. Habrá una celebración dentro de dos días para darle la bienvenida adecuadamente. Pero esta no es la razón por la que todos han sido convocados hoy. Han sido convocados porque mi hermana tiene dos hombres increíbles que han venido a pedir su mano en matrimonio, y esto se ha convertido en una preocupación para ella, por lo que debe resolverse tanto por su bien como por el de ellos.

Hubo silencio. Martin dirigió su atención a Scott y Alaric.

—Habrá un combate, ya que esa es la manera de la manada de resolver asuntos como este.

Murmullos y susurros flotaron en el aire.

—Silencio —ordenó Martin, y no hubo más sonidos.

—Alfa Alaric y Beta Scott se someterán a un combate físico, en el que su fuerza y velocidad determinarán al ganador. No, esto no es una lucha a muerte. Las reglas son sencillas. El que logre sacar al otro del ring ganará. Y lucharán en su forma de lobo. La batalla tendrá lugar aquí en cinco días.

Mi corazón se saltó un latido.

Estaba emocionada, y no podía esperar para saber quién sería el ganador, pero una parte de mí tenía miedo.

¿Realmente aceptaría al ganador?

CAPÍTULO 28



Alaric

Era un combate de lucha libre.

No habría puñetazos ni patadas, solo teníamos que sacar al oponente del ring.

Había vuelto a mi mansión para entrenar. Tenía que ganar. No sabía qué haría conmigo mismo si perdía a Myla por otro hombre.

Durante años, la había deseado. Durante años, había luchado contra mis emociones por ella, solo para poner a mi manada en primer lugar, pero ahora, lucharía contra todo y contra todos para demostrar mi amor por ella.

Habían pasado cuatro días, y este era el quinto día. El día de la batalla. Estaba listo.

Mis músculos estaban tensos y alerta.

A diferencia del día del anuncio, había una gran multitud que había venido a presenciar el evento.

Habían pasado años desde que se había celebrado un combate en cualquier manada de las regiones del Sur y el Norte.

Miembros de mi manada estaban allí para animarme y, si ganaba, para acompañarme a llevar a Myla a casa, a la Manada de la Luz de Cristal.

También estaban presentes miembros de la manada de Scott, junto con algunos de sus familiares.

Ni Scott ni yo podíamos ver a Myla hasta que uno de nosotros ganara. Ella no estaría en la carpa, y no se le permitía presenciar el combate.

Después de la pelea, los resultados se le comunicarían, y ella se prepararía para seguir a su compañero a casa.

Así era la costumbre de la manada.

Sin embargo, deseaba vislumbrar su hermoso rostro como mi amuleto de la suerte.

Scott y yo nos plantamos frente a Martin mientras él repetía las reglas.

—Buena suerte, y que gane el mejor— concluyó Martin su breve discurso, y un silbato sonó para que comenzáramos.

Adopté una posición de guardia, retrasando mi pie derecho para equilibrar mi peso mientras mi pie izquierdo estaba listo para la acción. Desde mis patillas, el pelaje cubrió mi cuerpo, y me puse a cuatro patas mientras mis manos y piernas se convertían en patas. Garras brotaron de ellas. Afilados colmillos crecieron en mi boca mientras me transformaba en un lobo marrón.

En un instante, Scott también se transformó.

Dimos vueltas durante un rato. Luego, Scott saltó hacia mí, sus garras se clavaron en mi costado mientras yo hundía mis colmillos en sus hombros, y forcejeamos.

Sus garras perdieron el agarre sobre mí. Con su hombro en mi boca, lo giré con la intención de lanzarlo fuera del ring.

La multitud vitoreó.

Tras varios minutos de lucha, Scott descargó un zarpazo en mi rostro, cerca de mis ojos, y lo solté. Ambos nos apartamos. Era fuerte, pero sabía que podía lanzarlo fuera.

Los vítores de la multitud disminuyeron.

Mientras luchábamos, estudié su posición corporal. Se equilibraba principalmente sobre su pata trasera izquierda mientras su pata derecha se elevaba ligeramente por encima de su rostro cuando quería atacar.

Una idea me vino a la cabeza sobre cómo lanzarlo fuera del ring.

Esta vez, me abalancé hacia adelante, tomando la iniciativa. Observé cómo retrasaba su pata trasera izquierda, como esperaba, y

luego su pata derecha se alzó sobre su rostro para arañarme. Me agaché, apartándome lo más rápido que pude. Perdió el equilibrio. Tomé su pata derecha con mi boca, y él aulló de dolor. Aproveché esta oportunidad y lo lancé fuera del ring.

La multitud enloqueció mientras Scott se transformaba de nuevo en su forma humana, jadeando rápidamente, exhausto. Estaba cubierto de sangre y marcas de mordiscos.

Yo también regresé a mi forma humana. Todo mi cuerpo dolía por las garras que se habían clavado en mi carne.

Mi respiración era rápida y entrecortada mientras el sudor caliente corría por mi cuerpo. Era el vencedor.

Me acerqué a Scott y le tendí la mano como señal de paz. Me miró con ojos furiosos antes de tomarla.

—Lo hiciste bien— le dije.

—Tú tampoco estás nada mal —respondió él.

Le dediqué una sonrisa.

—Sé que Myla te quiere —comentó Scott. No respondí. —Cuida de ella. Hazla feliz. Se lo merece.

Sus palabras me calentaron el corazón. Lo miré con detenimiento. Era un buen hombre. —Cuidaré de ella. Te lo prometo.

Me tendió la mano para estrecharla. Nos dimos la mano y compartimos un breve abrazo.

—Gracias por cuidar de ella y de mi hijo todos estos años —dije.

—Ella merecía más —respondió.

Caminamos juntos para colocarnos frente a Martin.

Con un gesto de la mano, Martin silenció a la multitud y se aclaró la garganta. —Ha sido un combate justo, y todos podemos ver quién es el ganador —gritó.

La gente vitoreó con júbilo.

—Alaric Xander, alfa de la Manada de la Luz de Cristal, es el ganador de este combate, tal como todos hemos presenciado.

De nuevo, la multitud gritó de alegría.

Uno a uno, los miembros de mi manada se acercaron para felicitarme. Pero yo solo deseaba ver a Myla.

No podía esperar a tenerla entre mis brazos.

Ahora era mía, y nadie iba a impedírmelo. La Diosa Luna había destinado que estuviésemos juntos, y aunque habíamos pasado por dificultades, nos había vuelto a unir.

Después del evento, esperé junto a mi coche a Myla. Ella se estaba preparando.

Martin se acercó a mí. —Alaric —me llamó.

Lo miré sorprendido.

—Sabes, estoy contento de que hayas ganado. Sé que Scott ayudó a mi hermana en sus momentos difíciles, pero confío en ti. Eres más que un aliado de la manada o un amigo. Eres como un hermano para mí. Sé que debe haber sido difícil rechazar a tu compañero destino, pero el destino la ha devuelto a tu cuidado. Cuida de Camille y de su pequeño, por favor.

—Cuidaré de ella y de mi hijo. Te lo prometo —respondí.

Me dedicó una pequeña sonrisa y se quedó a mi lado.

La puerta principal de la mansión se abrió. Myla salió con Liam a su lado. Llevaba un precioso vestido de noche color marfil, un collar de cuentas blancas y el pelo recogido en un moño con dos mechones cayéndole sobre la cara.

Era impresionante.

Era un hombre afortunado por tener a una mujer tan fuerte a mi lado. Liam llevaba un pequeño traje a medida. Se parecía mucho a mí.

Mientras los observaba, mi corazón se derretía como cera de vela. No podía creer que la hubiera encontrado después de tantos años de búsqueda incansable.

Scott se acercó a ella, y hablaron un rato. Myla se secó unas lágrimas y lo abrazó. Scott se inclinó para alzar a Liam en sus brazos. Lo llenó de besos y lo hizo reír.

Después de despedirse de ellos, Myla tomó la mano de Liam y caminaron hacia mí.

Mi corazón se agitó, y le dediqué una sonrisa. Myla miró a mis ojos, y mis mejillas se sonrojaron.

—¿Estás dispuesta a volver conmigo? —pregunté.

Ella asintió, y sus labios esbozaron una sonrisa.

Eres mía, ahora y para siempre.

Abrí la puerta del coche y la vi subir antes de llevar a Liam dentro y unirme a ellos.

Condujimos de vuelta a la mansión.

Ya había preparado una fiesta de bienvenida para ella. Mientras me entrenaba para el combate, les conté a los miembros de mi manada sobre Myla y todo lo que había sucedido. También les hablé de mi hijo y del heredero de la manada.

Aceptaron que deseaba casarme con ella y me acompañaron al combate.

El plan era tener una fiesta de celebración lista si ganaba y dar la bienvenida a mi futura Luna a la mansión.

El viaje fue silencioso, pues ninguno de los dos sabía qué decirnos. Solo las preguntas y el parloteo infantil de Liam, a las que Myla o yo contestábamos.

Cada fibra de mi ser explotaba de emociones.

Quería contarle cuánto la amaba y cómo me hacía sentir, pero me quedé callado.

Se lo diría de una manera romántica. Prefería demostrarle mis sentimientos antes que usar meras palabras.

Llegamos a la misión. Tanto el personal de la mansión como los miembros de la manada esperaban fuera, y la noticia de mi victoria ya había llegado a ellos.

El conductor nos llevó directamente a la carpa preparada para la fiesta.

Al bajarnos, la gente nos rodeó. Algunos me felicitaron, mientras que aquellos que alguna vez conocieron a Myla se agruparon a su alrededor, expresando su alegría.

Storm y Myla hablaban y reían mientras entrábamos en la carpa y nos sentábamos juntos.

Fue casi como un déjà vu, pero esta vez estaba con la mujer que amaba.

Nos reclinamos en la mesa principal, y la fiesta comenzó con diferentes presentaciones. Uno tras otro, los bailarines llegaron con algo especial para entretener a la gente mientras las criadas servían la comida.

Miramos y comimos.

—¿Has organizado esto para mí? —preguntó Myla, tomando un sorbo de vino.

—Sí, lo he hecho —respondí.

—Gracias.

—Me alegra que te guste.

—Así es.

Me aclaré la garganta y bebí un poco de agua mientras ella se metía ensalada en la boca.

—Quería que ganaras —dijo.

Mi respiración se cortó y me sentí turbado.

—¿De verdad? —pregunté.

—Umm. Scott era un hombre increíble, pero eras tú a quien quería —dijo, ruborizándose.

Giré la cabeza para mirarla. Sus tiernos ojos plateados me observaban.

Me incliné hacia adelante y susurré: —¿Puedo besarte, Myla?

No respondió, pero cerró los ojos tímidamente.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Besé su frente mientras el dulce aroma de su champú llenaba mi nariz. La pasión por ella recorría mis venas.

La besé en público para que todos lo vieran. Para mostrarle que era ella en quien mi mente giraba. Hubo un tiempo en el que no quería que la gente nos viera juntos, pero ya no. Ahora, necesitaba que todos supieran que era mía.

Me separé y miré profundamente sus ojos. —Eres tú a quien siempre he querido.

Desde el principio.

La tarde siguiente llamé a su puerta.

—¿Quién es? —la suave voz de Myla resonó al otro lado de la puerta.

—Alaric —respondí.

Sus pasos se acercaron, y la puerta se abrió de golpe.

El calor de nuestra conexión recorrió mi cuerpo. Mis labios se dibujaron en una sonrisa.

Myla llevaba un vestido de noche plateado. Su cabello caía sobre sus hombros, y un collar de diamantes descansaba en su cuello.

—¿Estás lista? —pregunté.

Asintió. —¿Cómo me veo?

—Encantadora.

Myla rio. —Gracias. Ahora, ¿adónde vamos?

—A un lugar especial.

—¿Y Liam?

—Liam está bien cuidado. Está con Storm, y esta tarde es para dos.

—Solo los dos.

—Sí, los dos.

La guié escaleras abajo.

Subimos al coche, y conduje hasta el arroyo cercano. Ya había preparado una cena romántica para expresarle mi amor y el anillo de diamantes en mi bolsillo para pedirle matrimonio oficialmente.

Llegamos y aparcamos junto al bosque. Continuamos a pie hasta el arroyo.

—¿Qué es este lugar? ¿Qué hacemos en el bosque? —preguntó Myla, con la curiosidad reflejada en su expresión.

—Haces demasiadas preguntas. ¿Cómo voy a sorprenderte así? —repliqué, y ella se rio.

—Me pregunto qué clase de sorpresa hay en el bosque.

—Lo verás.

Llegamos, y su boca se abrió de par en par al ver la mesa y las sillas que había preparado con uno de los chefs para que nos sirvieran.

La mesa estaba cubierta con un mantel blanco. Dos sillas marrones, una frente a la otra. Flores blancas, velas y una tarjeta hecha a medida.

—Dios, Alaric. Esto es precioso —comentó.

Sonreí y me acerqué a una de las sillas, sacándola para ella. —Siéntate —ofrecí.

Ella se sentó, y yo fui a la silla frente a ella, mirando fijamente sus cautivadores ojos.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de esta cena sorpresa? —preguntó.

Sonreí. —¿De verdad quieres saber por qué te he traído aquí?

Myla asintió.

Mis ojos bebieron los rasgos de su belleza. Una felicidad pura recorrió mis venias. Estás aquí conmigo.

De nuevo, le sonreí, aparté mi silla y me puse de pie.

Me acerqué a su lado y me arreglé la camisa.

Me arrodillé y la miré fijamente, con la mano metida en el bolsillo, donde tenía la caja de joyas.

—Myla. Gané el combate. Te conseguí a ti —dije—. Quiero que sepas que, incluso en esos momentos en los que te aparté, mi corazón latía por ti. Te quiero. Siempre te he querido. Me encanta tu pelo rizado y tus ojos plateados. Me encanta cómo sonríes, tu dulce voz y tu naturaleza tranquila. Todo sobre ti hace que mi corazón se acelere. Y estar cerca de mí me da paz. Sé mi Luna.

Unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas mientras Myla me rodeaba el cuello con sus brazos. —Sí. Yo también te quiero. Nunca dejé de hacerlo. No podía detener el sentimiento que tenía por ti.

Se separó, y yo apreté mis labios contra los suyos. El aroma de su dulce perfume llenó mi nariz y me inundó de placer.

—Gracias —susurré.

Aplaudí para avisar al chef de que trajera nuestra comida.

Era un filete asado, aguacate y algunas verduras. Una botella de vino tinto al lado.

—Vamos a comer —dije.

CAPÍTULO 29



Myla Storm soltó un suspiro.

—Dios mío, es tan bonito —dijo.

Mis mejillas se calentaron.

—Lo sé, ¿verdad? —contesté.

—Te queda genial. Tía, estoy tan feliz por ti. Mírate. Pareces una princesa, tienes un hijo adorable y te vas a casar con tu compañero destinado.

Sonreí. —Tampoco me lo puedo creer.

—Háblame de tu familia. No puedo creer que tu hermano sea el alfa Martin. Es tan guapo —dijo.

Le levanté una ceja. —¿En serio? Te gusta —bromeé.

—Lo he visto un par de veces en la mansión. Sí, es muy guapo. Me encantan sus hombros anchos.

Me reí. —Te has enamorado de mi hermano. Se lo voy a decir.

Me dio un empujón. —Háblame de tu familia. ¿Son buena gente?

—Son increíbles. Mi madre es muy dulce y mi padre es cariñoso. Ojalá hubiera pasado más tiempo con ellos. Hubiera crecido con ellos.

Me cogió la mano y nuestros ojos se encontraron. —Todo pasa por una razón. Olvídate de tu pasado. Tienes un futuro increíble por delante —me animó.

La abracé.

—Muchas gracias por todo. Sé que te pedí que no le dijeras a nadie dónde estaba —dije.

—Me pediste que te lo prometiera —se rió.

—Lo sé. Y me alegro de que llevaras a Alaric a la casa de mi abuela y me animaras a darle una oportunidad. Eres más que una amiga, eres una hermana. Te quiero.

—Yo también te quiero, Myla, y estoy feliz de ser tu amiga.

Sonreí mientras mi corazón se calentaba.

—¿Cómo es tu hermana gemela? —preguntó.

—Es simpática, solo que más extrovertida —respondí.

—Me encantaría conocerla.

—Por supuesto. Estará aquí durante mi boda.

Storm y yo seguimos charlando hasta más tarde por la tarde.

Fui a la habitación de Liam. Hoy teníamos que ver un dibujo animado nuevo, y probablemente estaba llorando con las criadas porque llegaba tarde.

Empujé la puerta de su habitación y entré. La escena que vi me emocionó.

Alaric y Liam estaban tumbados en la cama hablando. No podía oír de qué hablaban, pero me alegraba verlos juntos.

Aunque no habían pasado tanto tiempo juntos, hablaban como si se conocieran de toda la vida. Había un vínculo entre ellos.

Me emocioné.

—Hola, chicos. ¿Ya estáis jugando sin mí? —dije, intentando sonar fuerte, pero mi voz temblorosa me delató.

Liam se incorporó de golpe y me miró. —¡Mamá! —gritó, saltando de la cama y corriendo hacia mí.

Mis labios se curvaron hacia arriba. —Mi príncipe azul —llamé, agachándome para recibirlo con los brazos abiertos. Lo levanté en mis hombros y le di besos en el cuello.

Se rió.

—Mamá, te estábamos esperando. Vamos a ver el dibujo animado juntos.

—Me parece una buena idea.

Lo llevé a la cama, donde Alaric nos miraba con una brillante sonrisa en los labios.

Dejé a Liam en la cama y señalé a Alaric. —¿Sabes quién es este? —le pregunté.

Asintió frenéticamente.

—¿Quién es? —volví a preguntar.

—¿Quién soy yo? —preguntó Alaric, haciéndole cosquillas, y Liam se rió. Pero la expresión de su cara mostraba que estaba algo interesado en saber la respuesta a esa pregunta.

—Este es el hombre que nos llevó a casa de los abuelos. También le dio una paliza al tío Scott. Todavía estoy enfadado con él por eso —respondió Liam.

—¿Todavía estás enfadado?

Giró la cabeza hacia Alaric. —Vale, no. Me has traído a esta casa preciosa y he hecho muchos amigos.

Me reí. Le encantaban las criadas.

—¿Es todo lo que sabes sobre él? —pregunté de nuevo.

Liam asintió otra vez.

Coloqué mis manos en sus mejillas suaves y atraje su atención hacia mí. —Sabes que siempre me preguntabas por tu padre.

—Sí. ¿Lo has visto? —preguntó Liam con inocencia.

Alaric se rió.

—Ese es él, cariño.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Qué? Este es mi padre. —Sus manos volaron a cubrir su boca abierta. Sus mejillas se sonrojaron.

—¿No te gusta?

—Es muy guay. Y fuerte —susurró Liam.

—¿Lo soy? —preguntó Alaric con una sonrisa.

—Sí. Quiero ser tan fuerte como tú.

Alaric lo sentó en su regazo. —Lo serás seguro. Eres mi hijo. —Le dio un beso en la frente.

—Entonces, los niños del cole ya no me llamarán Liam el Rarito, ¿verdad? —preguntó Liam.

Alaric me miró buscando una explicación de lo que Liam quería decir.

Me incliné hacia Liam. —Sí, nadie te volverá a llamar Liam el Rarito —respondí.

Liam nos lanzó una sonrisa con todos sus dientes.

Alaric cogió mi mano y la posó en sus labios. El calor de su aliento me hizo cosquillas en la piel. —Muchas gracias, Myla. Pensé que estaba solo cuando mi padre y mi tío me traicionaron, pero me has convertido en el hombre más feliz del mundo. Tú y Liam sois las personas más importantes de mi vida. Os quiero a los dos.

Me incliné para darle un beso en la mejilla. —También te queremos.

Un golpe en la puerta interrumpió nuestro momento emotivo.

—¿Quién es? —preguntó Alaric.

—Es Jonathan, el mensajero de la mansión, señor. Me dijeron que estabais aquí —respondió el mensajero.

—¿Cuál es el mensaje?

—Los Ancianos de la manada os esperan en la sala de reuniones generales.

—Ah, la reunión oficial de presentación —murmuró Alaric.

Alaric me había contado ayer que Liam y yo seríamos presentados oficialmente ante los Ancianos de la manada. Liam como el próximo heredero, y yo, como la Luna.

—Estaremos allí enseguida —respondió Alaric al mensajero, y luego se volvió hacia mí. —Es la hora.

Asentí, comprendiendo.

—¿Hora de qué? ¿De mi dibujo animado? —preguntó Liam.

Alaric se puso de pie con Liam en brazos. —No, campeón. Tendremos que ver los dibujos la próxima vez.

—Vale, pero ¿adónde vamos?

—Algunas personas tienen que conoceros a ti y a tu madre. Cuando terminemos, podemos volver para los dibujos. No tardaremos mucho.

Liam estuvo de acuerdo.

Nos dirigimos a la sala de reuniones generales.

Alaric se sentó en el trono, y yo me senté a su lado con Liam en mi regazo.

Los Ancianos ya estaban esperando cuando llegamos.

El Anciano más viejo se acercó y comenzó: —Alfa Alaric, te dimos un plazo para presentarnos a la mujer que elegirías como tu

compañera y la próxima Luna de la manada. Y al niño que sería el próximo heredero.

Alaric se aclaró la garganta. —Esta es Myla Rhett, mi compañera predestinada. Antes era una criada en esta mansión hasta que descubrimos su identidad como la hija del Alfa Henry Henderson, según la profecía de la Diosa de la Luna por parte de la sacerdotisa Kesha. Y es la madre de Liam Rhett, mi hijo —explicó brevemente Alaric.

—¿Es esta la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida? —preguntó el Anciano de nuevo.

—Sí. Esta es la mujer que presento a la manada como mi Luna y compañera. La manada Flecha de Fuego ha sido una gran aliada de Luz de Cristal. La quiero y me encantaría pasar el resto de mi vida con ella.

—Entonces, nosotros, los representantes de toda la manada Crystal Light, aceptamos a Myla Rhett como tu compañera y futura Luna. Aceptamos a Liam Rhett como el próximo heredero Alfa. Podemos empezar con los preparativos de la boda.

Una ovación retumbó en la sala.

Me ardieron las mejillas. La manada había dado su aprobación a Alaric y a mí.

Ahora, nuestro amor brillaría.

CAPÍTULO 30



Myla

La primera vez que entré en este templo fue para la boda de Alaric con Laurel. Mi corazón estaba hecho pedazos.

Pero hoy estaba con Alaric, para ser su compañera y a punto de pronunciar los votos para prometer mi lealtad a la manada.

El piano entonaba una melodía suave desde el extremo del salón mientras caminaba por el pasillo con el brazo del señor Henderson enlazado al mío. Un ramo de rosas blancas en mis manos.

Caminé en silencio, con la cabeza bien alta.

Todos los que quería tenían los ojos puestos en mí.

La señora Henderson estaba sentada en la primera fila. Martin se sentó al lado de Hailee, llevando a Liam en su traje negro tan mono. También estaban en primera fila. Luego, los Ancianos de ambas manadas ocuparon los asientos restantes.

En la siguiente fila, Storm estaba con Scott. Los Fletcher también estaban allí. El personal de los Xander y los Henderson estaba en otra fila. Después, miembros de la manada, la mayoría de los cuales no conocía.

Al frente estaba Alaric. Su rostro no mostraba emociones. A su lado estaba la sacerdotisa Keisha.

Llegamos al altar del templo, y el señor Henderson cogió mis flores y fue a sentarse al lado de su esposa.

Me quedé frente a Alaric. De cerca, su rostro era serio, pero sus ojos mostraban mucha emoción.

Le sonreí, y él hizo lo mismo.

La sacerdotisa hizo algunas declaraciones, que repetimos, y finalmente compartimos un apasionado beso.

Pronuncié mis votos como Luna de la manada.

Cuando terminamos, regresamos a la mansión para la recepción en la carpa de la fiesta.

Alaric y yo nos sentamos en la mesa principal.

—Por fin eres mía —susurró al oído, y yo me reí.

—Ahí están. La pareja del año —dijo Martin al acercarse a nosotros. Los Henderson vinieron junto con Hailee, que llevaba a Liam.

Liam extendió su mano para que lo cogiera.

Lo cogí en brazos y lo alimenté con el plato de mi mesa.

—Felicidades, mi querida hija —dijo el señor Henderson.

Sonreí. —Muchas gracias, padre. Estoy tan feliz de que todos estén aquí para acompañarme en este día tan especial.

—Tenemos un pequeño regalo para ti y tu compañero —dijo Martin.

Me entregó una pequeña caja envuelta. Storm estaba allí para recogerla. Storm estaba organizando todos los regalos de manera ordenada.

—Es un coche —añadió Martin. —Un Bugatti negro.

—Apreciamos mucho el regalo —respondió Alaric, levantándose para darle un abrazo fraternal.

—Muchas gracias, hermano —respondí, abrazando a Martin.

Uno por uno, diferentes miembros influyentes de la manada se acercaron con regalos. Incluso los Fletcher dieron un regalo, aunque no sabía qué era, ya que estaba envuelto en una caja de regalo.

Hubo tantos regalos de ambas manadas.

Cuando mi familia terminó con la entrega de regalos, Liam se fue con ellos.

Storm llamó a las criadas de la mansión. Hicieron una presentación musical y me dieron una manta tejida a mano.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver cuántas personas se preocupaban por mí.

—Muchas gracias. Esto es increíble —respondí.

—Te lo mereces, Luna Myla Xander —dijo Storm, con una amplia sonrisa en los labios.

Mi corazón estallaba de alegría. Alaric se dio cuenta y cogió mi mano, apretándola suavemente.

—No llores demasiado, mi amor. No quiero que estropees tu maquillaje en nuestro día especial —dijo, cogiendo mi barbilla y girando mi cabeza para mirarme a los ojos. Se inclinó para reclamar mis labios.

Sonó una música suave, y el presentador nos invitó a Alaric y a mí a la pista de baile. Era una melodía dulce a la que Alaric y yo nos balanceamos al ritmo de un vals.

La ceremonia matrimonial terminó con éxito.

Alaric y yo estábamos finalmente solos. En la cama. Nuestra cama nupcial.

—Mi Luna —dijo con voz suave, besando mis mejillas—. Mi hogar. —Plantó otro beso en mi barbilla—. Mi amor.

Su lengua recorrió mi cuello hasta el hombro y rozó mi clavícula. Mi respiración se entrecortó.

Me consumía el calor de nuestra conexión. Las llamas de nuestro amor estallaron desde la pasión en nuestros corazones y se extendieron por todo mi cuerpo.

Cada caricia de su mano en mi piel enviaba chispas de corriente eléctrica a mis venas. La barba recortada de su rostro pinchaba mi piel y enviaba una ola de deseo a mi interior, mientras jadeaba ansiosamente por su toque.

—Te quiero, Myla —dijo él.

—Yo también te quiero —respondí con voz entrecortada, cerrando los ojos para absorber el placer que recorría mi cuerpo.

Lentamente, me dio la vuelta y bajó la cremallera de mi vestido, desprendiéndolo. Me quedé en mi lencería.

Me miró y esbozó una sonrisa pícara. —Eres muy hermosa.

Mi corazón latía rápido por él.

Uno a uno, le ayudé a desabrochar su camisa, deslizando mis manos y lanzándola lejos. Mis dedos rozaron sus músculos marcados. Sus abdominales tensos se contrajeron, y él gimió mientras lo acariciaba.

De nuevo, se inclinó para plantar besos en mi cuerpo. Besó desde mi pecho hasta mi estómago y volvió a mis labios.

Sus manos exploraron cada centímetro de mi cuerpo, masajeándome y acariciándome. Me derretí bajo él, pero quería más.

—Alaric —gimí.

—Sí, mi amor —respondió.

Nuestros labios se enredaron en una batalla erótica por el dominio mientras su lengua jugueteaba con la mía, y podía saborear el vino tinto que acabábamos de tomar.

Alaric me quitó las bragas y se deslizó dentro de mí. Mi boca se abrió en un grito silencioso, y mis ojos se giraron hacia atrás. Jadeos rápidos escaparon de mi boca mientras él se movía sobre mí en perfecta sincronía.

Él gimió, y yo gemí.

Más rápido, se introdujo en mí hasta que nuestra pasión alcanzó su punto máximo, y no pude soportar lo bien que se sentía.

Con un grito fuerte, exploté en el clímax sobre él, y él eyaculó dentro de mí justo después.

Se desplomó sobre mi pecho y se giró para quedar boca arriba en la cama mientras ambos luchábamos por llenar nuestros pulmones de aire.

—Eres mía —dijo.

—Y tú también eres mío —respondí, arrastrándome para acostarme sobre su pecho. Él deslizó sus dedos en mi pelo.

Ambos sabíamos que estábamos hechos el uno para el otro. Sabíamos que surgirían desafíos, pero los enfrentaríamos y superaríamos juntos. Como una familia.

EPÍLOGO



Alaric

Dos años después, cogí a mi hija, Jenny, en brazos y la llevé con Myla.

Hoy cumplía un año, y lo celebraríamos con familiares y amigos.

Giré el pomo de la puerta y entré. Myla estaba colocando la ropa de Jenny en la cama. Le costaba decidir qué le sentaría mejor a nuestra hija.

Volvió la cabeza para encontrarse con mi mirada y sonrió. —No estás listo todavía. Los invitados llegarán pronto —dijo—. Pensé que Jenny estaba con Gia.

Gia era la nueva doncella de la mansión, encargada de cuidar a Jenny.

Jenny extendió la mano y se rió para que Myla la cogiera en brazos.

—Oh, mi pequeña princesa. Hoy es tu cumpleaños. ¿Lo sabías?

—La cogí de su niñera. Me vio y lloraba para que la llevara en brazos —respondí—. Y Martin ya ha llegado.

Myla arqueó una ceja.

—Me pregunto por qué tan pronto —preguntó.

Sonreí con complicidad y me acerqué para inspeccionar la ropa dispuesta en la cama.

—Creo que sabes por qué ha venido tan temprano —contesté, y ella se rió.

Estos últimos dos años, Myla le había contado a Martin sobre el secreto enamoramiento de Storm, y resultó que a él también le gustaba. Siempre que venía a la mansión para visitarnos o discutir asuntos importantes de la manada, se excusaba para estar con Storm.

—Storm me dijo que planea llevarla a conocer a nuestros padres.

—Espero que les vaya bien porque Storm es una buena mujer y será una gran Luna.

—Puedes repetirlo... Ahora, ve a prepararte.

—De acuerdo. ¿Dónde está Liam? No lo he visto en toda la mañana.

—Acaba de salir de mi habitación. Ya está vestido.

Myla eligió un vestido floreado rosa y una diadema para Jenny.

Volví a mi habitación para prepararme para el cumpleaños de Jenny.

Unas horas más tarde, por la tarde, comenzó la fiesta en la carpa.

Habían decorado una tarta rosa para Jenny.

El señor Henderson y la señora Henderson habían llegado. Scott y Hailee también vinieron. Estaban comprometidos y planeando su boda. Estos dos últimos años, se dieron cuenta de que eran almas gemelas.

Las doncellas y los chefs sirvieron los platos mientras todos celebraban con el corazón contento.

Había paz en la manada, y mi familia crecía en amor.

También nos hicimos fotos para conmemorar nuestros recuerdos.

Nuestras risas perdurarían y resonarían por mucho tiempo.